

crónica

NUMERO
EXTRAOR-
DINARIO
DE
PRIMAVERA

1,50
pts



Ayuntamiento de Madrid

Las
obras
maestras
inspiradas
por
la
Mujer



Madame
Le Brun
y su hija
por
Vigée
Le Brun
Museo del
Louvre
Paris

crónica

Revista de
la semana.
Se publica
los domingos
en Prensa
Gráfica ~
Hermosilla
73.
Madrid.
Director:
ANTONIO G.
MINARE.S



Extraordinario de Primavera
dedicado a La Mujer.



La mujer, ni- ña.

La niña tiene un vestido rosa.

Y una muñeca, y una alma tierna y pura, libre aún de la inquietud terrible que luego, y ya toda su vida, ha de pesar sobre ella como una maldición.

Pero lleva el estigma. Lo llevaba al nacer en su nudo cuerpecillo de hembrita. Lo lleva en sus grandes ojos asustados, prontos siempre a las lágrimas, y en el gesto amoroso con que envuelve al gatito en sus brazos, y en esa dulce necesidad de protección que hace burlarse de ella a sus hermanos.

Pensando en todo eso, en un poquito de pena el mirarla, tan frágil, con su vestido rosa y su muñeca.

L. DE L.

(Fots. Lohse,
Hase y Van
de Poll.
Ag. Schos-
tal.)

crónica



(Fots. P. Wolff)

La mujer, en a m o - rada.

La mujer tiene un hombre.

Y la vida—¡es curioso!—ha cobrado sentido y lo ha perdido a un tiempo. Se hizo de fuego la sangre para él y de hielo para el resto del mundo. Nada tiene valor, nada importa que no sea la presencia del hombre querido, y el metal de su voz, y la fuerza de su brazo viril que acaricia y defiende.

¿Por qué es así? La mujer no lo sabe. Preguntarse a ella sería tanto como preguntar a los ríos por qué llevan agua, o extrañarse de que caliente el sol.

A veces, cuando sufre o fracasa, tiene la pretensión de libertarse, de engañarse a sí misma. «El amor—¿quién lo dijo?—no lo es todo en la tierra; hay mil cosas hermosas y buenas que merecen la pena de vivir.» Y son tan orgullosas que lo dicen fingiendo creerlo. Y sonríen, y se afanan, y luchan... Pero saben muy bien que es mentira.

La actividad de las mujeres sin amor es algo tan absurdo y tan triste como en el circo el vals de los leones.—L. DE L.



crónica

Ayuntamiento de Madrid



(Fots. P. Wolff y E. Hase-Ag. Schostal)



La mujer, madre.

LA mujer tiene hijos. El milagro se renovó en su cuerpo. De aquel amor que sintió intensamente han nacido unos seres—¡tan pequeños, tan lindos!—con vida y con alma. Unos hijos de *El...*

La maternidad... Muchas veces sus sueños de muchacha creyeron presentirla. Pero ¡cómo imaginar que era esto tan hondo, tan fuerte, que hace vibrar las fibras todas de su carne y pone en sus ojos llanto de dicha y de ternura? ¡No, no puede expresarse! Los hijos...

Le robaron la esbeltez de su talle, el sueño de sus noches, la calma de su espíritu, la libertad alegre de su vida. Si están enfermos y la fiebre enrojece sus caritas, el corazón se le quiebra de angustia, y la inquietud de su felicidad futura es un tormento continuo en la imaginación agudizada de la madre...

¿Qué importa? Ella dice que son su tesoro. Después, el tiempo pasa. Más tristezas, más luchas... La madre joven se ha convertido en una señora desgastada y marchita. Perdió ya su maternidad aquel puro sentido de belleza, y los mismos, tal vez, que encontraban sublime a la mujer que velaba una cuna, la llaman importuna y pesada ahora, cuando busca un empleo al muchacho, o ridícula si lo que anda buscando es un novio—¡un cariño, señor!—para la niña.

¿Qué importa? Ella cierra los ojos y piensa: «Mis hijos...»

LULA DE LARA

La mujer, vista por un sen- timental.



LUNES 20.—Es extraño, muy extraño, esto que me ocurre. Ayer estaba yo triste, abatido, deshecho. Me sentía viejo y cansado. Notaba sobre mí el peso abrumador de mi fracaso en la vida. Porque yo he fracasado en la vida. Yo, que en mi adolescencia y hasta en mi primera juventud he alimentado locos sueños de gloria, siento ahora que nunca podré pasar de ser un obscuro profesor de matemáticas... Ayer me dolía esto; pero hoy ya no me duele. Hoy, sin saber por qué, me siento feliz. Quizá sea porque al salir esta mañana de casa se me entró en el alma, por los sentidos, toda la gloria de este día de primavera. Quizá sea porque esta noche maravillosa, perfumada y tibia, que gozo desde mi ventana, ha hecho el milagro de aflojar mis nervios, tensos por el trabajo y las preocupaciones de todos los días. Sea por lo que sea, el caso es que me siento feliz. Y bien mirado, ¿por qué no he de ser feliz yo? Soy joven; no un chiquillo, desde luego; pero a mi edad los hombres son jóvenes todavía. Ciertamente que no soy un genio, que la gente no me conoce...; pero dentro de mi especialidad se me respeta, y aunque un poco tarde, quizá pueda llegar a ser catedrático. En cuanto al físico, no estoy mal... Si yo me cuidara un poquito más la indumentaria... Ahora noto que este traje no está bien. Noto que tengo barbas de tres días. Noto que llevo una corbata desastrosa. Hoy me ha parecido advertir que mi discípula se reía un poco de la corbata... ¡Mi discípula! Es verdad, se me había olvidado anotar en este cuaderno que desde hace diez días tengo una discípula. Es una chica que estudia en la Universidad y a la que yo estoy preparando para los exámenes de Junio. Parece lista y trabajadora. Escucha mis aburridas explicaciones con los ojos muy abiertos; unos ojos maravillosos, azules oscuros, sombreados por dos largas filas de pestañas sedosas. Es bonita mi discípula. Me gusta verla escucharme y me gusta más aún cuando se inclina sobre la mesa para tomar sus notas. Un mechón de cabellos rubios se escapa de su melenita corta y le cae sobre la frente. Y da gusto también ver cómo sus manos de muñeca trazan rasgos nerviosos sobre el papel. Pero lo más bonito, lo más encantador de mi nueva discípula es la risa. Ríe por todo. Y cuidado que es difícil reír cuando se está en pleno apogeo de Pitágoras! Ella ríe siempre, y al reír se abren sus labios encarnados sobre los dientes maravillosos y chisporrotean sus ojos azules... Me gusta, me alegra a mí mismo, que soy tan triste, verla reír de esta manera. Y eso que hoy... no me cabe duda: hoy se reía de mi corbata.

cho cambiarla por otra... que, bien mirado, está mucho mejor. Ahora lo noto y se lo agradezco. Igual que la agradezco aquella sugerencia de que cambiara los lentes por estas gafas de concha que llevo ahora. Estas gafas son más cómodas y ¡qué demonio! me rejuvenecen. Lo noto al mirarme al espejo; porque ahora me ha dado por mirarme al espejo todos los días... y por afeitarme también a diario, cosa que está muy bien. Lo que no acaba de convencerme es lo que me ha dicho del sombrero... Esta tarde, cuando habíamos terminado de resolver una ecuación difícilísima para ella, me dijo mi discípula:

—¿Y por qué lleva usted ese sombrero tan ancho? Debe de resultar molesto ir por la calle bajo palio, como los obispos.

—Los sombreros pequeños me parecen ridículos—le contesté yo.

—Pues no lleve sombrero. Todos los muchachos de ahora van con la cabeza descubierta.

Me pareció una monstruosidad. Pero después, al volver a casa, he ensayado a venir a pelo, y encuentro que es una cosa magnífica. Se anda mejor... Se ve todo más claro. La cabeza se refresca. Decididamente voy a tirar para siempre mi sombrero grande. Las mujeres tienen, en general, razón.

Jueves 31.—No puedo trabajar esta noche. Siento

una rara agitación en todo mi ser y algo así como una dulce congoja me oprime el pecho. A ratos siento deseos de llorar y a ratos me invade una alegría extraña... Iba a decir que no sé lo que me pasa. Pero... sí que lo sé... Lo que me pasa es que estoy enamorado. Loca, perdidamente enamorado de mi discípula. Hace cuatro días que me he dado cuenta... El domingo que no la vi me sentí lleno de tristeza. Quise que las horas pasasen volando, y a no ser por la seguridad de verla al día siguiente, creo que me hubiera tirado por la ventana... La quiero, la quiero con toda mi alma. Estoy enamorado de ella como no lo estuve de ninguna otra mujer, porque ella es distinta y superior a todas...; porque ella tiene los ojos más bonitos y más cándidos del mundo...; porque ríe como nadie sabe reír...; porque habla dulcemente...; porque tiene unas manos divinas y una voz maravillosa... La quiero sin arrebatos, sin deseo, sin vértigo...; porque no me parece un ser de carne. Ella para mí es algo tan ideal, tan frágil, tan extrahumano...

Me gustaría poder decirle todas estas cosas, me gustaría tenerla aquí a mi lado, bajo esta noche maravillosa de primavera... Me gustaría acariciar su melenita rubia y sus manos finas, que deben tener suavidad de terciopelo. Me gustaría mirarme de cerca en sus ojos azules... Me gustaría también besar muy despacio su frente despejada... y, sobre todo, me gustaría decirle todo el bien que me ha hecho, toda la ilusión, toda la poesía que ella, sin quererlo y sin saberlo, ha sabido despertar en este obscuro profesor de matemáticas...

Lunes 11.—Ella ha estado aquí... Su figurita graciosa se ha detenido ante mi puerta... Sus manos incomparables han hecho sonar el timbre, y toda ella ha llenado de luz este pobre cuarto de solterón.

Ha venido a verme porque sabe que llevo tres días enfermo. Yo estaba aquí sentado en una butaca, junto a la ventana, contemplando las estrellas que comenzaban a salir y pensando en ella.

Primero la he visto revolotear por la habitación, mirando mis papeles y mis libros. Después ha tomado una sillita baja y se ha sentado cerca de donde yo estaba.

—Usted es un hombre triste. ¡Es natural!... El abuso de las matemáticas trae malas consecuencias... Debería usted salir más, distraerse, divertirse... Si hiciera eso no se pondría enfermo.

Al sentirla tan cerca. Al notar que casi me rozaba con sus cabellos, he sentido algo así como un desvanecimiento. Ella lo ha notado, y con sus dos manos ha tomado las mías.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? ¿Llamo?

No la he dejado llamar porque lo que me pasaba sólo ella podía curarlo y porque además me sentía feliz con mis manos entre las suyas... ¡Si yo hubiera podido decirselo todo!

Pero no. No quiero decirselo. ¡Es mejor así!

Martes 19.—Como yo sigo delicado y no puedo salir, ella viene ahora todas las tardes a dar clase a mi casa. Desde la ventana la veo llegar. Cruza la calle, rápida y graciosa, con sus libros debajo del brazo. A los pocos minutos está aquí, y yo soy el hombre más feliz del mundo...

Después de trabajar salimos un rato a la ventana. Hablamos de muchas cosas, y a veces siento que me roza la piel su melenita rubia...

Toda la vida así... Que no pase el tiempo, que no llegue el día en que tenga que verla marcharse para no volver. ¡Toda la vida así!... Aunque nunca pueda acariciar sus manos... Aunque nunca pueda besar sus ojos. Aunque nunca pueda estrecharla contra mi corazón...

J. C.



¡Con NIVEA al aire y al sol!

¡Ya en primavera... tiempo hermoso! ¡Pero con cuidado! El sol ya pica, y su piel no está habituada aún a él, después de llevar tanto tiempo la ropa que exige el invierno. Proteja su cuerpo untándolo antes bien con Crema Nivea ó Aceite Nivea. De esta manera evitará las quemaduras de sol, y conseguirá en su piel un tono bronceado natural.

Nivea protege, bruñe y cuida la piel, y además ya sabe Vd.: la Crema Nivea contiene Eucerita, producto similar a la grasa cutánea.

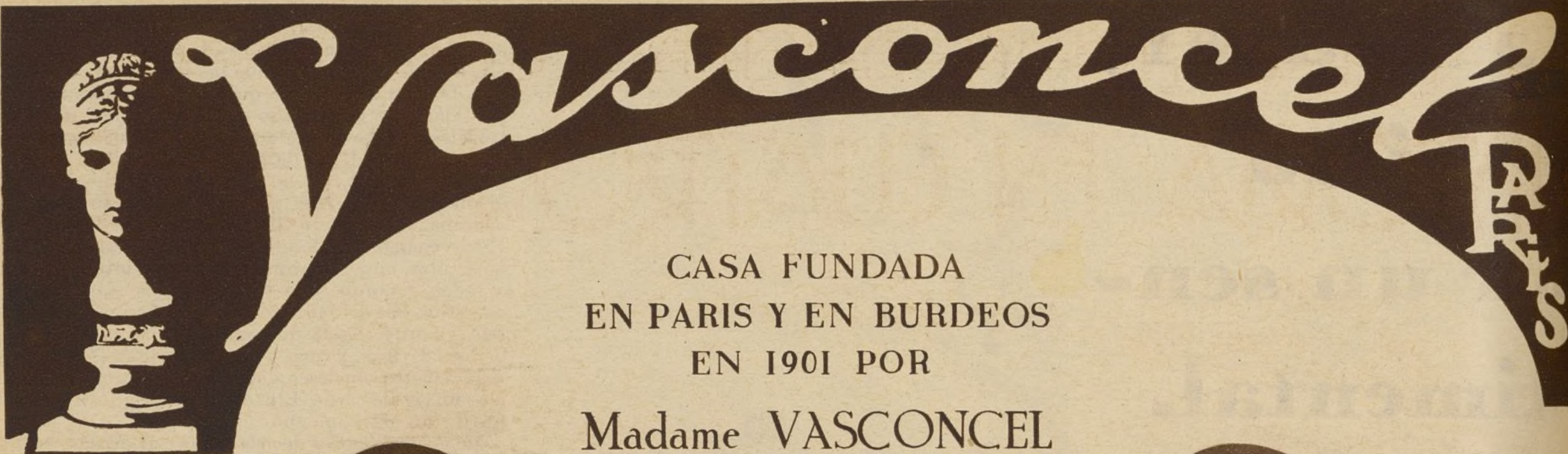
Crema (en cajas metálicas Pts. 1.—, 2.— y 4.— Aceite (en frascos de vidrio Nivea (en tubos de estaño Pts. 2.— y Pts. 4.— Nivea (Pts. 4.— y Pts. 7.50

Elaborado en el Laboratorio Reder de Madrid. Apartado 337

crónica

Ayuntamiento de Madrid





CASA FUNDADA
EN PARIS Y EN BURDEOS
EN 1901 POR
Madame VASCONCEL



LOS
TRATAMIENTOS
Y PREPARADOS
DE BELLEZA DE
MADAME
VASCONCEL



LOS SECRETOS DE
BELLEZA A TRAVÉS
DE LOS SIGLOS



SEÑORAS: Si desean encontrar unos productos de belleza perfectamente apropiados a su cutis y eficaz para su caso, consulten el nuevo folleto Vasconcel (la última edición).

Es la selección de todo lo mejor que se ha hecho hasta hoy en pro de la belleza.

Este folleto se remite gratis en todos los comercios de perfumería de España y en los CONSULTORIOS DE BELLEZA VASCONCEL de

MADRID: Avenida del Conde Peñalver, 7, entresuelo (trasladado de la calle Peligros, 10)

BARCELONA: Ronda Universidad, 17, entresuelo.

En nuestros Consultorios las demostraciones y consultas son enteramente gratis y sin compromiso de comprar.

La canción de las canciones HISTORIA EN CUATRO MUJERES.



HISTORIA en cuatro mujeres... Cuatro estrofas, cuatro canciones, cuatro vidas... Canción eterna de la Vida, ritmo perenne de la emoción... Cuatro cálices donde la existencia escancia su viejo vino agri dulce...

Carmen, de Mayo.

Carmen, Carmen de Mayo, por la gracia florida de tus diez y ocho años... Sol hecho hebras en el cabello; fuego en la sangre, verdor de mar en las pupilas, para las que son bellos todos los horizontes. Y en la boca un beso en el que vibran todos los besos, y en el corazón, como en un crisol, hirvientes todas las ambiciones.

Carmen... El amor te acecha, te acosa, te rastrea, salta ante ti cabrioleando como un fauno ebrio, y te sigue, oteando tu morbidez incitadora, como un esclavo de un can famélico...

Carmen... Tres hombres—uno, alegre y fuerte; otro, triste y fiel; otro, caduco y codician tu belleza.

Carmen: tiembla de deseo cuando el beso del fuerte llegue como un cauterio a tus entrañas; abandona tus manos a la caricia tímida con que el romántico disimula

sus lágrimas; aduéñate del oro que la lujuria tardía pone de precio a tu belleza. Y sé feliz y buena; sé coqueta y cruel; sé poderosa...

En tu primavera, tienes derecho a todo: a elegir y a matar; a embriagarte de amor como de un vino nuevo, y a arder, como una antorcha, en todos los deseos viejos...

Araceli, espiga granada.

El hijo de nuestro amor, alma y carne fundidas, duerme en tu regazo, Araceli. Cadenas de rosas, más fuertes que de hierro, tus brazos le sostienen.

crónica

Ayuntamiento de Madrid



Y en tus labios, como en frutos en sazón, hay dulzores inefables. Tus labios, que el amor quemó con sus fuegos, tienen la fresca caricia de una canción de cuna. Tus caderas se han henchido en la labor sagrada y fecunda.

El hombre, el amor, fueron los nobles pretextos para que tu sangre se trasvasara en otra vida; para que tu carne floreciera y retoñara; para que de tus senos, entre unos labios que aún tienen vagido de entrañas, la láctea floración de tu vida goteara.

Y con tu hijo en brazos, bajo el pleno sol, augusta en tu reposo, sagrada en tu prolífica tarea, yo te rezo, Araceli, mujer y madre, surco y matriz... ¡Santa Venus Gentry!

Canto de lluvia.

Rompe esas cartas, María Victoria... Rompe esas cartas, que deslíen en amargura tus cuarenta años melancólicos.

EL ya no te quiere. EL huye de tu lado, de tu amor bueno, de amante, de hermana y de madre.

EL te deja sola con tus recuerdos, con tu desilusión, con la hiel del último desengaño...

«Nunca más», el cuervo de Poe te canta en los oídos. Porque ha sido EL el último amor de tu alma, resplandor de otoño... Hondo y suave, con fina melancolía de ocaso y desesperación de naufrago que se abraza al último y ya único asidero. Porque no te queda ya tiempo para convalecer. Y no tienes ya savia para florecer de nuevo.

Perdido este amor de mujer aun bella en los cuarenta años, ya nunca más brotarán rosas en tu corazón. Y si brotan, serán flores enfermas, artificiales, que darán piedad o harán reír.



«Nunca más», como el cuervo de Poe, parece cantar esta lluvia de otoño en los cristales...

Fué el último amor, la pasión postrera.

Y EL no era malo, no, María Victoria. Es que tú tienes ya cuarenta años y ya tiene veinte y está ciego y está loco.

Y como un pájaro, loco y ciego, quiere volar y quiere cantar.

Resplandor de hoguera.

Asunción... Setenta años.

Nieve en la cabeza y en el corazón. La mano trémula y el paso lento y el andar cobarde.

Crujen, cantan, se quejan los leños al arder, crepitando en la chimenea.

Asunción: ¡qué largo y qué triste el camino! Hoy, ya, en el pasado y en el porvenir, todo es frío, como en esta noche de invierno.

Y tu nieta, que ya es una mujer, te dice, en flor el alma, en flor la risa, en flor la palabra:

—Abuelita. ¡Si vieras qué enamorada estoy!

Y tú, Asunción, sonríes fría, sonríes seca. Y con tus labios desvaídos y con tu voz blanca, de vejez, de cansancio, comentas:

—¡Qué tonterías dices, niña!

Crujen, cantan, crepitan los leños... Una rama negra, quemada, fría ya, cae inútil, cae del hogar.

Como esas palabras de tus labios y de tu alma viejos, Asunción.

JUAN FERRAGUT



LA MODELO

Una verdadera secretaria particular posee un cerebro lleno de escondrijos y de apartados con exactitud de un fichero o de un archivador. Nunca se puede equivocar en la elección de una sonrisa, de un silencio o de una goma de borrar.

Lo que más trabajo le cuesta a Consuelo es, cuando escribe a su novio, no despedirse con eso de: «Con este motivo me es muy grato repetirme de usted su atento s. s., q. e. s. m.»

La modelo.

La modelo de modas es una falsa actriz. Una actriz del viejo cine silencioso, que hasta conserva de él actitudes bertinescas y a lo Pola Negri.

Para ser modelo se precisan casi las cualidades físicas que para ser estrella en Hollywood: un metro sesenta de estatura, no exceder en peso de los sesenta kilogramos y dar bien el negativo de la pose.

Ante los clientes desfilan, pausadas y solemnes, como si las examinara el director de un gran film.

La señora marquesa—para la madame siempre será la señora marquesa—escudriña cuidadosamente a la modelo, olfateándola con los impertinentes, quisquillosos y casi cruel:

—¿Quiere usted volverse de espaldas, señorita?

La modelo gira indiferente. Los maridos de las señoras observan a estos maniqués femeninos con la honda amargura de que el traje es lo único que de ellas obtendrán sus mujeres. Con miradas de socios de la Gran Peña, los maridos, los novios y los amantes ensayan la conquista de la modelo. Pero la modelo es una buena chica, que piensa en los dos duros que cobra por su papel y en comprarse unos guantes «que la están haciendo mucha falta».

Pero hay algo aun más triste: la modelo de trajes de novia. Se ve enseguida lo artificioso de su disfraz; que no son suyas aquellas blancuras de los velos; que la sonrisa con que aparece no es la sonrisa chafada de estupor de la recién casada. Para la cliente próxima a desposarse, la modelo tiene calidades de espejo y de maestra en el difícil arte de llevar un traje de boda.

Los espectadores—severos como invitados—la contemplan como si fuese la novia de verdad, y hasta hay un ¡oh!, de paso, cuando surge, deslumbrante y alta, multiplicada en espejos, como sobre la escalinata de la exhibición.

Una modelo de modas se pone todos los días: seis trajes de mañana, cuatro de té, dos de jugar al golf, ocho de noche y... un mismo abrigo azul todas las tardes para irse a cenar.

La manicura.

¿Cuántas manicuras habrá en Madrid? Si fuera uno a hacer caso de los anuncios de los periódicos, todas las mujeres de la capital de la República. Si tiene uno en cuenta la realidad, más de las que se necesitan.

Es uno de los trabajos que más han «crecido» en los últimos años. Antes eran pocas las personas que se «hacían» las manos, o pocas, al menos, en relación con las que se las «hacen» hoy. Hasta tal punto es esto verdad, que hay ya manicuras por todas partes.

En la peluquería donde yo voy, por ejemplo, está Isabel. Isabel es una estupenda muchacha de diez y ocho años, que ama por igual la música y las novelas cinematográficas. Tiene novio: un estudiante de Aduanas, alto, moreno, con el pelo rizado, que la espera todas las tardes, con su uniforme de marino falsificado, a la hora de salir. Es una mujer desdénosa y triste. Cuando «hace» las manos de cualquier parroquiano, lima con furia, como si el leve carraspeo de la lima la obligase a llegar hasta el codo. Tiene una paciencia admirable: aguanta sin inmutarse todas las sandeces de sus admiradores... y todas las propinas.

—¿Qué tal, Isabel? ¿Cómo está la profesión?

—Yo no me puedo quejar. Gano bastante.

—¿Cuánto?

—Unas quinientas pesetas.

—Tendrá usted que «hacer» muchas manos...

—No lo crea. Con servir a cuatro clientes al día, ya es suficiente.

—¿Y todas sus compañeras ganan lo mismo?

—No; las hay que cobran menos por servicios.

A pesar de las quinientas pesetas, Isabel no está contenta con su profesión: ella hubiese querido estudiar para maestra. Y vivir en un pueblecito, con muchos niños, su oficial de Aduanas y... cincuenta duros.

Pues no lo piense más, Isabel; aproveche los ratos libres, y a la Normal. Que las manos ya nos las arreglaremos nosotros solos...

La cajera.

Yo siempre he creído que las cajeras son aprendices de mecanógrafas. Comienzan por esa máquina de



LA MANICURA

todo

cuanto en el mundo se crea para adorno
de la mujer llega rápidamente a los almacenes

MUEBLES, TAPICERIA
CONFECCIONES

Pida nuestro CATALOGO.

Eleuterio
FUENCARRAL. 14 - AP. 12318. MADRID

Eleuterio y Martinez Rubio
TEJIDOS ROPA BLANCA TAPICERIA
CALLE BROS ESTUDIOS

antes...

ALICIE

ahora...

y siempre

la mujer sabe dónde encontrar el mejor y más barato surtido
en tejidos, confecciones, tapicería, ropa blanca, géneros de punto, etc.

ALMACENES

ALICIE

LUNA, 11 - AV. DE LA LIBERTAD, 40 (TETUAN)

escribir embrionaria que es la caja registradora, y concluirán, seguramente, ante la máquina grande.

En el tragaperras de la registradora, las cajas llevan, implacables, la puntualidad de nuestras compras y son vigías de todo el movimiento de la tienda: fielato por el que todos tenemos que pasar.

Son la aristocracia de las antiguas «cambiantas» de la Corredera. El timbrazo de cada operación en la registradora convierte por un momento en atracción de feria la entrada al gran almacén.

Nadie podría descifrar como ellas la caligrafía arcaica de las notas que nos entregan en el mostrador, ni cobramos dos pesetas sobre el precio con una sonrisa más cariñosa. La cajera tiene algo de cancerbero de Banco y de pitonisa. Y en todo caso es como una muñeca mecánica que no sabe más que repetir:

—Tres veinticinco... Seis cincuenta... Ocho pesetas...

La cajera gana también para vivir: trescientas pesetas. Es un buen sueldo, a juzgar por lo que ella dice, y siempre espera que se lo suban hasta cuatrocientas.

¿Gastos? Esta cajera rubia y magnífica que he soslayado de emoción, se va a casar. Quiere esto decir que no gasta un céntimo. Ahorra. Ahorra para comprarse un buen armario de luna, seis tazas de té, o para que se lo gaste el bigardo de su marido.

La mecanógrafa.

La máquina de escribir casi ha sustituido en España, para nuestras mujeres, a esa otra máquina con pedal de afilador: la máquina de coser.

Cuando una muchacha española dice que tiene ansia de libertad, de independencia, «que quiere vivir de su trabajo», ya se sabe: se hace mecanógrafa.

No se explica por qué la mujer tiene una agilidad en los dedos que nunca conseguirá el hombre. Es que muchas de nuestras mecanógrafas son profesoras de piano fracasadas—o liberadas—y se sientan con actitud de virtuosas de la máquina de escribir.

¿Cuántas mecanógrafas hay en España? Es, seguramente, la ocupación que arroja más censo femenino. En cualquier ministerio, en los Bancos, en las oficinas particulares, los nombres de las mecanógrafas—Aurora, Carmen, Pilar—destacan en las nóminas sobre los Gutiérrez, los Pérez y los Garcías.

Ellas elevan sus brazos desnudos, nautas sobre el océano ilusorio del teclado; sus piernas fuertes y jóvenes, que aparecen como mutiladas, como ese anuncio luminoso de una casa de medias, bajo la mesa minúscula de la máquina; sus cabezas alegres sobre la calva escueta de Fernández, el pantalón desvaído de González y el bisoné de don Sauro.

En el portamonedas de la mecanógrafa siempre se halla entre la barrita de carmín, el pañuelo indesarraigable, la tarjeta diminuta con los cinco números de un teléfono, el *tikuet* de un almacén, y una goma de borrar, que es el escudo de armas de la mecanógrafa, para salvarse de la *k* inesperada, de esa *k* terrible que surge en vez de la *l* y de toda esa palabra con mayúsculas, que no puede explicarse nunca por qué apareció así.

Las mecanógrafas están pobremente retribuidas. Las que pertenecen al Estado, después de una dura oposición, habitan ya el planeta inefable de los escalafones, bajo la atmósfera feliz de los quinquenios. Son como generales y ministros de la mecanografía y pueden mirar con un poco de orgullo y de piedad a esas otras muchachas que refugian su pobre profesión en la sexta plana de los periódicos: «Mecanógrafa distinguida, muy rápida, desea colocación. Escribid a...»

Y luego recibe todas esas cartas estúpidas y cobardes del señor gordo a quien «no se le va una».

¿Más muchachas que trabajan? La vendedora de perfumes, la de las casas de té, la acomodadora, la maestra, las representantes, etc., etc. Es decir, muchas. Muchas mujeres que trabajan. Tantas y con tanto ahínco, que hoy no es difícil escuchar este diálogo:

—Y usted, señorita, ¿no se casa?

—¡Huy! No, señor. Ya tengo bastante trabajo.

José DIAZ MORALES

(Información gráfica de Videca)

SIEMPRE PRESA

Corsés y sostenes de modelos nuevos.

Fajas de caucho prácticas y bien
construidas desde DIEZ pesetas.

FUENCARRAL, 68 y 94.

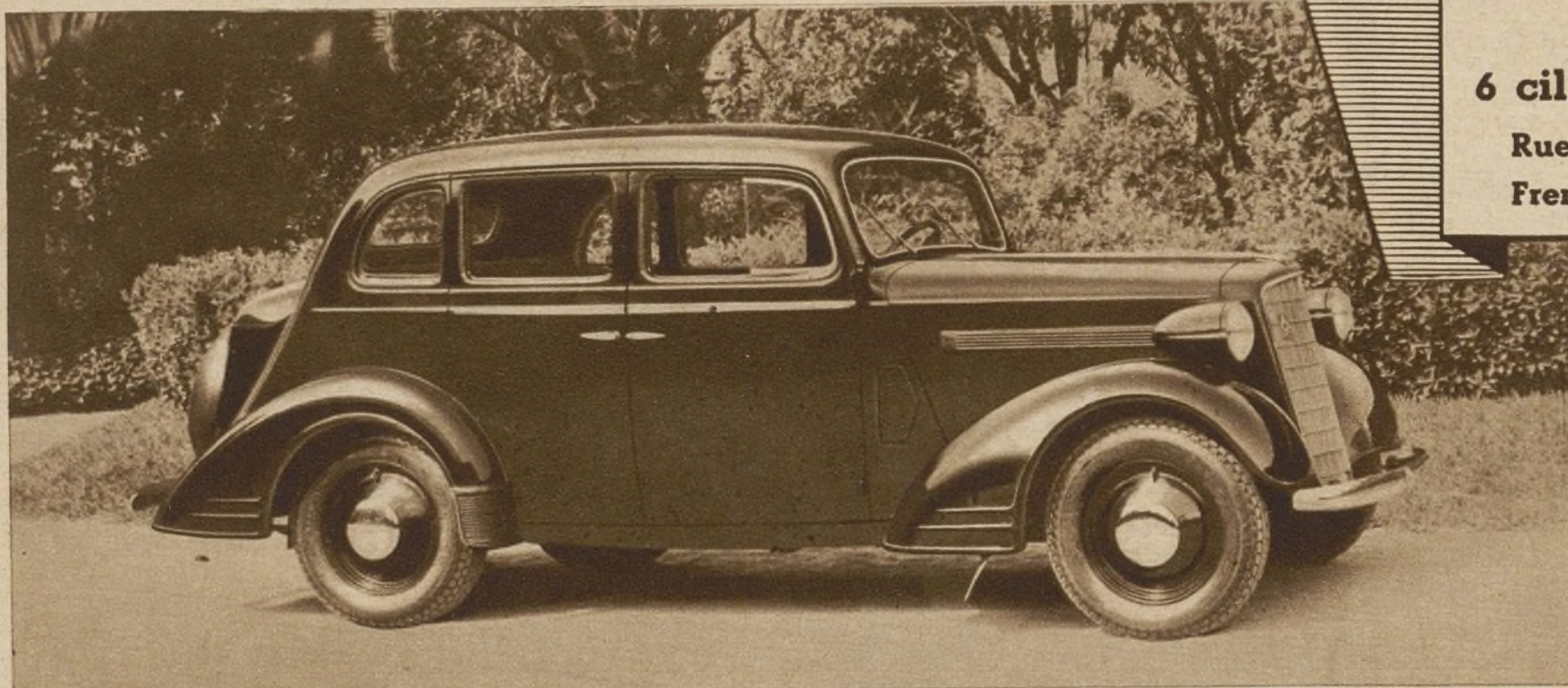
FERNANDO VI, 10.



crónica

OPEL

ANUNCIA PARA 1934 EL COCHE MAS PRIMOROSO DE EUROPA



OPEL

6 cil. 2 litros. 15 HP.

Ruedas con rodillas...

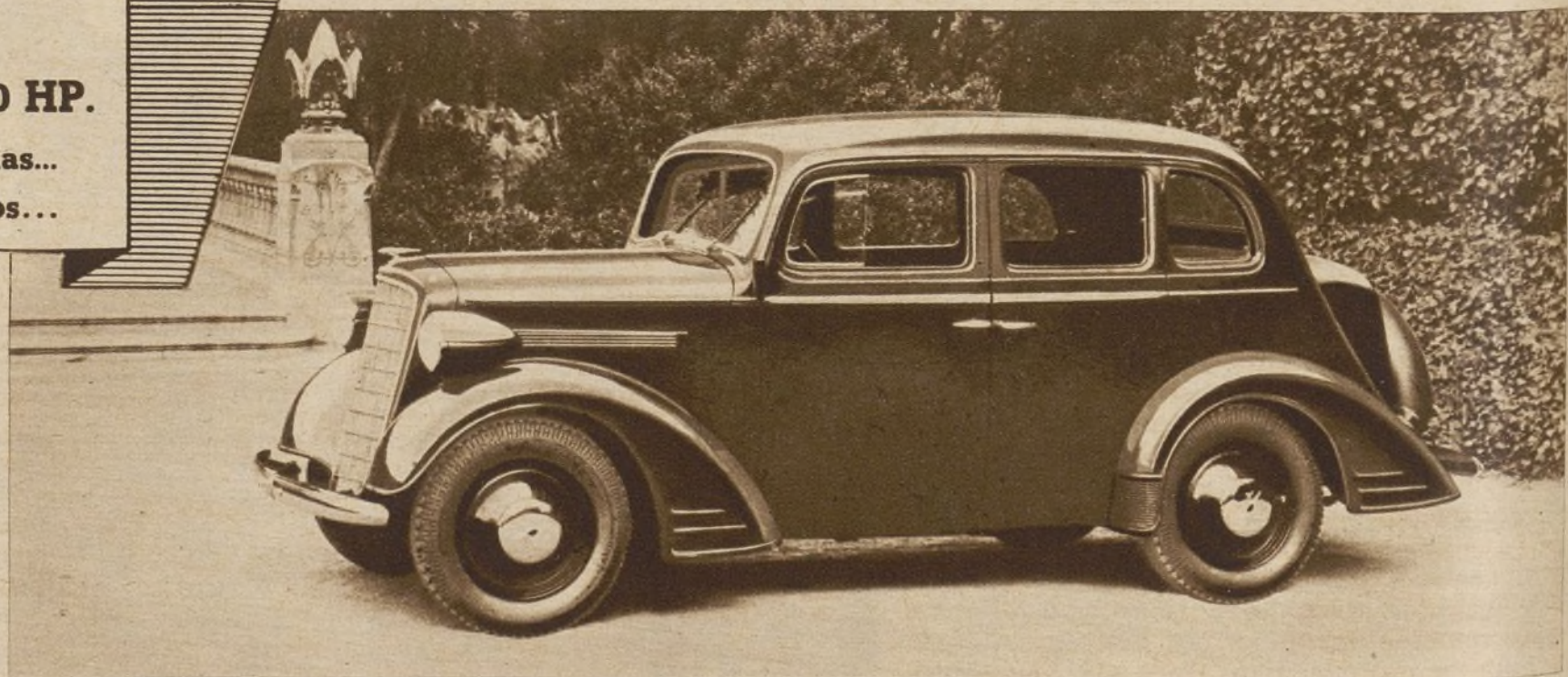
Frenos hidráulicos...

OPEL

4 cil. 1.3 litros. 10 HP.

Ruedas con rodillas...

Frenos hidráulicos...



Si es usted propietario de un coche pequeño o grande... entendido o lego en la mecánica... examine personalmente los nuevos Opel 1934... automóviles cien por cien que, por un menor precio que su coche grande y una mayor economía que su coche pequeño, le brindan una comodidad, una aceleración, una línea que seguramente le incitarán a sustituir su coche actual...

Y si adquiere Vd. ahora su primer coche, encontrará Vd. en el Opel una superioridad tal que no vacilará en su elección.

Los nuevos Opel le ofrecen características tan sobresalientes como: auténticas ruedas con rodillas... estabilizador de virajes... frenos hidráulicos... bastidor reforzado en X... carburador vertical... carrocerías de madera y acero —como en los coches de lujo— más anchas, más largas y más cómodas... garantía escrita de General Motors... En cuanto a su línea, cuando vea usted los nuevos Opel —estas fotografías son inferiores a la realidad— suscribirá usted con entusiasmo la afirmación de que son los coches más primorosos de Europa.

Concesionarios en la provincia:

Julio Blitz Godefroi
Castelló, 47 • MADRID

EXPOSICION: VELAZQUEZ, 42

Angel Flores Estrada y C.^{ía} (S. L.)

Calle Alberto Aguilera, 7
MADRID

Deodoro Valle

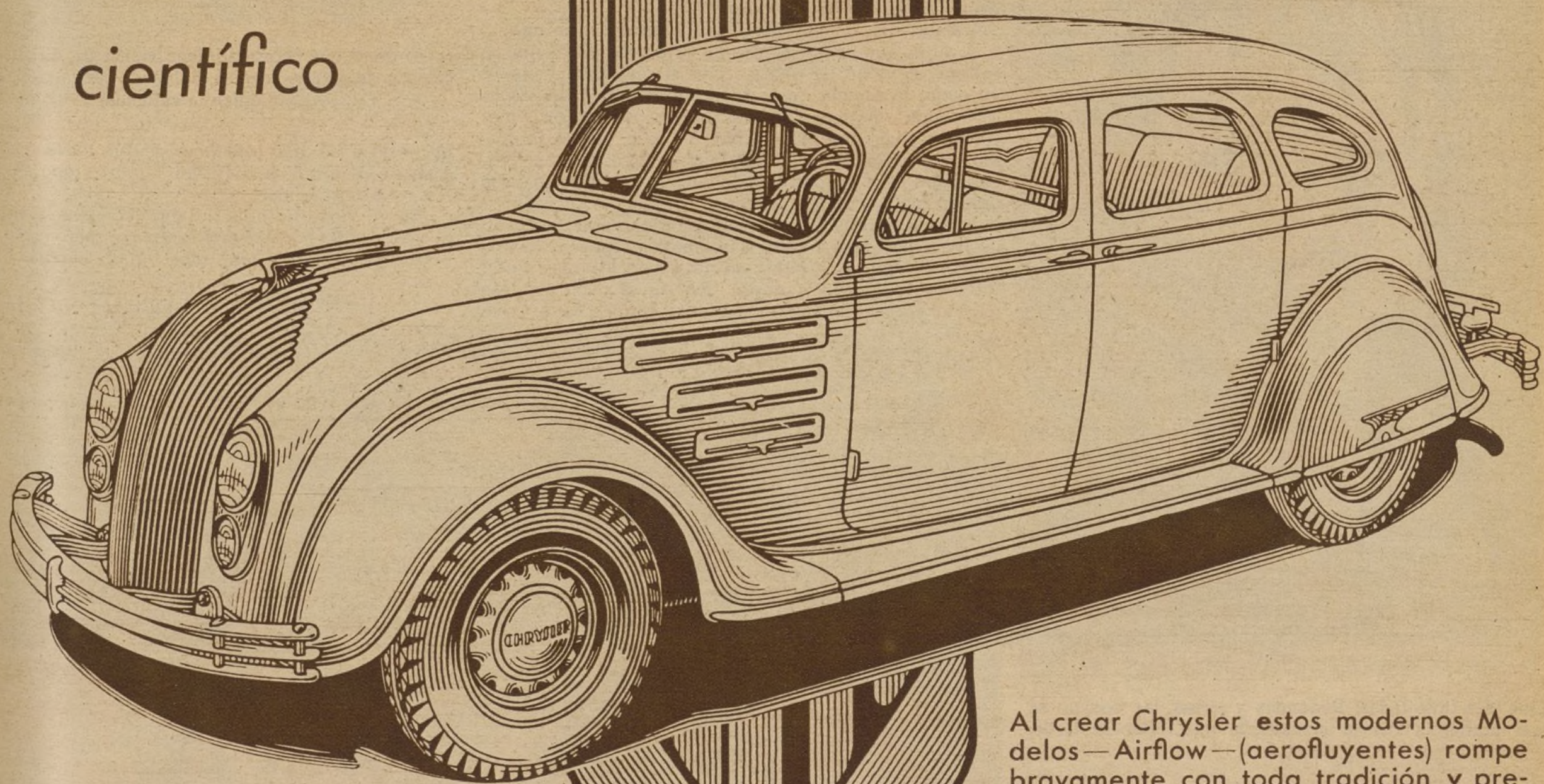
Carretera de Andalucía, 13
ARANJUEZ

FABRICADO Y GARANTIZADO POR GENERAL MOTORS



CHRYSLER

El nuevo coche
científico



Al crear Chrysler estos modernos Modelos—Airflow—(aerofluyentes) rompe bravamente con toda tradición y presenta un automóvil enteramente nuevo. Construido para SEIS pasajeros, con una comodidad y lujo desconocidos hasta ahora. Los ocupantes no van sobre el chasis, sino dentro de él, mecidos entre los dos ejes, con esa sensación de suavidad y placidez que hace la delicia de los viajes aéreos. Con la sensacional línea nueva, dibujada para deslizarse a través de la ilimitada capa de aire, sin ofrecer al viento sino la mínima resistencia.

**NO ES FANTASIA DE CARROCERO
ES LA CIENCIA DE UN GENIO**

**EXPUESTO AL PUBLICO
EN PI Y MARGALL, 14,**

DISTRIBUIDO POR

S. E. I. D. A., S. A.

C-22

La mujer vista por el niño de pecho



¡Qué bien inventadas! Redondas y tersas, las dos, no sé cuál prefiero... Por la mañana, la una... Por la tarde, la otra...

Qué bien inventada! ¡Pero qué bien inventada está! Se apoya la boca, se aprietan los labios, se aspira... y ¡ya está! el desayuno.

Redonda y tersa, y surcada de ríos azules, no sé cuál prefiero. Por la mañana, ésta; por la tarde, ésa. ¡Pero qué bien inventada!

Decían que si la otra ama era mejor... ¡Mentira! Eso quien lo sabe soy yo. Pascuala lo único que sabía hacer era dormirme. Me cogía en brazos, y ea, ea... ¡y qué va uno a hacer! Sobre todo cuando no se sabe hablar para decirle: «Oye, ¿por qué no te vas tú a dormir con ese soldado, en vez de darme la lata a mí?»

Y luego, de alimento... ni comparación; aquella se lo daba todo al soldado. ¡A mí es que me daba vergüenza! Aquel tío había días que se traía tortas de Alcázar metidas en el gorro de cuartel...

Esta de ahora es otra cosa, más seria y mejor formada. Y nutritiva como la que más. Como me siga alimentando me voy a hacer un hombre en un abrir y cerrar de ojos. Y entonces..., sigo con ella, ¡como ya me he tomado esas confianzas!

La que decididamente no me gusta nada es mamá; yo no sé qué necesidad tiene de dirigirse a mí con voz de gato; y además, hablando de una manera que no hay Dios que la entienda. «Mi pempenito va a tomá su chechecita.» ¡Pero qué se han figurado que es uno! ¡Y esos besos que me da en cierto sitio! ¿A qué viene eso? Todo porque lo ha visto en un anuncio de jabón. A mí me da vergüenza. Ahora que lo peor es cuando me complica en sus celos con papá... Cuando me coge en brazos en su presencia y me dice: «Anda, preguntarle a papá dónde ha estado hasta tan tarde. Dile:

¡Papá malo, que has tenido a mamá toda la tarde esperando, y te presentas a las tantas, mal bicho, sinvergüenza, con los hombros llenos de polvos y oliendo a un perfume que no es el mío. Pero te juro, por éstas, que me las vas a pagar, so morral, y que el próximo día que vuelvas así, me voy a casa de mi madre. Anda, nene, dile esto a papá.»

Vamos, que no hay derecho a abusar así de uno.

A mí la que me gusta es una prima de papá, que es soltera, y viene de visita. ¡Esa sí que besa bien! Y no como la abuela, ¡que da un asco! Esa chiquita es estupenda; lástima que no quiera entrar de ama. ¡Porque tiene una disposición! Yo, por ver si la animo, en cuanto me coge en brazos hago como si creyera que es Balbina. Pero, claro, como uno no sabe hablar, no puede convencer.

El caso es que ya sé decir algunas cosas; pero no las digo, porque son tonterías: «mamá», «papá», «caca», «chacha»; con estas palabras no puedo hilvanar nada interesante, y si se enteran que las sé decir, me las harán repetir continuamente ante todos. Así es: que



... ¡Yo no sé qué necesidad tiene mamá de dirigirse a mí con voz de gato y, además, hablando de un modo que no hay quien la entienda!...

me callo y no digo esta boca es mía hasta que no me sepa de memoria la Ley del Timbre, ¡que eso sí que les va a sorprender!

Ea, ya viene Balbina desabrochándose la merienda; el caso es que no está mal tampoco; ¡pero como la prima de papá, eso sí que debe ser un banquete!

EDGAR NEVILLE



A mí la que me gusta es una prima de papá, que es soltera y viene de visita... Es una chiquita estupenda... Lástima que no quiera entrar de ama. ¡Porque tiene una disposición!...

(Dibujos de Demetrio)



«Mujer dormida», magnífica escultura de arte francés del siglo XVI, que se conserva en el Museo de Cluny (París).

(Fot. L.)

La mujer vista por los artistas.

Conversación, elogios y definiciones del desnudo femenino.

La suavidad del desnudo femenino se elogia por sí misma. Para la pintura, para la escultura, para la poesía inclusive, ha sido eterno el tema del desnudo. Pero de cuando en cuando ha caído sobre él la mirada equívoca de algún moralista de criterio empujado y mezquino, y lo anatematiza. No importa; el desnudo vuelve a quitarse los velos y vuelve a mostrar su castidad, su belleza, sus ingenuas suavidades.

Se da el caso de que el maestro Unamuno, para elogiar una perspectiva arquitectónica sin perifollos ni adornos—el monasterio de El Escorial—, lo llama «el desnudo en Arquitectura». De modo que se demuestra con esto el concepto, bien desprovisto de picardía, que una alta mentalidad de la época tiene del desnudo. Pero esta vez nos interesa que los artistas nos hablen de él; las opiniones, los elogios que el desnudo les merece. Nadie más autorizado que los artistas. Y vamos preguntádoselo uno por uno a los que surgen, y lo transcribimos por el orden en que las entrevistas se celebran.

El escultor Juan Adsuara hace una descripción del desnudo.

Cenamos juntos, en una despedida a Valle Inclán. Don Ramón habla sin cesar, con su incomparable gracia como de aleluyas. Por fin, en voz baja, llamo la atención del moderno escultor Juan Adsuara; le ruego que me hable del desnudo.

—¿Del desnudo de mujer?
—Naturalmente. Por ejemplo, hágame usted una descripción...

—Podrían ser varias. Salvando las leyes de la proporción, es el tema de más variadas sugerencias.

(Realmente, los profanos pudieran poseer la remota posibilidad de que en la escultura existe un solo desnudo en varias colocaciones...)

—Bien, amigo Adsuara; venga una de esas descripciones personales.

—Vea usted un tipo muy de nuestros días y ya casi un canon de belleza: la mujer deportista. Tipo ágil y fuerte, de rectos y elevados hombros, rematados

por esbelto cuello y cabeza más bien pequeña. Ha de predominar sobre el resto del cuerpo la proporción de las piernas que, sin ser musculosas, serán fuertes, rectas, finas de rodilla y marcadamente acusado su volumen en la parte superior e inicial del muslo. En la estructura del torso desplaza ligeramente una mayor anchura en la línea de los hombros que en la de las caderas. Y, por último, los dos promontorios del pecho deberán ser firmes, altos, pequeños y separados. ¿Está así bien?

—¡Hombre! ¡Ya lo creo! Ha modelado usted con palabras.

El escultor Julio Vicent hace un elogio del desnudo.

Encontramos a Vicent cuando sale de la secretaría del Círculo de Bellas Artes. Es un secretario artista; pero activo además.

—Me satisface encontrarme con otro gran escultor. A ver, amigo mío, ¿qué me dice usted del desnudo femenino?

—Creo que, en arte, es lo más interesante y lo más difícil de interpretar. Es tanta mi devoción por el desnudo, cuando posee la serenidad y belleza que debe tener, que frente a él siento la misma emoción y el mismo respeto que sentiría contemplando la mejor imagen tallada por Montañés.

—¿Y en el arte?
—El desnudo en el arte, cuando reúne las tres condiciones de serenidad, belleza y proporción, refleja el optimismo de la vida, la alegría sana, el ansia de vivir entre lo más bello de la Naturaleza...

Un «botones» del Círculo que llega:

crónica

Ayuntamiento de Madrid



**La belleza de la mujer de la antigua Grecia,
inmortalizada por el arte de su tiempo.**

Estatua de Afrodita, llamada Venus de Milo, atribuida a Scopas
(Museo del Louvre, Paris.)
(Fot. L.)

crónica

Ayuntamiento de Madrid

EL BESO



R I B A S •

¿Qué sol me cae encima?
¿Qué multitud me lanza?
¿Qué acero hay en mis pulsos,
y en mis manos qué brasas?

Te veo, toda fruto,
tan cerca que me engaña
esta misma certeza
con que oprimo tu cara.

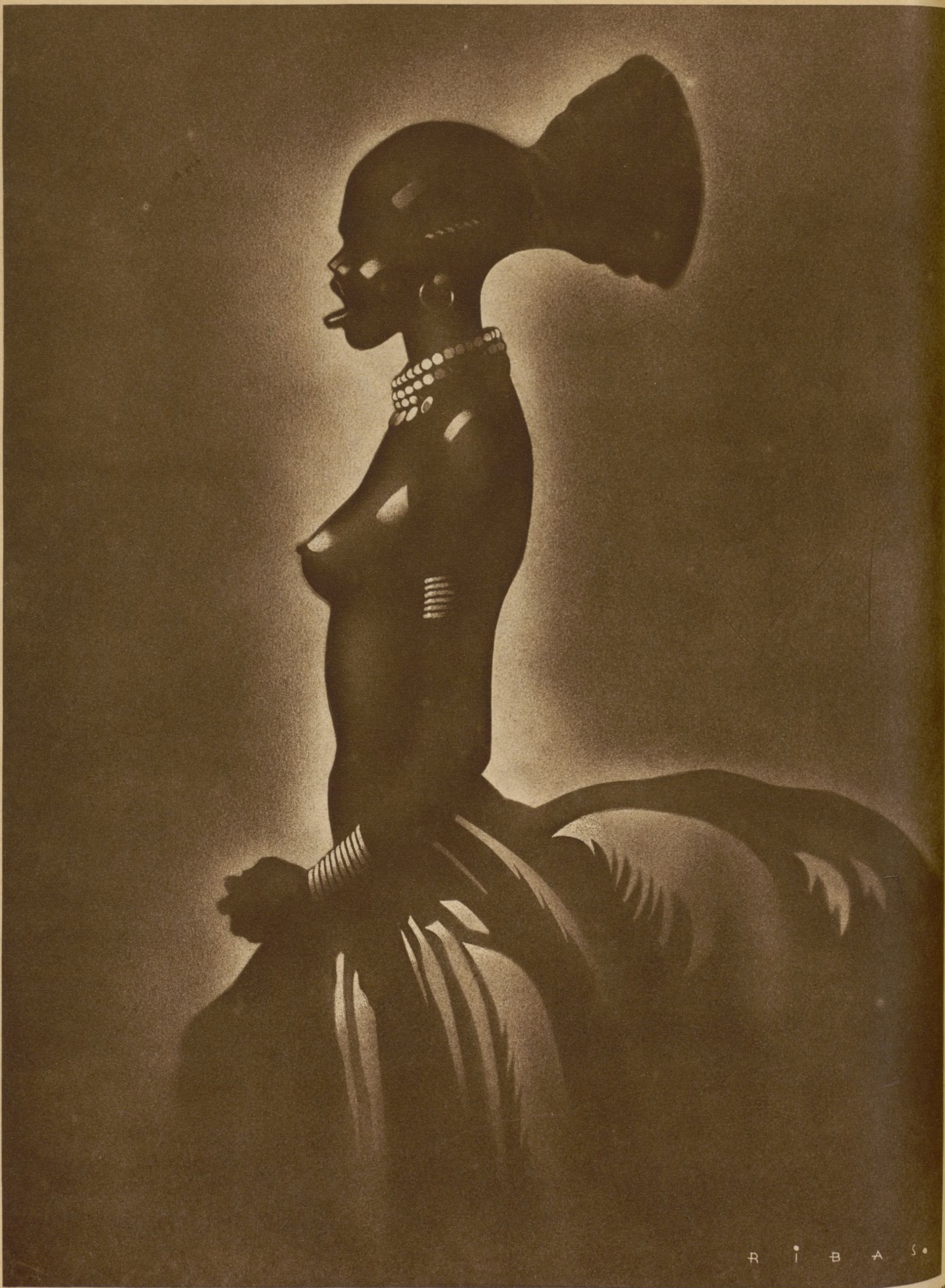
Te ciño y te separo
para verte lejana,
salvarte para el tiempo
y para la distancia.

Pero otra vez tus labios
respiran mis palabras;
he perdido mi sitio
y estoy donde tú estabas...

¡Pulpa desconocida!
¡Boca sangrienta y ávida!
El beso de esta noche
lo gozaré mañana.

Angel LÁZARO

(Dibujo de Ribas)



La mujer exótica.

crónica

Ayuntamiento de Madrid

"Belleza negra del Africa Ecuatorial"
(Dibujo de Federico Ribas)

La mujer vista por un humorista



... Su cabecita rubia

Por fin! Junto a él, su cuerpo tibio; bajo las sábanas, los dos. ¡Aquello sí que era hogar!

Mucho sacrificio, mucho inconveniente, el animar a los niños que llevan la cola, la despedida, el primer tren... Pero valía la pena; era un llegar a la meta que compensaba todo.

La vio a la salida de un cine, y se dijo: «Esa cabecita!... ¡Tener esa cabecita sobre mi brazo extendido sobre la almohada!...»

Y a esa idea había brotado el amor de repente, en una llamarada tan fuerte que la muchacha había vuelto la cabeza, como si le quemasen la nuca con un cigarro.

Cuando fué a pedirla, le costó mucho trabajo no decirle a su padre:

—Yo lo único que pretendo es que duerma con la cabeza apoyada en mi brazo.

Y cuando el cura le preguntó si la quería por esposa, él dijo que sí, y por lo bajo, rápidamente, como de niño, añadió:

—Si duerme con la cabeza sobre mi brazo.

Y ya estaba ahí, en el hotel, en la noche de bodas. Después de todo lo que ocurre en ese trance, había

llegado la hora de dormir y de no darles vergüenza el decir que tenían sueño, y la muchacha había apoyado su cabecita rubia sobre el brazo del hombre.

El la miraba dormir, con una sonrisa en el corazón. Era su sueño tranquilo, era un dormir de muchacha aún.

El rostro, vuelto hacia él, sonrosado; y el sueño concentrado en los ojos cerrados, subrayado por el paréntesis de las ojeras.

La respiración de la muchacha le acariciaba la axila, le hacía cosquillas; pero no se atrevía a mover el brazo, para no despertarla: aun no tenía confianza con ella para despertarla. Además, no era cosa de retirar el brazo después de haber soñado toda la vida con esa postura.

Y, sin embargo, el brazo, de tanto estar extendido en la misma posición y por efecto del peso de la cabecita rubia, comenzaba a dormirse; un hormigueo le recorría a lo largo y un intenso y creciente deseo de moverlo se apoderaba del hombre.

Pero no; aquella cabecita rubia no sería molestada; el brazo viril, el brazo de la familia sabría aguantar el peso hasta la mañana siguiente. Luego le diría:

«Has dormido toda la noche sobre mi brazo.» Y ella le respondería, sin darle importancia: «¡Ah, sí?»

El hormigueo aumentaba; ya era casi dolor. Además, la cabecita rubia respiraba algo más fuerte y las cosquillas eran cada vez más violentas. Hizo un pequeño esfuerzo por ladear el brazo; pero no podía sin despertar a la durmiente.

«No, cabecita rubia; no te despertaré. Duerme y sueña, que yo te protejo, que yo soy tu guardián. Si solamente te volvieras del otro lado, yo aprovecharía el movimiento para cambiar de postura. Un pequeño movimiento, y ya está... Sueña que te persiguen, sueña que te tiras al agua, sueña en algo que te haga dar la vuelta...»

Pero la novia no soñaba; dormía nada más. Descansaba, cada vez más profundamente. Parecía que le pesaba más la cabeza, y su respiración era más profunda: verdaderos resoplidos, que hacían las cosquillas llegar a la calidad de tortura.

«Yo vivía solo—se decía—. Cierto que es dulce tener una mujer consigo, que duerma apoyada en el brazo. Pero recuerdo cuando nadie dormía apoyado en mi brazo. Tan leve era todo en torno de mí, que



ni siquiera notaba tener brazos. Tumbado en la cama, sólo vivía mi espíritu; mi cuerpo, no necesitando de esfuerzo para sostenerse, yacía independiente. Ahora no; ahora siento que tengo cuerpo, carne, músculos, venas que se hinchan porque la sangre no puede pasar, y no puede pasar porque se me ha ocurrido casarme con una señorita para que ponga la cabeza sobre mi brazo...

Trató de dormir; mas no podía. Ya no era hormigueo, era dolor.

«Si quito el brazo, destruyo la ilusión de mi vida, el motivo de mi amor, la razón por la que me he casado. Si fuese ella la que quitase la cabeza...»

«Sí, sí; buenas son ellas para pensar en los demás. Se ha tumbado a dormir, y hasta mañana. Y que se le gangrene a uno el brazo. Por supuesto, tiene una madre y un padre que son igual a ella: egoístas e incapaces de moverse por nadie.

Eso es lo que se saca casándose con una señorita a quien se conoce a la salida de un cine. Muy mona, muy bien, y luego resulta que tienen una cabeza de tamaño natural. Porque esta chica es rubita y tal; pero tiene una cabezota...»

Miraba al cielo y luchaba consigo mismo. Junto a él, en la mesilla, estaba la pistola. La miró con una mirada larga, y no se avergonzó de ello.

«O quita la cabezota...»

Y un calambre del brazo le hacía volver la cabeza de nuevo hacia ella. La miraba con el odio más profundo.

«Esta cursi enconada no encuentra nada mejor que pasarse su noche de bodas durmiendo, y pareciéndose a su madre cuando duerme, y lo que es peor, a su padre... ¡Qué asco! Me parece que estoy acostado con don Florestán...»

Volvió a mirar la pistola.

«Tiene seis balas en el cargador», pensó.

Alargaba la mano hacia el arma, cuando notó cómo la cabezota se movía. La muchacha, con un suspiro profundo, dió una vuelta en la cama, y escurriendo la cabeza del brazo la dejó reposar en la almohada.

El cogió el brazo, libre ya, con la otra mano, diciendo: «¡Mi brazo!»

Su sangre circuló y desapareció el dolor. Entonces él se asomó a la durmiente y la observó con amor, con arrobamiento.

«Cabecita rubia: duerme y sueña, que yo velo por ti.»

Se acercó mucho a ella y la cogió por los hombros, al tiempo que le daba un suave beso en el cuello.

«Duerme junto a mí, que soy tu guardián...»

Y se quedó dormido también.

EDGAR NEVILLE

crónica

Ayuntamiento de Madrid



Baño de flores

Lo parece cuando el cuerpo se sumerge en el agua templada con unas gotas de Colonia ROYAL Florida. Pura o adicionada al baño, la Colonia ROYAL cumple una triple acción: limpia, tonifica, perfuma. Los extractos de flores y plantas que contiene, han pasado directamente del jardín al frasco, y al caer sobre la piel producen una sensación inigualable de frescura. Después del baño, una suave fricción de Colonia ROYAL, le deja a usted en el cutis esa fragancia natural que es prenda de juventud y de buen gusto.

Concesionario: FEDERICO BONET
Apartado número 501 - Madrid

COLONIA
"ROYAL"
FLORIDA



Expresión grave y resuelta de mujercita decidida a conquista se con el estudio una situación independiente; alegría reidora de mujercita sana y fuerte que halla descanso de la tarea intelectual en la práctica del deporte; y atención profunda ante las páginas de los textos que es necesario saber para ganar el curso: he aquí tres actitudes en las que está todo el espíritu de la estudiante de hoy...

(Fots. J. C.)

La mujer estudiante

DURANTE el curso de 1901 a 1902 estudiaban en la Universidad Central solamente dos mujeres.

Durante el curso actual de 1933 a 1934 estudian en la Universidad más de mil mujeres, repartidas entre las distintas Facultades. Hoy día, una chica estudiante es una cosa tan normal en España como un automóvil o un aparato de radio. Las estudiantes que en otro tiempo, no muy lejano, fueron el asombro de las gentes, hoy ya no asombran a nadie. De los pueblos más insignificantes y más apartados salen chicas que quieren ser abogadas, médicas o farmacéuticas.

Pero no fué en el año 1901 cuando comenzaron a estudiar las mujeres españolas. El asunto ya había metido mucho ruido en el mundo.

La primera mujer a quien se le ocurrió ingresar en la Universidad fué una norteamericana residente en Inglaterra. Se llamaba Isabel Blackwey. Estaba casada con un médico, y como también ella, por su parte, sentía gran amor hacia esta carrera, una buena mañana se presentó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Londres con los papeles debajo del brazo y dispuesta a matricularse como un alumno más. Pero ¡menudo escándalo se armó! Los graves profesores de la Universidad londinense se reunieron en concilio, y todos estuvieron de acuerdo en que «aquello» era un disparate. A Isabel Blackwey le fué negado, por tanto, el derecho de cursar la Medicina, y en poco estuvo que no la impusieran un correctivo o que no la hicieran ingresar en un manicomio.

Esto ocurría allá por el año 1850. Poco después empezaba la famosa campaña de las sufragistas inglesas; y aquellas beneméritas mujeres, a fuerza de duchas en la calle (pues ya es sabido que sus manifestaciones se disolvían en agua, como los azucarillos) y a fuerza de mítines en Hyde Park, consiguieron vencer en este punto la resistencia de los graves varones que ejercían jurisdicción sobre los Centros docentes.

La primera estudiante madrileña.

A España tardaron bastante en llegar estas corrientes modernas. Las señoritas españolas de entonces se limitaban a practicar con gran intensidad el encaje de bolillos y a bailar al piano valeses y rigodones.

Pero en el año 1893, una joven madrileña, llamada María Goiri, muchacha inteligentísima, tuvo la ocurrencia de pretender matricularse en la Universidad de Madrid para cursar la carrera de Filosofía y Letras.

Ella misma, al cabo de los años, nos refiere su odisea.

Cuando llegó a matricularse, el oficial encargado de este menester la dijo:

—Ciertamente que no existe ninguna disposición que le impida a usted conseguir su deseo. Ahora bien: la cosa es tan insólita que yo no me hago responsable de lo que pueda suceder. Por tanto, no la matricularé hasta que usted me traiga una autorización especial extendida a su nombre.

El claustro de profesores deliberó ampliamente. Por fin, cuando los graves varones llevaban ya dos o tres días acariciándose incesantemente las barbas en señal de duda, acordaron oficial en sentido favorable; pero con derecho a revocar esta disposición si la presencia de la muchacha provocaba disturbios entre los es-



crónica

Ayuntamiento de Madrid



En estas mañanas de Abril, tan gratas para el paseo, las estudiantes de Filosofía y Letras, cuya Facultad se halla instalada en la Ciudad Universitaria, han de olvidar que en torno de ellas brinda la Moncloa sus jardines y sus pinares, y han de encerrarse en la Biblioteca para dedicarse a la preparación intensiva de los próximos exámenes. (Fot. J. C.)

colares o daba lugar a alteraciones de orden en las clases.

—Luego, en la Facultad, se tomaron medidas extraordinarias. Tan pronto llegaba yo a la Universidad, los bedeles me conducían al Decanato y me encerraban allí hasta que llegara el catedrático que explicaba la primera clase.

Este catedrático acompañaba al aula a la señorita Goiri, y una vez allí, la sentaba, no en los bancos de los alumnos, sino en una sillita traída para ella y convenientemente separada de todos. Luego, este profesor volvía a dejar a la muchacha en el Decanato, y allí esperaba ella la llegada del profesor siguiente. Y así hasta la hora de marcharse. Entonces, con las mismas precauciones que al entrar, los bedeles volvían a conducirla hasta la puerta.

Aquella muchacha terminó brillantemente sus estudios, y poco después contraía matrimonio con uno de los hombres más ilustres de España. La primera mujer que ingresó en la Universidad de Madrid es hoy nada menos que la esposa de don Ramón Menéndez Pidal y su colaboradora valiosísima. Además de ayudar a su esposo, doña María Goiri de Menéndez Pidal ejerce el cargo de inspectora del Instituto Escuela de Madrid. Un buen ejemplo para las estudiantes del día.

Las farmacéuticas.

Siempre ha sido en España la Facultad de Farmacia la más favorecida por el sexo femenino, mal llamado débil. La gente dió en decir que esta carrera es la más a propósito para una mujer, y casi todas las bachilleras intentaban lograr su independencia económica merced a las píldoras y a los jarabes. Cuando en las otras Facultades apenas se atrevían a pisar las chicas, la de Farmacia estaba llena de ellas.

Por ejemplo, en el año 1928 estudiaban la carrera de Farmacia quinientas dos mujeres, cifra astronómica comparada con la presentada entonces por el resto de las Facultades. Y esto sólo en Madrid. Por su parte, las Universidades de Barcelona, Granada y Santiago daban también un gran contingente de boticarias.

Pero a partir de entonces, la cifra de estudiantes de Farmacia decrece, y se queda reducida a unas tres-

cientas en el curso actual. En cambio, aumentan las estudiantes en otras Facultades, especialmente en la de Derecho.

Las médicas.

No sé porqué; pero el caso es que en todos los países del mundo la carrera de Medicina ha sido la que con más entusiasmo han estudiado y han ejercido las mujeres.

En el Japón, por ejemplo, las médicas pasan de cuatro mil. El noventa por ciento de las japonesitas que acuden a la Universidad lo hacen con el humanitario propósito de dedicarse después al auxilio de la Humanidad doliente.

En Inglaterra hay tres mil mujeres ejerciendo la Medicina.

En los Estados Unidos son incontables.

En la India, las médicas que ejercen esta profesión suman dos millares.

En nuestro país tenemos también muchas doctoras. Unas ejercen en Madrid, y las hay también por esos pueblos llevando a cabo la penosa función de médicos rurales.

Las abogadas.

—Cuando yo comencé a estudiar la carrera de Derecho éramos sólo tres chicas en la Facultad. De esto hace muy poco tiempo; pero las mujeres que habían invadido todas las carreras se retraían de ésta.

Claro que eso íbamos ganando, porque los compañeros tenían para nosotras toda suerte de amabilidades, y los profesores nos trataban con una consideración y una benevolencia que ya hubieran querido las estudiantes de Farmacia, por ejemplo, que sumaban centenares.

A todo el mundo le chocaba, sin saber por qué, que estudiásemos esta carrera. Yo recuerdo que cuando, en el Ateneo o en cualquier otra Biblioteca, pedía yo un tomo de *Práctica forense* o de *Derecho Administrativo*, los bibliotecarios me miraban como a una criatura de otro mundo, pensando quizá que me había vuelto loca.

¿Por qué este retraimiento de las mujeres hacia esta carrera, que no era ni la más larga ni la más difícil?

¿Por qué despreciaban las mujeres españolas la ciencia jurídica? ¿Por fea? No. Sin que yo me atreva a asegurar que la teoría de «terceros», por ejemplo, resulta un deleite del espíritu, ni muchísimo menos, también es cierto que ni la Farmacopea, ni la Terapéutica, ni la Química Inorgánica, son disciplinas tentadoras. No era esa la razón de las chicas para no acudir a escuchar a don Felipe Sánchez Román o al señor Jiménez de Asúa.

La razón era que la carrera de abogado no tenía salidas más que para los hombres. Las mujeres no podían ser jueces. Las mujeres no podían ser notarios. Las mujeres no podían ser registradores de la Propiedad. Las mujeres no podían ingresar en el Cuerpo diplomático.

Afortunadamente, la nueva Constitución de la República salvó esta evidente injusticia, y hoy, como tienen todos los caminos abiertos, son ya muchísimas las muchachas españolas que se inician en la ciencia de Justiniano y de don Angel Ossorio.

En Francia, por el contrario, desde hace muchos años, hay un tremendo número de mujeres abogadas. Puede decirse que es la carrera preferida por las francesas. Nuestras gentiles vecinas, no obstante su fama de frívolas, sienten como nadie la voluptuosidad de la *interpretatio juris*, y se dedican intensamente a desentrañar los misterios de la ley hipotecaria.

Incorporadas al Colegio de Abogados, de París, hay más de trescientas mujeres. Esto sin contar las licenciadas que se dedican a la carrera administrativa.

En cuanto a nuestro país, a partir del advenimiento de la República es prodigioso cómo han aumentado las estudiantes de Derecho.

Durante el curso de 1931, las futuras abogadas de la Universidad Central eran sesenta y una.

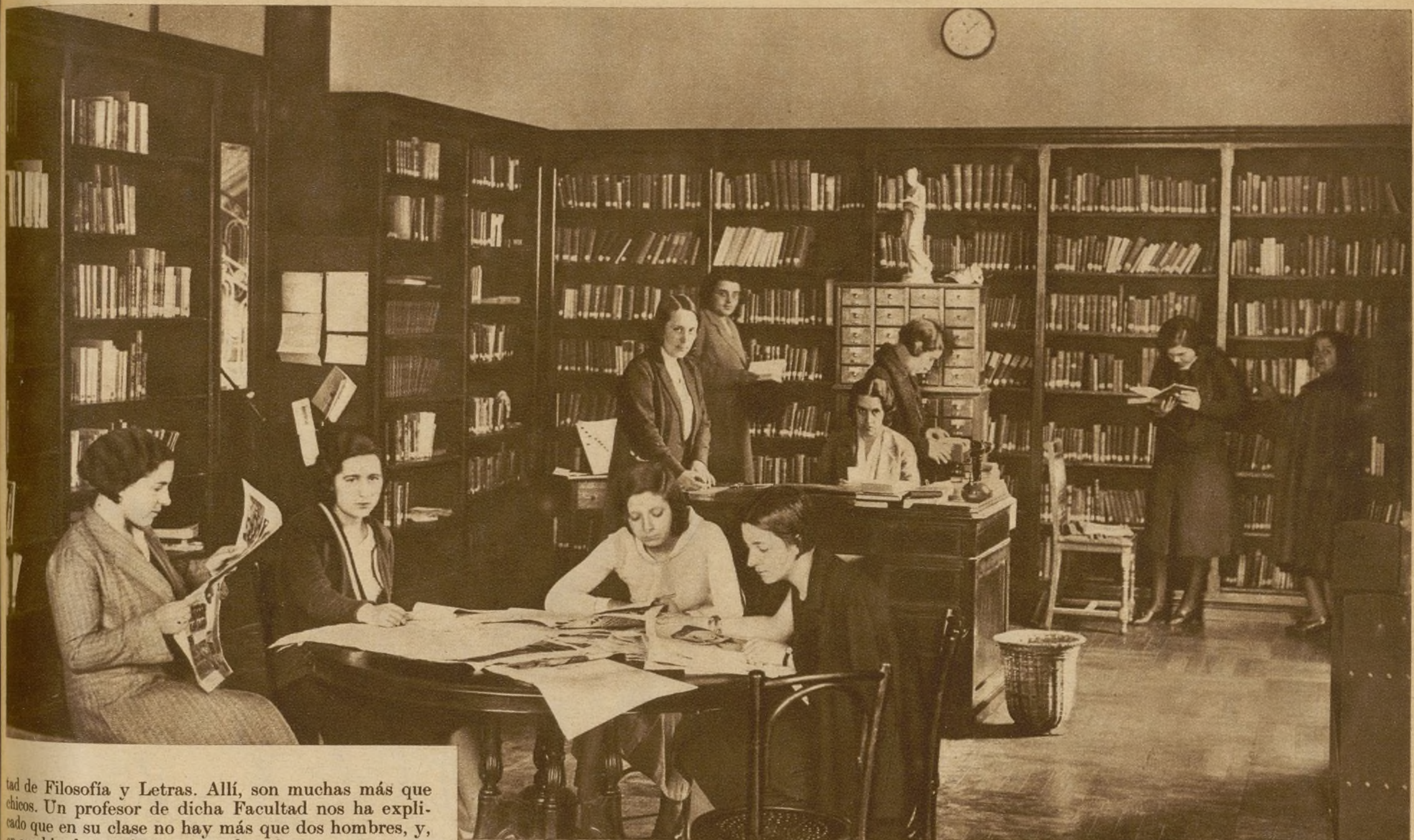
Al curso siguiente se elevaron a sesenta y ocho.

El año pasado se examinaron en la Facultad de Derecho, en Madrid, cien muchachas.

Este año parece que son todavía muchas más las que estudian esta carrera, no sólo en Madrid, sino en las Universidades de provincias.

Las filósofas.

—Pero en donde las chicas han «copado» y se han hecho lo que se dice «las amas», ha sido en la Facul-



tad de Filosofía y Letras. Allí, son muchas más que chicos. Un profesor de dicha Facultad nos ha explicado que en su clase no hay más que dos hombres, y, en cambio, las mujeres pasan de veinte.

La Facultad de Filosofía y Letras ha sido la primera que se ha instalado en la Ciudad Universitaria, y al llegar allí y ver tantas chicas da la sensación de que la Ciudad Universitaria se ha hecho sólo para mujeres.

Cómo viven las estudiantes.

—Las muchachas que estudian en Madrid, pero que no son madrileñas, tienen aquí un hogar. Un hogar cómodo, confortable, con buenos sillones y buenos libros. Un hogar que es un poco como la prolongación de la Universidad donde se completa la formación intelectual de las chicas. Pero que es también un poco la prolongación de la casa propia, puesto que en él se encuentran cuidados, atenciones, desvelos y cariño.

Este hogar es la Residencia de Señoritas, patrocinada por la Junta de Ampliación de Estudios, y dirigida por doña María de Maeztu.

Las que hemos vivido allí mientras estudiábamos recordaremos siempre aquel ambiente grato, aquellas compañeras agradables, aquella biblioteca tan alegre, aquel comedor, siempre lleno de sol y de risas jóvenes.

En las charlas que frecuentemente tenía con nosotras la directora, María de Maeztu, nos contó cómo había nacido la Residencia.

—Cuando yo vine a Madrid a hacer el Doctorado —decía la señorita de Maeztu—, me alojaba en una pensión de la calle de Carretas, donde pagaba un duro diario. Pero allí no había modo de estudiar. Voces, ruidos, chinchas, discusiones y los constantes ruidos de la calle me impedían dedicarme al trabajo. Entonces comprendí que no habría muchacha de provincias que se decidiera a venir a Madrid a estudiar a costa de aquello, y se me ocurrió que a las futuras intelectuales había que proporcionarles un hogar limpio, cómodo, cordial y barato, semejante a los que ya funcionaban en el Extranjero.

El año 1915 propuse esta idea a la Junta para Ampliación de Estudios, y al final de aquel mismo curso se abrió la Residencia con tres alumnas solamente. El segundo año ya hubo cincuenta. Al tercero, cien.

La Residencia, pues, no se basó en un hecho, sino en una suposición. No fué un negocio que se montase a favor de las circunstancias, sino un sacrificio que hacía la Junta de Ampliación de Estudios para que las mujeres españolas se decidiesen a estudiar. La Residencia no ha sido la consecuencia, sino la causa de que haya hoy tantas chicas en la Universidad, y el medio de propaganda más formidable de que la Universidad dispone.

Y así es. En esta magnífica institución, la señorita de Maeztu está incubando una generación de mujeres nuevas. De mujeres fuertes, animosas, trabajadoras, valientes...

CARMEN ALCANTARA



Arriba: la Biblioteca de la Residencia de Señoritas, institución modelo que brinda hogar a las estudiantes llegadas de las provincias españolas y aún del extranjero para seguir cursos en Madrid. Abajo: la ilustre doctora en Letras doña María de Maeztu, fundadora y directora de la Residencia de Señoritas. (Fots. Cortés)



A las once en punto se llenó de muchachas la sala de espera. Las que no pudieron pasar, porque materialmente no cabían, se quedaron en el vestíbulo... Y lo más curioso era que guardaban un silencio y un orden increíbles tratándose de chicas en plena juventud. (Dibujo de Arteché)

La mujer en busca de trabajo.

Un anuncio y un portero.

Señorita, sabiendo taquimecanografía, necesitase. Presentarse de once a dos, calle... número...

Yo me enteré de que el director de una importante oficina de Madrid había mandado insertar

este anuncio en un periódico de la mañana, y acudí a este señor, pidiéndole que me ayudara a conseguir mi reportaje.

—Quiero ver cómo buscan trabajo las muchachas madrileñas. Déjeme estar aquí, pasando por mecanógrafa a sus órdenes, mientras dura el desfile de las chicas que vendrán a ofrecerse.

Y el director de la oficina, cuyo nombre silencio porque así me lo ha rogado él, accedió a mi petición.

El periódico portador del anuncio salió a las ocho de la mañana, y a pesar de que en él se decía que las señoritas deberían presentarse a partir de las once, lo cierto fué que desde las nueve la casa se vió rodeada de aspirantas al puesto.

Cuando yo llegué, a las diez, con objeto de recibir algunas instrucciones de quien por espacio de tres horas iba a aparecer como mi jefe, diez o doce chicas discutían con el portero.

crónica

Ayuntamiento de Madrid



Tras de contestar a otras varias preguntas, la muchacha se sentó ante la máquina y comenzó a teclear a una velocidad increíble... (Dibujo de Arteche)

—Pero no han leído ustedes en el periódico que se las recibirá de once a dos?... Pues vuelvan a esa hora, porque yo no tengo orden de dejarlas pasar antes de tiempo...

Algunas se enfadaban. Otras, más razonables, intentaban convencerle por las buenas.

No obstante la intransigencia porteril, cuando yo subí y entré en la oficina me quedé maravillada. En la sala de espera había ya cinco señoritas que aguardaban pacientemente a que las llegase su turno.

—Pero, ¿cómo se las han arreglado ustedes para subir?

Una rubia platino, bonita y desenfadada, me lo explicó:

—Pues mire usted... yo (y aquí estas señoritas parece que también), tenemos ya «tan hecho» esto de los anuncios que... nos sabemos de memoria los trucos que hay que emplear para que los porteros no se volivienten.

—Y ¿qué trucos son esos?...

—Pues yo, por mi parte, he averiguado, consultando la Guía de teléfonos, el nombre de otros vecinos de esta casa y he preguntado por ellos al portero. Como el hombre no sospechaba que yo venía aquí, no sólo me ha dejado pasar, sino que hasta me ha puesto el ascensor.

El desfile.

A las once en punto se llenó de muchachas la sala de espera. Las que no pudieron pasar a ella, porque

materialmente no cabían, se quedaron en el vestíbulo. En total eran más de cincuenta, y lo más curioso de todo era que guardaban un silencio y un orden increíbles, tratándose de chicas en plena juventud. Unas repasaban el periódico en donde habían encontrado el anuncio. Otras examinaban detenidamente a sus competidoras. Otras miraban al techo, golpeando al mismo tiempo el suelo con la punta del pie. Las que estaban sentadas junto a la ventana miraban la calle.

La primera que pasó a examen del jefe fue la rubia platino que había hablado conmigo. Iba bien vestida y parecía lista y desenvuelta.

—Vamos a ver, señorita—dijo el jefe—. ¿Ha trabajado usted en algún otro sitio?

—Sí, señor...

—¿Dónde?

—Pues verá usted. El caso es... el caso es que yo no sé mentir, señor director. La verdad, la pura verdad es que yo todavía no he estado colocada nunca...

—Eso es igual. Lo principal es que sepa usted lo que necesita saber.

—¡Ah!, ¿es igual?... Pues mire usted: a mí me habían dicho que en las oficinas se resistían a tomar «novatas», y por eso he intentado mentirle. Pero siendo así...

Tras de contestar a otras varias preguntas, la muchacha se sentó a la máquina y comenzó a teclear a una velocidad increíble.

—Vamos a ver ahora la taquigrafía.

De esta prueba salió airosa también.

—Sé algo de francés, señor director. Si esto es un mérito...

—Está bien. Ahora tendrá la bondad de dejarnos su nombre y su domicilio, para el caso de que haya que avisarla.

—Casi tengo seguro que no me avisarán, como me ha pasado en los ciento cincuenta sitios a los que he acudido ya. ¡Es tan difícil colocarse! ¡Somos tantas!...

Sucesivamente pasaron hasta siete muchachas, parecidas todas ellas a la primera. Hicieron sus pruebas y contestaron a las preguntas, unas con más y otras con menos tranquilidad; pero siempre con cierta desenvoltura. De las siete, el jefe apuntó los nombres de dos, como posibles ocupadoras del puesto vacante.

La octava nos llamó particularmente la atención. Era una muchachita como de diecisiete años, morena, con los ojos muy grandes y muy abiertos y una expresión entre candorosa y asustada, que enternece.

—Siéntese a escribir, señorita.

La muchacha vaciló un instante.

—Es que... no sé...

—¿Y de taquigrafía?

—Tampoco sé...

—Entonces, señorita, yo lo siento muchísimo, pero...

Ella abrió aún más sus ojos ingenuos; después se contrajo toda y comenzó a llorar con una amargura que a mí me oprimió el corazón. Cuando logramos tranquilizarla un poco, dijo:

—¡Perdóneme!... Perdóneme usted, señor director. Si usted supiera lo que ocurre en mi casa, no le parecería yo tan tonta como sin duda le parezco. Perdóneme... yo no sabía qué hacer... Vi el anuncio y he venido, no para colocarme de mecanógrafa, no, señor... Venía por si me podían tomar para abrir la puerta, para el teléfono... para cualquier cosa que ustedes me mandasen...

—Bien, pues tranquilícese y deje su domicilio, por si hubiera ocasión.

—No... mi casa, no... no puedo. Yo vendré cuando me digan. Y si no, le dejaré el teléfono de una tienda donde está de dependiente un primo mío que se llama Alfonso. El me dará el recado.

Y la muchachita morena de ojos grandes y candorosos salió del despacho vencida por el peso de aquel drama que no acabábamos de adivinar.

Después pasaron varias que no tenían gran interés. Se veía que eran muchachas de clase media modesta que trataban de colocarse para ganar un sueldecito que les permitiera llevar un buen abrigo, unos buenos zapatos, ir al cine y hasta hacerse la permanente de vez en cuando.

—Yo—dijo una que pasó después y que iba rigurosamente de luto—quizá no sepa de momento todo lo que usted necesita, porque le confieso que estoy un poco desentrenada. Pero me puede usted tomar a prueba, aunque sea sin pagarme, y tengo la seguridad de que en un mes me pondré al corriente de todo.

—¿Ha trabajado usted antes?

—Sí, señor. Estuve cinco años en una oficina. Pero me casé y tuve que dejarlo. Por desgracia, hace dos meses que mi marido murió en un accidente, y como me he quedado con el día y la noche por todo capital, pues no tengo más remedio que ponerme de nuevo a trabajar para mis dos hijitos...

Otra dijo:

—Yo no le engaño a usted. En mi casa viven relativamente bien; pero yo no puedo resignarme a ser una señorita de clase media. Por eso he decidido ponerme a trabajar. Por eso... y por dar una lección a mis hermanos, que son muy vagos los pobrecitos.

En general, a todas se las veía con unas ganas de colocarse, con un afán de abrirse camino en la vida, que enternece y admiraba. Yo sentí con toda mi alma no ser un capitalista, un acaudalado capitán de industria. De ser así, las habría colocado a todas.

A las dos y cuarto terminó el desfile. A las dos y diez llegó el portero muy sofocado y le dijo al jefe:

—Abajo hay una señorita que quiere subir a todo trance...

—¿No le ha dicho usted que ya ha pasado la hora?

—Le he dicho eso y muchas cosas más; pero ella insiste. Dice que le conoce a usted muchísimo. Que viene de parte de su hermano de usted y que si no la dejo subir, voy a lamentarlo seriamente. Tanto y tanto ha insistido, que yo... la verdad... Además, como dice que usted ya sabe quién es...

Pasó la muchacha. Era feilla, pero muy simpática y muy graciosa. Además, tenía una cara de lista que predisponía mucho a su favor. El director le preguntó:

—¿Usted dice que me conoce?

—Perdone usted... Yo no le conozco de nada; pero de alguna forma hay que engañar a los porteros intransigentes. La verdad es que yo, que todos los días estoy pendiente de los anuncios de la Prensa, hoy, por casualidad, no tenía los diez céntimos necesarios para comprar el periódico y he tenido que esperar a encontrar algún conocido que lo llevara debajo del brazo para pedirle un momento por favor. Por fin he visto su anuncio. Ya era tarde; pero yo no me re-

crónica

signaba a renunciar a esta posibilidad de colocarme. Por eso me he decidido a engañar al portero, diciéndole que le conocía a usted mucho y que venía de parte de su hermano. Estas apelaciones a la familia suelen conmovir mucho a los porteros.

¡Queremos trabajar!

Yo ya había visto a las chicas que buscan trabajo desde el punto de vista del que las admite. Ahora me faltaba ver a los jefes de oficina desde el punto de vista de ellas. Me faltaba conocer su peregrinación en busca de empleo.

Por eso, al salir entablé conversación con aquella muchachita que llegó la última y que me pareció la más interesante de todas y la que tenía más afán por trabajar.

—Mire usted—me dijo—. Yo acudo a todas las llamadas de los anuncios. Las tres colocaciones que he tenido las conseguí de esta forma. Pero hay que pasar mucho, mucho... Y armarse de paciencia. Con lo primero que hay que luchar es con la cantidad de muchachas que acuden. Cincuenta, cien... En una ocasión, éramos docientos; y yo tuve la suerte de que me eligieran.

—Sabría usted mucho...

—¡Quiá! En estos casos, eso es casi lo de menos. Lo principal es percatarse al primer golpe de vista de la psicología del jefe. Una vez conseguido esto, lo demás es fácil. Si el jefe es tonto, como suele ocurrir, lo mejor

es presumir de sabihonda, decirle unos cuantos lugares comunes, demostrar con cualquier pretexto que una ha leído mucho, y... lo demás es coser y cantar.

Si el jefe es inteligente, que se dan casos, es preciso conducirse con mucha discreción. No todas saben hacerlo. Y si el jefe es de los que presumen de hombre de negocios a la americana, es preciso darle la sensación de que una es rápida, dinámica y de que sabe trabajar, vestirse y decir *alló* al teléfono lo mismo que lo hacen las mecanógrafas del cine.

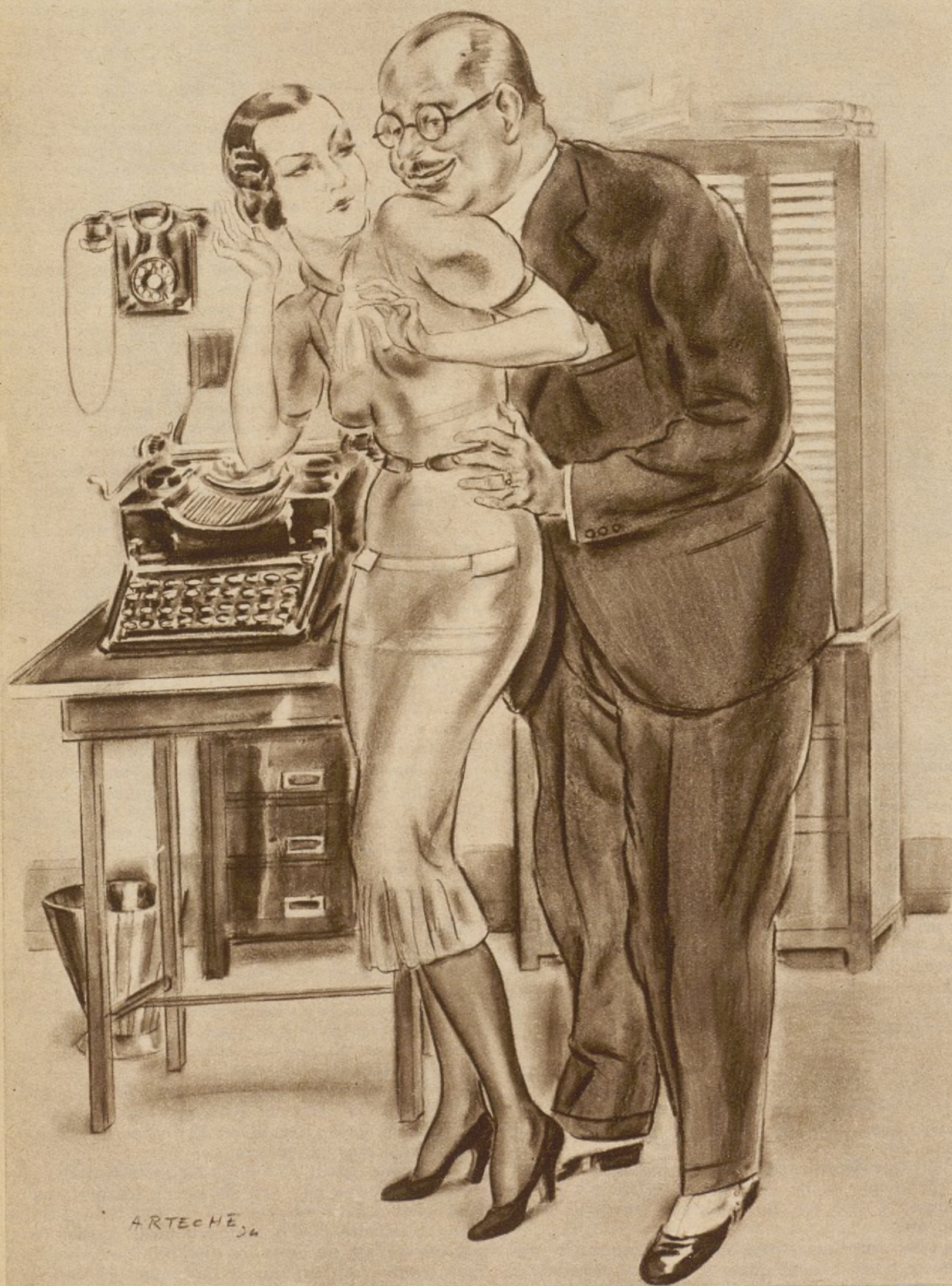
—A pesar de esas habilidades, usted se encuentra ahora sin colocación...

—Sí. De la primera oficina donde estuve me marché porque quebró el negocio y cerraron. De la segunda, suprimieron personal, y como yo era de las más modernas, pues... me quedé en la calle. Y de esta tercera me he tenido que ir yo voluntariamente, porque el jefe, quizá demasiado influido por el cine, trataba de... ¡en fin, ya me entiende usted!...

—Pero debe de resultar pesado esto de colocarse por anuncios.

—Pesado y... tristísimo. Se ve cada cosa... Muchas muchachas acuden creyendo que es verdad todo lo que pasa en las películas. Piensan que se van a encontrar con un jefe guapo, joven, de esos que primero invitan a cenar y después se casan, y, claro, se llevan cada desilusión...

JOSEFINA CARABIAS



... De la tercera oficina tuve que marcharme, porque el jefe, quizá demasiado influido por el cine, trataba de... ¡en fin, ya me entiende usted!...

(Dibujo de Arteche)



MOSTELLE
ZUMO DE UVA
SIN FERMENTAR

Las embarazadas

encontrarán en MOSTELLE una bebida reconstituyente insustituible.

MOSTELLE es una deliciosa bebida, tiene el gusto de las uvas frescas, alimenta tanto como la leche y evita casi siempre los vómitos.

La mujer embarazada que tenga mareos y vómitos hará bien en tener siempre MOSTELLE a su alcance y cuando se sienta algo mareada tome enseguida unos cuantos sorbos de MOSTELLE que harán desaparecer el mareo y evitarán llegar al vómito. El MOSTELLE que consuman por este motivo, será además un complemento muy importante y beneficioso de su alimentación.

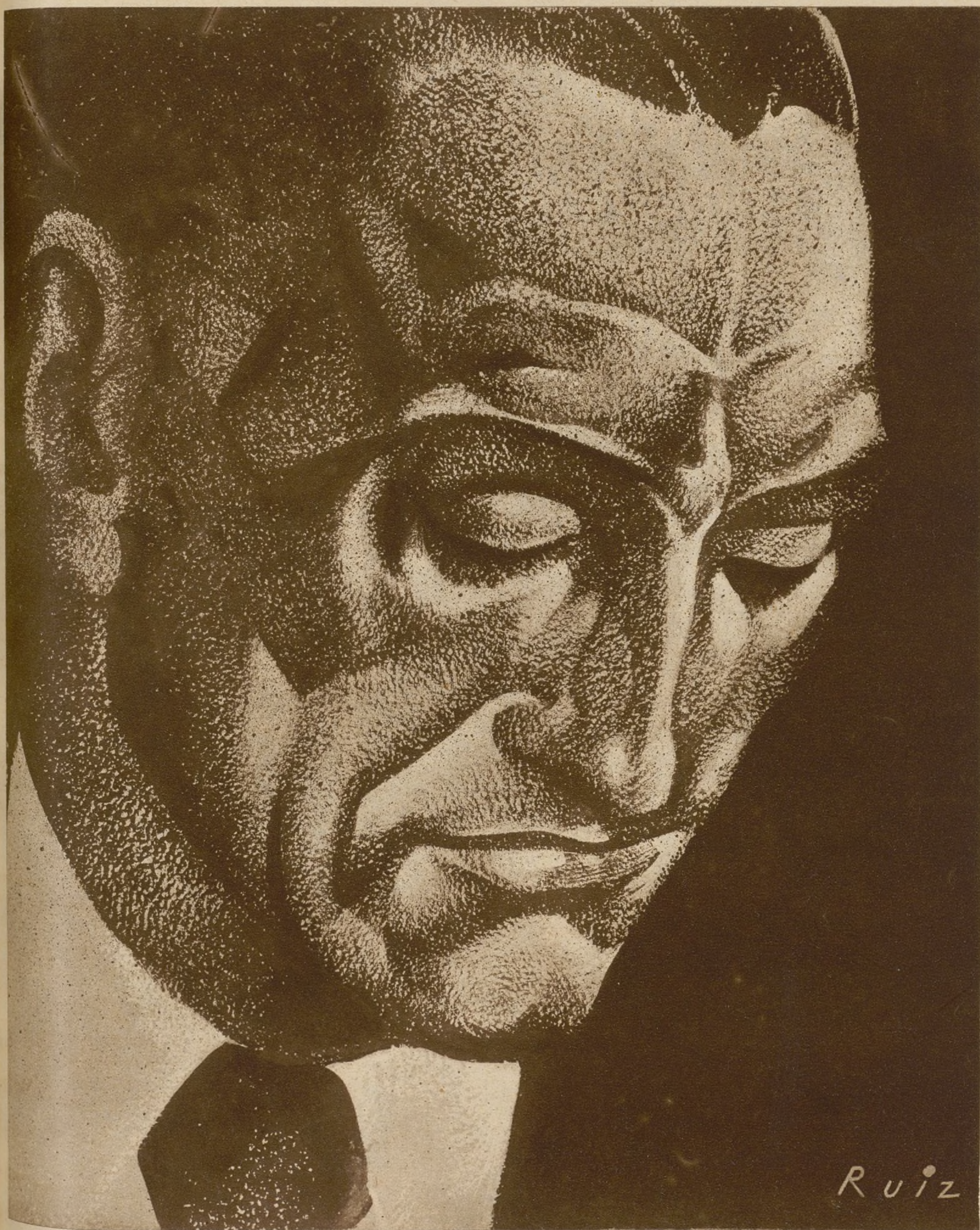
Las lactantes

Durante la lactancia hay que cuidar de que la alimentación sea suficientemente nutritiva y que sea apta para producir leche sana en abundancia.

MOSTELLE tiene una composición similar a la leche de mujer y por consiguiente repone el organismo del desgaste que produce la lactancia. Además, MOSTELLE fomenta la secreción láctea y desintoxica el organismo.

MOSTELLE es el complemento insustituible del régimen alimenticio de enfermos y convalecientes.





El hombre agotado, nervioso, de estómago delicado, exagera sin darse cuenta sus preocupaciones caminando rápidamente hacia la neurastenia . . . Nescao, por su incomparable valor nutritivo, riqueza en vitaminas, en sales minerales y por la facilidad con que se digiere, es el alimento ideal que debe tomar a diario para recuperar fuerzas, energías, alegría y confianza en si mismo . . . Nescao, el nuevo producto Nestlé de fama mundial, es para el débil, el anciano, el convaleciente, el más agradable y eficaz de los reconstituyentes.

Ahora se ha puesto a la venta un nuevo tamaño de botes de Nescao, llamado "bote degustación". Pida uno gratis a Sociedad Nestlé, Vía Layetana, 41, Barcelona (Sección N. A. 97)

Cómo se vestía la mujer de 1834 y cómo se viste la mujer de 1934.



La mujer se diferencia de las gatas en que usa sosten», dijo Pitágoras. Y yo añado: Cuando lo usa. Porque en el afán de sintetismo a que hemos llegado, a la mayoría de las mujeres ultramodernas sólo les falta quitarse una prenda: los guantes.

Aquellas mujeres de cuando yo era pequeño, hace cien años, que para dejar ver a su esposo o «al otro» la complicada camisa estaban dos horas quitándose el historiado vestido, el refajo, el corsé, la camiseta, los pantalones de punto, la faja y hasta las botas—a algunas los flecos de la camisa se le escondían dentro de las botas—, haciéndole a uno disfrutar de las delicias de la espera, ¿dónde están?

Ahora es una vergüenza. Unas braguitas, unos zapatos y un vestido transparente. ¡Uf! ¡Qué asquito! ¿Para qué querrán las braguitas? La honestidad se escribe ya sin hache. ¡Con lo bonito que era aquello de abrazar a su novia y que uno no supiera si era ella o un peón caminero!

Las mujeres tenían algo de esos transformistas que se lían como locos a sacar banderitas de un bolsillo. Se empezaban a quitar prendas una tras otra, y debajo, a lo mejor, no había nada.

Vivían bien las casas de modas: vivían bien los fabricantes de ropa interior de punto, los de medias de algodón, los de ballenas para los corsés. En cambio, no había una sola casa de artículos para el baño. ¡Para lo que servían! Por eso, en más de una casa de las contadísimas que entonces poseían cuarto de baño sólo lo empleaban para almacenar la ropa sucia o como

depósito de carbón. Hacían bien. Yo me bañé una vez a los ochenta años y atrapé un catarro que no me dejó ganas de repetir la heroicidad. Además, que a las mujeres de entonces no les faltaba razón para abominar del agua porque recordaban que Dios, como castigo, nos envió un Diluvio.

La primera vez que la mujer prescindió de aquellos corsés que tenían que ponerse con la ayuda de dos parientes o doncellas, el hombre se dijo: «¡Albricias! Ya tardará mi señora menos en vestirse para ir al teatro».

Porque era que el apretar la cintura se llevaba más tiempo que un partido de ajedrez. Pero la mujer cuya finalidad en esta vida—esto no es de Pitágoras—es la de hacer esperar a los hombres, conforme se iba quitando ropa inventaba nuevos modos de llegar tarde a todos los sitios. ¡Iban a concebir los hombres de mis tiempos que algún día la mujer, sin otras prendas que una polvera y metro y medio de tela, tardara tanto en aviarse como las señoras de entonces!

Antes, la mujer que quería pasear en calea, distraía así su tiempo:

Media hora para abrir los ojos y liberar los cabellos que se le habían enganchado en la cabecera de la cama.

Media hora para tirarse del lecho, pisarse el camisón rodando por el suelo y volverse a levantar.

Tres cuartos de hora para arreglarse el peinado.

Otros tres para ponerse el corsé.

Un cuarto de hora para zambullirse en los pantalones y en la camiseta.

Reconstitución histórica y ejemplo actual por Isabelita Hernández, primera bailarina de Romea

Isabelita Hernández trae los brazos llenos de ropa... Todo ese equipaje es lo que llevaba encima, para salir a la calle, una elegancia de 1834... Y para ofrecernos la reconstitución histórica de aquel atavío, la gentil y deportiva bailarina de Romea comienza a ponerse «cosas»: la camisa larga, el horrendo pantalón que llegaba más abajo de las rodillas... Las medias de algodón arrolladas a las corvas... Las altas botas de cordones... (Fots. Corbis)

crónica

Ayuntamiento de Madrid

Media hora para atarse todas las cintas del vestua-

rio.
Dos minutos para lavarse la cara.

Una hora para imprevistos.

Aproximadamente, cuatro horas y media.

De las cuales, tres las pasaba el novio en la esquina,

o el marido dando patadas en el despacho.

En cambio, ahora una mujer moderna que sale de

su casa a tomar el *cock-tail*, tarda:

Media hora en hacer gimnasia sueca.

Un cuarto de hora en bañarse.

Diez minutos en darse masaje.

Un cuarto de hora en hacerse las uñas.

Media hora en arreglarse la ondulación.

Una hora en maquillarse.

Media hora en observar cómo le cae mejor el som-

brero.
Tres cuartos de hora en «hacer» posiciones fatales

ante el espejo.
Un cuarto de hora para elegir las medias que se va

a poner.
Diez minutos para lavarse la boca.

Un minuto para ponerse la ropa.

Total, que esto nos demuestra una cosa: que la mujer tarda el mismo tiempo que hace cien años en vestirse.

Y que los maridos y los novios de ahora siguen es-

perando como hace un siglo.
¿Para esto se han roto la cabeza los modistos de la

Rue de la Paix? Estoy convencido que si la moda or-

denara un día ir con la misma ropa que Eva, la mujer se entretendría en pintarse paisajes sobre el estóma-

go para no llegar nunca a tiempo a sus citas.
En cambio, el hombre no puede decir, como anta-

ño, a su novia:
—¡Te apuesto un beso a que hoy llevas el refajo

rosa!
Hoy, a simple vista, se ve todo sin que uno se in-
mute. Si yo fuera un moralista, diría: «No hay dere-
cho a esto, señores diputados—aunque todos sabemos
que hay muchos diputados que no son serios—. ¿Qué
es eso de que la mujer nos enseñe, sin pedírselo,
un 80 por 100 de su cuerpo? ¡Vivan el refajo y las
puntillas! ¡Vivan las ballenas de los corsés! ¡Mueran
los baños!»

Para luego decir a media voz: «¿Dónde están esas
niñas con poca ropa?»

Después de los profundos estudios que yo he hecho
sobre la moda, puedo sentar una afirmación que a
muchos asombrará:

La mujer tarda el mismo tiempo que antes en arre-
glarse; pero se desnuda cien veces en el mismo tiem-
po que antes empleaba en desnudarse una sola vez.
Consecuencia: la moda sólo ha servido para que la mujer
se desnude ahora más rápidamente que antes.

FRANCISCO AGUERA CENARRO

*Vestuario cedido galantemente por la sastrería de
teatros de Gerardo Sánchez.*



¡Vean ustedes los apuros que pasa Isabelita Hernández
para ponerse el corsél... Pero logrado este triunfo, acaba de
ataviarse con relativa facilidad... Las enaguas, el vestido, la
manteleta, el sombrero... Y ya está convertida en una ele-
gante del siglo pasado... (Fots. Cortés)



En cambio, ahora que Isabelita vuelve a vestirse a su manera — la de 1934 — todo va más deprisa... La braguita leve y breve... La camisa ilusoria... La cintura que sostiene las medias con sus ligas verticales... El vestidito-túnica... Los zapatos que se quitan y se ponen en un segundo... El gorrito, ladeado... Un pitillo... Todo en diez minutos cortos... Pero esto es porque Isabelita estaba ya ondulada y maquillada... De otro modo, hubiera empleado en tales operaciones tanto tiempo como empleaba la dama de hace cien años en su complejo atavío...

(Fots. Cortés)

LA MUJER VISTA POR

SU MARIDO



MIENTRAS no se demuestre lo contrario, en todo matrimonio hay dos lunas. Primera luna: luna de miel. Segunda luna: luna de hiel. No puedo hacer esta afirmación en nombre propio, porque yo pago—puntualmente y con mucho gusto—el impuesto de soltería; pero sí en nombre de mi querido amigo Telesforo Gutiérrez.

Telesforo—Telesforito para nosotros—se casó hace algunos años con una chica, al parecer, rubia. Telesforito es, pues, hombre de experiencia en la vida conyugal. Nadie como él para que nuestros lectores sepan lo que opina un marido de su mujer. ¡Que hable Telesforo, que hable!

—Me casé por amor. Aunque otra cosa se diga, la mayor parte de los matrimonios se realizan por amor. Al menos, por parte de los hombres. Es posible que la mujer preocupada por lo que podemos llamar «la caza del marido», conceda al amor menos importancia. Nosotros, los capaces de enamorarnos, vamos a ellas sin reservas, con el corazón y la ingenuidad abiertos. Pero no sé si ellas vienen a nosotros del mismo modo. No sé si cuando le decimos a una mujer: «Te amo, Leocadia; ¿me amas tú también?», y ella nos dice que sí, nos dice que sí porque nos ama verdaderamente o porque está pensando en esos momentos alguna de estas cosas:

«He aquí una ocasión de asegurar mi porvenir.»
«He aquí una ocasión de quitarle el novio a Pepita.»
«He aquí una ocasión de darle celos a Felipe.»
«He aquí un marido que envidiarían mis amigas.»

En mi caso particular, creo que Josefina se casó conmigo por asegurar su porvenir, por quitarle el novio a Pepita, por darle celos a Felipe y por tener un marido que fuera envidia de las amigas.

Yo amaba a Josefina. No se lo había dicho todavía con palabras; pero siempre que la veía se lo decía con los ojos. Por eso ella lo sabía y entre los dos se cruzaban frecuentes diálogos de miradas.

Los OJOS MÍOS.—¡Qué guapa estás hoy y qué mordisco te daría en el cogote!

Los OJOS DE ELLA.—¡Cómo me gustas con ese traje gris a cuadros!

Los OJOS MÍOS.—¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Los OJOS DE ELLA.—Y yo a ti, chatillo mío.

Por lo menos me figuraba que los ojos de ella me decían estas cosas. No es extraño, por tanto, que una tarde le dijera:

—Josefina, te amo. ¿Quieres ser mi novia?

—Si vienes con buen fin...

Se sentó en mis rodillas. Nunca he podido explicarme por qué hice esto. Pero como no me molestaba, la dejé allí.

—¿Te casarás conmigo, riquín?

Le dije que sí. Cuando se tiene a una mujer sobre las rodillas se dice que sí a todo. Ella me dió un beso. Yo le dió otro. Entonces aparecieron, bruscamente, la madre, el padre, los tíos y los hermanos de Josefina.

—¿Qué es lo que veo?—dijo la madre, y se desmayó.

—¡Nuestro honor mancillado!—dijo el padre.

—¡Canalla, canalla, canalla!—dijeron los hermanos.

—¡Calma, calma!—dijo uno de los tíos.

—Suponemos que usted es un caballero—dijo otro de los tíos.

—Lo soy—afirmé—. Amo a Josefina y quiero casarme con ella.

Al oír esto, la madre volvió en sí y me estampó dos besos.

—¡Hijo mío! Ya sabía que tú no eras capaz de hacernos una porquería.

—Señora, yo...

Realmente me agradaba la idea de casarme con Josefina, y me hubiera casado con ella de todos modos, aunque la familia no la hubiera sorprendido sobre mis rodillas, cosa que, por lo visto, ensucia el honor de las familias y encanalla a los hombres, salvo matrimonio. Durante mi noviazgo oficial pude comprobar que Josefina era buena, dulce, inteligente, de mis mismos gustos...

—Me agrada mucho el cine. ¿Y a ti?

—A mí muchísimo.

—El teatro no me gusta.

—A mí me fastidia.

—Me molestan las mujeres demasiado pintadas.

Yo amaba a Josefina. No se lo había dicho todavía con palabras; pero siempre que la veía se lo decía con los ojos. Por eso ella lo sabía...

(Dibujo de Esteban)



Mí futura suegra me aseguró que Josefina estaba perfectamente preparada para regir un hogar... Era económica, sabía cocinar, cortarse un vestido y hacer chalecos de lana...
 ¡Una ganga!... ¡Lo que se dice una ganga!

(Dibujo de Esteban)

—Yo apenas me pinto.
 —Por eso me gustas.
 —Y tú a mí me tienes loquita.
 —Vaya, me parece que tú y yo seremos un matrimonio feliz.
 —Claro que sí, chatín. ¡Si hemos nacido el uno para el otro!
 Para que mi felicidad estuviera asegurada sólo faltaba una cosa: las empanadas de jamón. Soy un entusiasta de las empanadas de jamón.

—¿Tú sabes hacer empanadas de jamón, vidita mía?
 Cuando me contestó que sí, el corazón me saltó de alegría.
 ¿Qué más podía desear? Mi mujer, además de todas las cualidades apuntadas, estaba perfectamente preparada para regir un hogar. Mi futura suegra lo aseguraba. Era económica, sabía cocinar, cortarse un vestido y hacer chalecos de lana. Una ganga. Lo que se dice una ganga.

Durante dos meses, los que duró nuestro viaje de bodas, fui el hombre más feliz de la tierra. Viajar y amar. Y ser amado. Porque yo creía ingenuamente que era amado. Y puede que lo fuera. Pero es que las mujeres aman de un modo... Yo creo que aman mientras no se las lleva la contraria. A mí me pasó eso con Josefina. Regresamos a Madrid. Ocupamos nuestro pisito. Y yo me decía:
 —Ahora, en casita, seremos más felices porque Josefina me hará empanadas de jamón.

crónica

Ayuntamiento de Madrid



No he podido volver a ser feliz... Yo he conocido a dos Josefinas: la anterior a la boda y la posterior a la boda... Me casé con la segunda creyendo que me casaba con la primera
(Dibujo de Esteban)

A los dos días de estar instalados le dije:

—Mañana harás empanadas de jamón, ¿verdad, cariño?

—¿Qué dices, hombre! ¿Empanadas de jamón? ¡Yo no sé hacer empanadas de jamón!

—Pero si me dijiste...

—¿Que yo te dije...? ¿Serás capaz de asegurar que yo te dije...? ¡Si yo no puedo ver el jamón!

Fué el primer desengaño.

—¿Le harás un chalequito de lana a tu maridito?

—¡Vamos, rico! Compratelo en la tienda.

—No. Tienes que hacérmelo tú.

—¿Pero de dónde sacas que yo sé hacer chalequitos de lana?

Fué la segunda desilusión.

—Esta noche, Josefina, podemos ir al cine.

—Vé tú, si quieres. Yo me voy con las de López al teatro. Me aburre el cine.

Fué la tercera desilusión. Poco a poco fui averiguando muchas cosas, y cada nuevo descubrimiento era como si se cayera un ladrillo de la torre de mi felicidad. Sus gustos eran opuestos a los míos. No le agradaba el cine, ni el jamón. Se pintaba excesivamente. Gastaba sin freno. No era buena, ni dulce, ni inteligente. Ni siquiera era rubia. Un día dejó de darse un tinte,

y a las dos semanas me enteré que me había casado con una morena, yo que siempre he suspirado por las rubias.

No he podido volver a ser feliz. Yo he conocido a dos Josefinas. La anterior a la boda y la posterior a la boda. Me casé con la segunda, creyendo que me casaba con la primera. He sido engañado. Mejor aún: he sido víctima de un timo.

Se enjugó una lágrima, y yo me fui a pagar por adelantado el impuesto de soltería del año próximo, pensando en los muchos Telesforos que debe haber por ahí...

R. M. G.

La del bar americano.



ARTECHE 34

Retrato al minuto de mujeres a la hora

La del bar americano

Como ha leído un artículo de esos en los que se asegura que la mujer moderna ha de pasar parte de su tiempo sentada en el alto taburete, con los codos sobre el mostrador del bar americano, Totó, que presume de modernismo al bar todos los días, tiene mechero y juega a los dados.

Propone Felipe:

—¿Otro *cock-tail*?

Totó ironiza. También se cree que cuanto más ironiza es más moderna.

—Si no te vas a marear.

Y viene el mozo. Pide dos *cock-tails* de su marca. Su marca, puesta por fantasía lírica del *barman*, es todo esto: «Suave como una noche tropical...»

—¿Suave?

Y ella, la muy irónica:

—Suave. No quiero llevar a casa.

Beben. Pierde Totó a los dados, porque aun siendo moderna, no lo es tanto para hacer las trampas, ni verlas. Y ahora propone:

—Dos *girls-taken*.

Es su marca. Puede traducirse por «revientamuchachas» o algo así. Le dice:

—Aprende.

Y se lo bebe de un trago. Los marineros de Marsella y algún Felipe que pueden beberse un *girls-taken* de un trago.

Totó dirige a su amigo una mirada que quiere decir:

—¡Infeliz! ¡Ahora verás!

Apura la copa, se pone rojo como la boca, pide agua con voz ronca y se bebe. Después sonríe. Cree que disimula con la sonrisa los minutos, y el *girls-taken* comienza a producir efectos. Totó tira los dados, pierde; se le cae el mechero de cuero, se ríe fuerte, tira la boina por el suelo, muerde una paja, canta alto, da un muerdo a la vista del público, y a la hora llama Manolo. Es el momento:

—Si hubiera sabido que me iba a marear...

—¿Quién, yo?... ¡Marear! ¡Tú, chico! ¡Otros dos de éstos! ¡Y bien cargado!

Una mujer nunca confunde la derrota, y Felipe tendrá que frotarle a esta la cabeza las sienes con hielo y llevarla a casa.

La señorita rompetelas

Como si se hubiera escapado de una cinta americana, la señorita rompetelas se incorpora, cara

La señorita rompetelas.



ARTECHE 34



ARTECHE 34

de peliculera, piernas bonitas, talle alto, labios pintados, cejas finas, pestañas largas y uñas en punta, está aquí, en cualquier oficina de la Gran Vía, único adorno del rascacielos.

Por ella hay quien va a las oficinas a hablar de negocios, sin tener por qué hablar de negocios. Por ella hay jefe sentimental que pierde el control perfecto de los negocios, a fuerza de tanto levantar la vista de los papeles para mirar al rincón donde está ella dale que le das a las teclas del pianito, que toca siempre la misma pieza. Por ella hay quien sin tener negocios inventa negocios, para darse el gusto de tener una taquimeca en la habitación, del mismo modo que hay quien se compra un ramo de flores o un jarrón de Talavera.

En las películas, las mecanógrafas se sientan en las rodillas de los jefes. Pero en la película real de las mecanógrafas de la Gran Vía no ocurre así. Si ocurriera, todos pondríamos una oficina y todos los que tenemos más de quince años nos pasaríamos el día sin salir de la oficina. Aquí, en Madrid, se sientan ante la maquinita, insensibles al visitante que las mira los tobillos—los tobillos, por lo menos—, escribiendo cartas de horrible prosa comercial, distribuyendo a su capricho haches y acentos, y al sonar la hora se levantan, se van..., y aquí no ha pasado nada. No puede pasar, porque todas tienen un novio que espera en la puerta del rascacielos la salida de la señorita rompeteclas.

Sin embargo, la literatura es la literatura. Hay una literatura de mecanógrafas, según la cual están obligadas a salir a cenar con los jefes y a escribir con un solo dedo. Es la literatura la que justifica este anuncio, que lei no sé dónde o que me contó no sé quien:

«Mecanógrafa, joven, bonita, necesito para oficina. Envíen foto. Mecanógrafas, abstenerse.»

La que no cree en el amor.

El le pregunta a ella, como en las encuestas:

—¿Qué opina usted del amor?

Y ella dice, como las protagonistas de los novelistas mundanos:

—¿Pero usted cree en el amor?

—¡Claro que sí!

—¿Qué pena! Me había imaginado que era usted un hombre inteligente.

—¿Usted no cree en el amor?

—¡Claro que no!

—¿Qué pena! Me había figurado que era usted una mujer inteligente.

Ella se ríe, con esa risa forzada que pretende en vano disimular la contrariedad. Y él, para que no le guarde demasiado rencor, le dice ahora:

—Así, enseñando los dientes, está usted todavía más bonita.

Ella, naturalmente, enseña más los dientes.

—¿Usted cree?

—Y usted también.

—¿Le gusto?

—Ya sabe que sí.

El se pone cursi, que es como se pone uno en presencia de las mujeres a quienes querría amar, y le dice eso de:

—Con una mujer como usted sería yo feliz.

—¿Pero es que se me va a declarar?

—Si me promete que me va a decir que sí...

—A lo mejor...

—Entonces...

Ella abre los ojos a la impaciencia:

—Entonces, ¿qué?

Y él recoge velas:

—No, nada.

—¿Tímido?

—No. Tímido, no. Es que no puede ser.

—¿Por qué?

El afila la respuesta:

—Porque no cree usted en el amor.

Se va, y ella, que acaba de recibir su primera lección de amor, oye la voz de su despecho: «No creo en el amor, no creo en el amor...» Pero sabe que se engaña a sí misma. Mejor dicho, si sabe que se engaña que no se engaña. Pero si no se engaña, es que se engaña. Conoce la verdad de su mentira, luego conoce la mentira de su verdad... Pasemos, pues, a otra cosa porque éste es un bonito lío con el que uno no conta

La que se rompe los pies.

Las muchachas sin trabajo, que tienen que llevar dinero a casa, encuentran en los bailes de taxi-girl solución momentánea al problema de todos los días. Tarde y noche, sobre la pista encerada, ellas bailan infatigables, con el joven que las pisa, con el joven que las oprime demasiado, con el joven bebido y con el no joven, que no sabe bailar, pero sabe poner ante sus ojos el brillante panorama de una vida mejor «si ella quisiera»...

Coleccionadoras de cartoncitos—cada baile, un *taxi-girl*—, su única preocupación es bailar más, más, más, para irse guardando cartoncitos, que para ellas son como pólizas pequeñitas de seguros de vida.

A ellas no hay que ir con la interrogación—¿bailamos?—, sino con la palabra que tiene mucho de orden



ARTECHE 34

La que se rompe los pies.

La que juega al comunismo



La que quiere ser estrella.

Desde que le dijeron que se parecía a Joan Crawford, se dedicó a ver todas las películas de la ex esposa del hijo de Douglas, para copiar sus vestidos, sus ademanes, su peinado y la línea de sus cejas. Existen muchas chicas que, como ella, copian a Joan, a Greta, a Marlene, a Clara, a Nancy, matando así su posible personalidad para no ser otra cosa que un reflejo de la personalidad de las otras. Se sientan como ellas, sonríen como ellas y miran como ellas. Y aspiran a ser, como ellas, primeras figuras de la pantalla.

- Cuando yo sea estrella...
- ¡Pero, chica, tú qué vas a ser!
- ¿Por qué no?
- Pues... porque no.
- ¿No me parezco a la Crawford?
- Tú eres más guapa.
- Entonces..., ¡ya ves tú!
- Yo no veo nada.
- ¿Te crees que no sirvo?

Y no sirve. Pero a ver quién es el guapo que se lo dice de un modo terminante. Ella se cree que con ser una especie de Joan Crawford en versión española está todo resuelto. Está segura de que un día la parará en la calle un director famoso:

—¡Usted es la protagonista que necesito!

Consecuencias de leer historias fantásticas del mundo de los estudios. Quizá su osadía la lleve a presentarse ante un director cualquiera.

- ¿Qué sabe usted hacer?
- Parecerme a Joan Crawford.
- ¿Y qué más?
- Nada más.

La que quiere ser estrella



¡Vamos! Están para eso, para bailar con todo el que viene dispuesto a regalar monedas.

Los que se dedican a la conquista de la *taxi-girl* pierden el tiempo de un modo lamentable:

—¿Quieres que al terminar nos vayamos a...?

—No, hijo. Si estoy hecha cisco.

El efecto. Pies rotos, ojos marchitos y cuerpo troncado, la *taxi-girl*, cuando acaba la jornada, se va despacio, camino de su casa, pisando mal, porque después de varias horas de baile continuo no se puede pisar bien.

La que juega al comunismo.

Se encontraron en una de esas sesiones de cine-club que se celebran a temprana hora de la tarde. El «se metía» con el director ruso Eisenstein. Y ella «se metía» con él.

—Esto de «romanza sentimental» es una lata y una cursilada.

—Calla, besugo.

—Para besugo, Eisenstein.

—¿Tú qué entiendes?

—¿Y tú presumes de ir con la hora de hoy? ¡Pero si todo esto es una anti-romanza! Hay almendros en flor y una señorita ojerosa que canta al piano, mientras en el balcón se ve caer una lluvia fina... ¿Y éste es el director de avanzada?

—Ya verás luego. Espera a *Octubre*.

—La conozco. Es una obra que técnicamente está a la altura de las que se hacen en los primeros tiempos del cine.

—Calla, «carca».

Porque para ella todos los que la llevan la contraria son «carcas».

Salido juntos al vestíbulo. Ofrece ella un pitillo rubio. Dedicó a su amigo unas palabras molestas, y luego hace la apología del proletariado.

—La dice que sí, que tiene razón; y ella, más contenta ahora porque no la llevan la contraria, sale a la calle, escoltada por el repugnante burgués que es su amigo. El vendedor le ofrece flores; un limpiabotas tropieza con ella; un hombre ha alargado su mano de mendigo...

Hecho con los labios un pequeño mohín de disgusto. Ha murmurado entre dientes: «¿Qué gente!» Y ha subido al *auto*, a su *auto*, para ir al hotel de moda a tomar el té de las cinco—es decir, el té de las siete—y a seguir hablando de redención proletaria.

Nada más. No sabe cantar, no sabe bailar, no sabe hablar, no sabe andar. No sabe más que parecerse a Joan Crawford. Y esto es bien poco. Mejor dicho, esto no es nada, porque el secreto está en parecerse a una misma, tener personalidad propia, temperamento artístico, talento interpretativo...

—¿Entonces no sirve para nada mi parecido con Joan Crawford?

—Sirve para que el que la acompaña a usted se haga la ilusión de que acompaña a Joan Crawford.

La que pisa el acelerador.

Terror de caminantes, pánico de las carreteras. Margot, hambrienta de velocidad y de emociones, empuja con el pie el acelerador y apoya sus manos enguantadas en el volante, retadora de la muerte, devoradora insaciable de kilómetros.

—¡A ver si le saco los ciento treinta!

—Pero si no tenemos prisa!

—¿Y qué? ¡Hay que correr!

—¿Para qué?

—Para sentir el vértigo.

—Yo lo que siento es haber subido contigo.

—¿Tienes miedo?

—Tengo instinto de conservación... ¡Cuidado con la curva! ¡Frena!

La
que
pisa
el
acelerador.



Margot no hace caso. Toma la curva a ciento quince, y su compañero se queda pálido y sin respiración. Canta el motor y canta la risa joven de la conductora. El que no canta es el joven prudente. El joven prudente piensa que esta Margot es la misma que se pone a gritar en presencia de un ratón...

R. M. G.

(Dibujos de Arteche)

crónica

Ayuntamiento de Madrid

La mujer vista por su amante

I El que aborrece el orden...



QUERIDA Amalia: Me pides una explicación, que te debo, y te la voy a dar.

No tengo razón, es posible; pero es que a veces no hay más remedio que no tener razón. Te he querido y te quiero aún; pero con un cariño «oficial» que no me va. Me enamoré de ti como un loco. ¡Cómo no me iba a enamorar de ti, si eras igual a una contraportada del *Vanity Fair*, que me había dejado temblando de amor una semana antes de conocerte!

¡Cómo no me iba a enamorar de ti, si llevabas ese leve trajecillo de seda que daba tibio escalofrío al mirar! Aquel trajecillo de seda con el escote muy bajo, pero cerrado por un lazo de la misma tela...

Desde que te vi, desde que pude apreciar esa mirada tuya, franca, leal, enérgica, de mujer honrada y sana, de futura madre de familia, ya no tuve más obsesión que el deshacerte el lazo.

Pero no me atrevía. Siempre estabas con tu ma-

rido, y además no había más que verte para darse cuenta de que tu virtud haría estéril mi esfuerzo y que el menor intento mío marcaría el fin de nuestra amistad.

Cuando después te deshice el lazo, me pude dar cuenta de que no me había equivocado: tú eras una esposa y no una amante, porque no has nacido para ser esto último, ni tu madre se ha cuidado de educarte en ese sentido. Tú eres una mujer honrada y seria, una esposa abnegada y ordenada, y no lo puedes remediar.

No solamente llevas en orden tu casa, sino que transformaste mi estudio, pusiste cada cosa en su sitio, despediste a mi criado, tomaste otro y me obligaste a pagar al carbonero.

Estoy harto de orden. Cuando me dices que vendrás a las cinco, llegas a las cinco en punto, y no tienes la atención de llegar retrasada para que yo me

angustie pensando que no vas a venir. Luego, entras y guardas tu sombrero y tu *renard* en el armario, en vez de tirarlo en una silla, que es lo que hacen las amantes. Además, no llegas una sola vez sin traer mantelitos de Lagartera. Has inundado el estudio de mantelitos. Yo no quiero más mantelitos; los odio ya, y prefiero extender el *Heraldo* encima de la mesa.

Sin embargo, te quiero, y si no fueras así, podríamos ser felices; pero no nos conviene seguir juntos siendo como eres. Acabaría engañándote con tus amigas.

Esta es, pues, mi carta final. En ella te vuelvo a anudar el lazo.

Perdona mi manera de ser. No tengo razón; pero así soy.

Recuerdos a Paco.

Tuyo,

ANGEL

crónica

Ayuntamiento de Madrid



LA MUJER VISTA POR SU AMANTE

El que se da cuenta del ridículo...

TENGO una amante. Me importa poco decirlo aquí, porque conozco a la gente y sé que nadie se lo va a creer. Oigo los comentarios:

LECTOR PRIMERO.—Quiere darse pisto.

LECTOR SEGUNDO.—Todos los que no tienen amante presumen de tener amante.

LECTOR TERCERO.—El que presume de conquistador es que no ha hecho una conquista en su vida.

Es igual. Me importa poco la opinión de los demás. En el fondo, no es más que una cuestión de envidia. Cuando sepan que mi amante es casada, me envidiarán más todavía. Por eso me apresuro a decirlo.

Sí. Mi amante es casada. Su esposo es un rico comerciante que tiene una amiguita mucho más fea que su mujer. Esto no debe extrañar, porque el caso se repite en todos los maridos que tienen amiguitas.

Quizá ella engaña a su marido porque sabe que su marido la engaña a ella. En todo caso, nadie puede vanagloriarse de conocer los secretos del alma femenina y nadie podría afirmar que lo engaña por la razón señalada. Yo creo más bien que es porque a ella, sin poderlo remediar, le gustan extraordinariamente los hombres de corbata torcida. Pero tampoco puedo asegurar que sea ésta la causa. ¡Hay tantas causas por las que una mujer se decide a tener un amante!

Se engaña quien crea que pretendo ufanarme de tener una amante. No es ninguna felicidad, aunque todos los que no tienen amante opinen lo contrario. Si la amante es casada, que es como deben ser las amantes «cien por cien», al amante le espera una existencia nada envidiable. Mi experiencia me permite hablar así.

A mi amante la conocí yo en el Retiro. Me impresionaron su silueta alta y elegante y sus ojos de vampiresa. Me acerqué, y ella dejó caer un guante. Es lo clásico. Aquella misma tarde merendamos juntos. Eramos felices. De pronto ella se levantó:

—¡Las ocho ya! Tengo que irme.

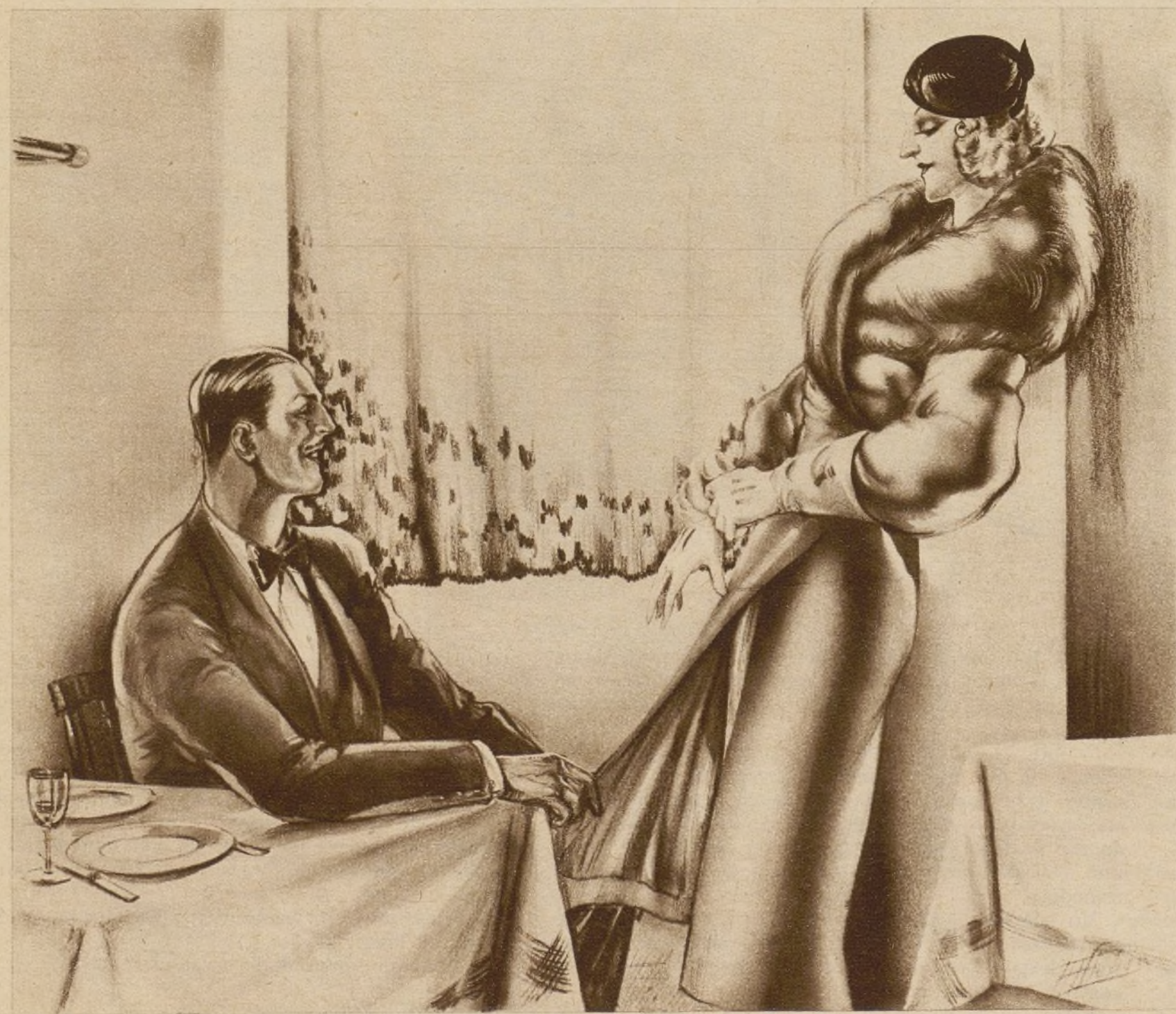
—¡Pero si todavía no he tenido tiempo de demostrarte todo mi amor!

—No puede ser. Me espera mi marido.

—¿Eres casada?



A mi amante la conocí yo en el Retiro... Me impresionaron su silueta alta y elegante y sus ojos de vampiresa. Ella dejó caer un guante, y yo se lo recogí... Es lo clásico.



Aquella misma tarde merendamos juntos... Eramos felices... Pero de pronto ella se levantó... — ¡Las ocho ya!... Tengo que irme...

(Dibujos de Esteban)

Resultaba un poco estúpido preguntarle si era casada después de haberme dicho que la esperaba su marido. Pero hay momentos—muchos momentos—en los que el hombre es efectivamente un ser estúpido.

¡Era casada! La noticia me llenó de alegría. Una amante casada es el ideal de todo hombre soltero. De todo hombre soltero que no haya tenido nunca una amante casada. El hombre es cruel. La perspectiva de perjudicar a alguien le halaga.

Pero una amante casada no es ningún misterio. Puedo asegurarlo. Puedo afirmar también que el amante está en ridículo es el amante y no el marido. Veámoslo.

El marido puede ver a la mujer cuando quiere. El amante sólo puede verla cuando no está el marido. Los pobrecitos amantes de mujeres casadas pasan el tiempo esperando que se vaya él para poder estar con nosotros. Esto es bastante molesto, sobre todo si es mal tiempo. El marido entra y sale de su casa cuando quiere. El amante entra y sale cuando puede y dando de que no le vean esas del segundo, que son las cotillas.

El marido puede impunemente pegarnos un brazo si nos sorprende en brazos de su mujer. En cambio nosotros no podríamos hacer lo mismo si la sorprenderamos en brazos de su marido.

Nuestra amante nos da las sobras del festín del amor. Ejemplo:

—Estás hoy un poco fría. Rehuyes mi contacto.

—Es que, ¿sabes?, anoche estuvo él tan cariñoso.

Nuestra amante nos dejará cuando se cansa de nosotros. Con su marido no puede hacer lo mismo.

Nos obligará a ponernos pijamas que no nos quitan y zapatillas estrechas. El marido puede escogerse pijamas y ponerse zapatillas cómodas.

Todo esto pude yo comprobarlo a las pocas semanas de tener mi amante. Sin embargo, todavía era feliz. Pero una noche...

crónica

Ayuntamiento de Madrid

El, como un buen marido de vodevil, se había ido de viaje. Yo, como un buen amante de vodevil, estaba con mi amante, en la alcoba. Todo iba bien. Tres días de felicidad ininterrumpida nos esperaban. Pero él era un marido tan teatral, tan buen marido de vodevil, que perdió el tren y se presentó en casa.

—¿Has oído? Han llamado...

—¿Quién será a estas horas?

Entró en la alcoba la doncellita. No necesitó hablar. Su semblante lo decía todo. Ya saben ustedes lo que ocurre en situaciones semejantes. Mi amante exclamó:

—¡Cielos! ¡Mi marido!

Y yo:

—¡Atiza!

—¡Pronto! ¡Escóndete! ¡Huye! ¡No, en el armario no! ¡Le encontraría enseguida... Todos los amantes sorprendidos se esconden en el armario.

—¿Dónde, entonces?

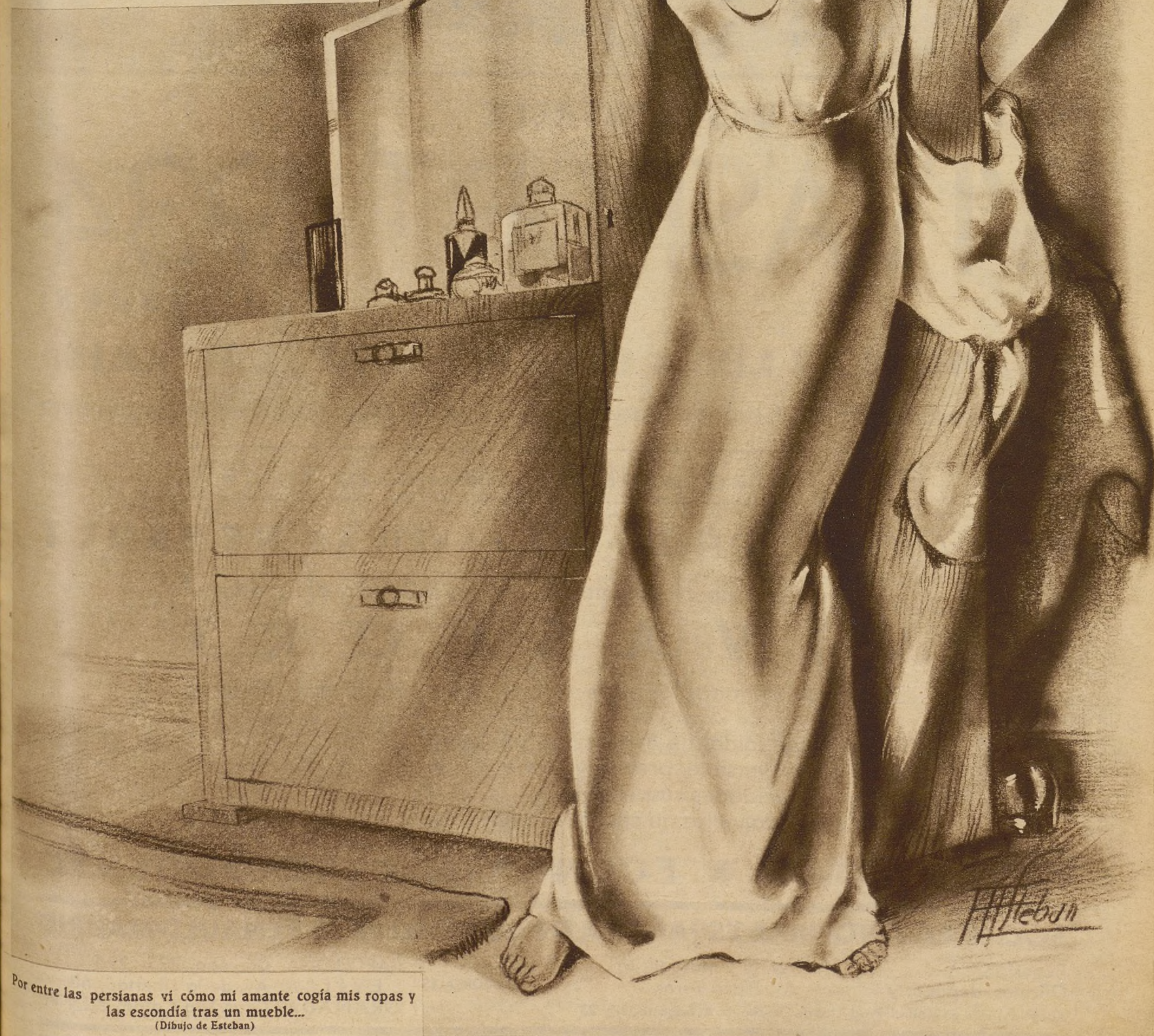
—En el balcón! ¡Corre!

Era una noche de invierno. Nevaba. Mi abrigo y mi traje, en la precipitación de la huida, habían quedado en la alcoba, sin duda para que toda la escena fuera de buen vodevil. Por entre las persianas vi cómo mi amante cogía mis ropas y las escondía apresuradamente tras un mueble. Hecho esto, se metió en la cama. Entró el marido. La dijo algo que, naturalmente, no pude oír; se desnudó y se metió en la cama también.

Fué entonces cuando se me reveló toda la verdad. Fué entonces cuando pensé:

—¿Pero quién es el que está en ridículo aquí?

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

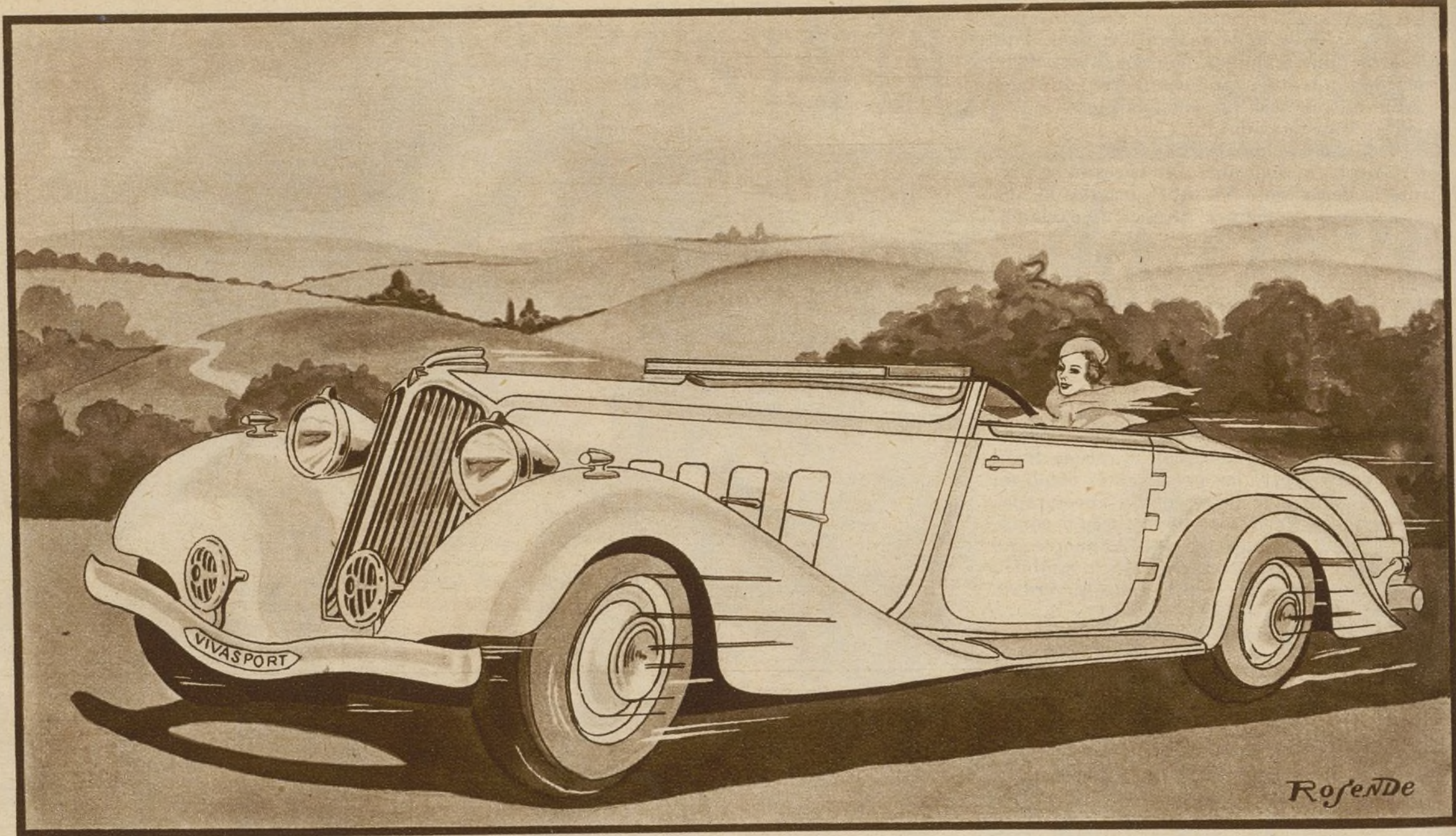


Por entre las persianas vi cómo mi amante cogía mis ropas y las escondía tras un mueble...

(Dibujo de Esteban)

crónica

Ayuntamiento de Madrid



EL CABRIOLET DESCAPOTABLE

VIVASPORT 1934

(6 CILINDROS)

EL COCHE DE LINEA ESTILIZADA AERODINÁMICA

Verdadero coche tipo sport, capaz de hacer más de 135 sujetándose perfectamente a la carretera

Debe usted probar este nuevo modelo

ULTIMA CREACION DE LAS FABRICAS **RENAULT**

Con un motor super - potente de 3 litros 600 de cilindrada, el

VIVASPORT

está dotado de todos los perfeccionamientos de la técnica moderna

Chassis trapezoidal de travesaños tubulares

Dirección irreversible, precisa y suave

Caja de velocidades suspendida

Motor sobre cojinetes de caucho sin vibraciones y de gran potencia

ESTABILIDAD • ECONOMIA • RENDIMIENTO

SOCIEDAD ANÓNIMA ESPAÑOLA DE AUTOMÓVILES RENAULT-MADRID

Exposición:

Av. Pí y Margall, 16

Oficinas, depósito y talleres: Av. Plaza Toros, 7

Agencia oficial en Madrid: Productos de Caucho, S. A. Sagasta, 21 y 23

SUCURSALES

BARCELONA: Córcega, 293 - 295

SEVILLA: Av. de la Libertad, 68

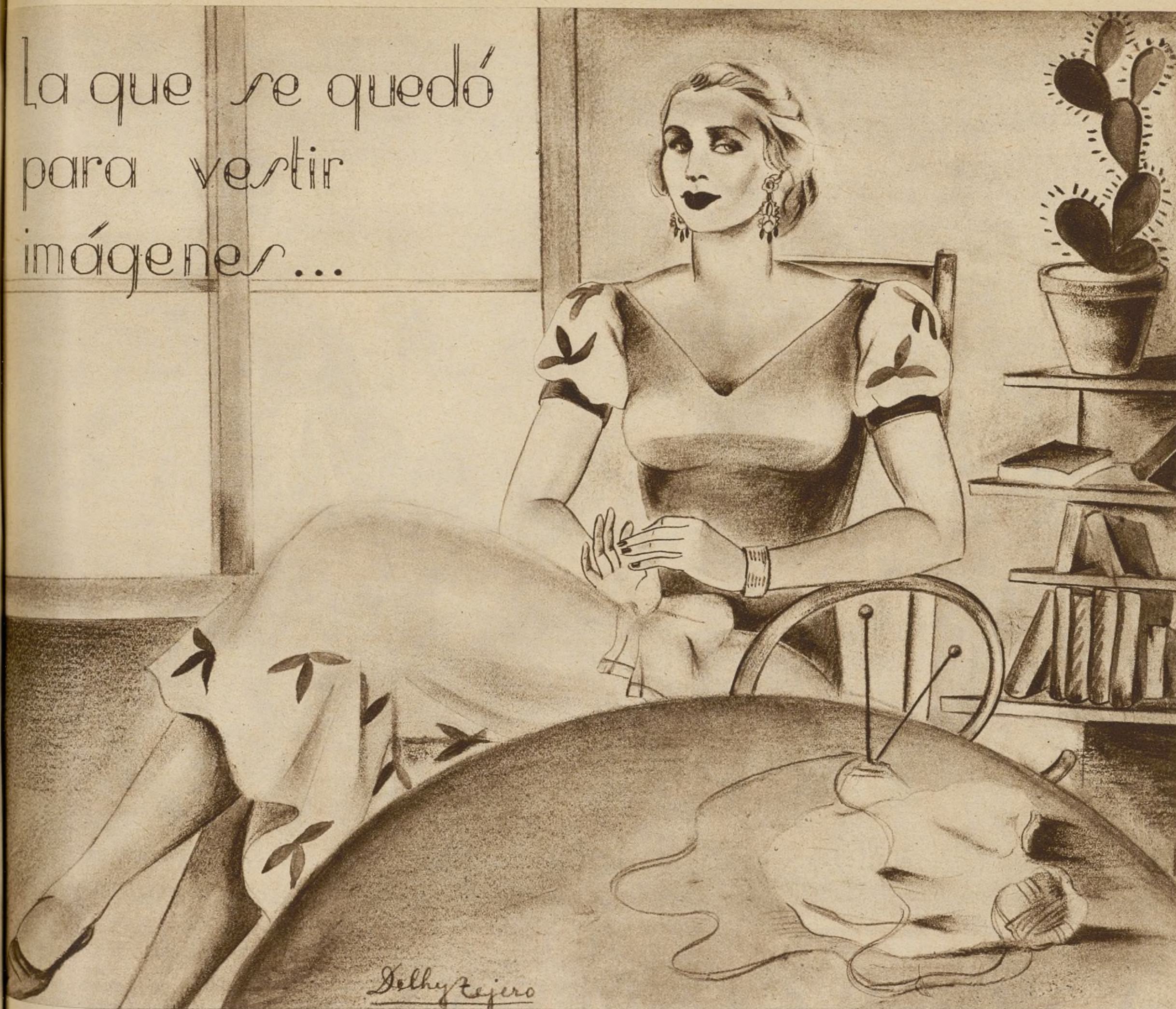
GRANADA: Gran Vía Colón, 38 y 40

AGENCIAS EN TODAS LAS CAPITALES

VENTAS A CREDITO

Ayuntamiento de Madrid

La que se quedó para vestir imágenes...



Delhy Tejedo

Hay un tipo de mujer, todavía bella en el declive de su hermosura, que por causas y circunstancias que ni ella misma sabría precisar no llega a las nupcias y acaso no las contraiga en su

lengua castellana—tan expresiva y pintoresca de forjó un vocablo, nada delicado, por cierto, designar a esta clase de criaturas. Las llama solteras, como si quisiera con el feo aumentativo clamar una espina más en la carne atribulada y marchita de maternidades frustradas. Vocablo feo y no obstante injusto al generalizarse su aplicación. Porque es evidente que hay solteras y solteras. Hay solteras de absoluta fealdad, sin gracia, simpatía ni encanto, que ve estallar en las venas la mocedad sin poder hacer un solo cortejo de amor, ni siquiera en la pujante de los veinte años en que el novio entra en la vida de las doncellas casi diríamos por imperio de una ley física. Esta mujer, ni ahora ni en su juventud, sentirá en su carne la dulce saeta de la mirada que requiere para cargarse de deseo un mínimo de gracia o esplendor en la figura amable, y clamará que al no existir la pequeña hermosura la suya no se produce. Mas al lado de esta mujer, huérfa de todo atractivo—la incasable por cruel de los dioses—, vemos otro tipo de solterona, en ocaso de una belleza refulgente en su juventud, suave, dulce, un poco chafada la lozanía de la madre de unos hijos de ensueño, con una fina opulencia de la matrona que no ha dejado de ser virgen, a la que en modo alguno puede aplicársele el odioso nombre de solterona sin manchar su pureza con el abalorio de un terminacho ruin.

Este tipo de mujer, sobremanera interesante, quiere referirme en estas notas, que forjo en apasionado homenaje a la fina mansedumbre de su des-

Tenía esta muchacha hace veinte años un cuerpo espigado, una cabellera abundosa, una cara fresca y linda, y un aire de majestad que se empeñó en evitar mil veces sin conseguirlo nunca. Muchos la tomaron por orgullosa y altiva, y gustando a todos, sólo un galán o dos la cortejaron sin gran ahinco ni delicadeza. Y, naturalmente, ella les dijo que no. Pasa el tiempo en el rápido devanar de las horas, y el doncel que se espera no viene. Una atmósfera de burla y rencoroso menosprecio envuelve, cada vez más densa, la gallarda figura gentil. Los hombres, que la admiran sin decírselo, dijérase que se gozan en poner alambres de indiferencia en torno a la sabrosa belleza. Ella espera, siempre digna, que los dioses quiebren algún día el injusto maleficio. ¿Por qué no ha de tener ella a su vera un hombre cabal, como las demás mujeres? Y diciendo y pensando esto, nota cómo le sube de lo más hondo de su corazón un ansia de querer, un anhelo de amar y ser amada que, fatalmente, ha de helársele en los labios a falta de otro corazón que lo reciba.

Treinta lágrimas como treinta carbunclos vierte la doncella sin galán, cuando sus horas apiñadas suman los treinta años que execró el poeta. Treinta años no son nada, a buen seguro, cuando la vida está henchida de dones para nosotros, y hay un galopar de fiebre en nuestras venas, y el amor nos exalta, y un hijo nos sonríe, y el mundo y su misterio son horizonte de luz que ganamos a cada instante al sólo impulso de nuestra juventud enardecida. Pero treinta años son muchas horas, y muchos días de desconsuelo, y muchas noches de pesadilla y llanto, cuando el amor es como un pájaro enloquecido que vuela y vuela dentro de nuestro pecho, sin encontrar jamás el efugio de esperanza por donde escaparse y hallar la ternura de una cordialidad nueva.

¿Habéis pensado alguna vez en esta mansa trage-

dia de la solterona bonita? Cae el tiempo sobre la carne blanca y sin amor como una lluvia delgadísima de ceniza. El espejo, al que se asoma de cuando en cuando, le devuelve una imagen todavía apetecible. Brillan los ojos con una lumbre de deseo, rebelde a extinguirse, y la boca, fresca y pura, se abre en ansia de frenesí y caricia en las tristes horas que se van sin besos. ¿De qué le sirve el dorado fulgor si nadie ha de contemplarlo? ¿Para qué el hechizo de sus gracias, si están condenadas a deslucirse y apagarse bajo las sedas del casto tocado? ¡Injusticia, crueldad del mundo que pone ante los ojos de estas mujeres el opulento espectáculo de los festines de amor, y las constriñe a un ayuno eterno de goces por respeto a la moral y a la virtud específica del sexo!

¡Ay, de ellas si, rompiendo con todas las normas de la honestidad y el recato, hicieran, en un raptó de rebeldía, regalo de su querer a quien no se llamara su legítimo esposo! El anatema negro de los fariseos caería sobre su frente, y nada sería bastante a limpiarla de la mancha del beso impuro. Tienes, mujer de los locos sueños irrealizables, que pudrirte entre las cuatro paredes de tu cuartito de doncella, mirar tristemente la infecundidad de tus entrañas, ceñir con tus brazos el aire que te envuelve y poner tus besos en el viento, que es una manera de besar, sin besar, todas las bocas de todos los hombres del mundo...

Soltera bonita, soltera sin amor, yo no sé qué decirte. Eres discreta y sabes del mundo demasiado para que yo cometa la impertinencia de orientar tu vivir. Pero es infinitamente doloroso que la nieve cubra tu cabeza sin que la alegría del mundo ría en ti. Piensa, reflexiona sin extravío, y a la postre sigue el impulso de tu corazón, que seguramente no te hundirá en la malaventura.

P. M.

crónica

Ayuntamiento de Madrid



Esta campesina del litoral, que vuelve al pueblo, caminando a lo largo de la playa, después de apacentar el rebaño en las colinas de la costa, tiene al menos, para compensación de lo penoso de su existencia, la amplitud de horizonte y la alegría del mar: puerta abierta a todas las rutas del mundo y a todos los ensueños de la esperanza... (Fot. P. W.)

LA MUJER CAMPESINA

Uno de tantos pueblecitos...

Es un pueblecito de casas muy bajas, situado al pie de una colina. No importa su nombre, porque como él hay cientos, hay miles de pueblos en España.

Los vecinos de este pueblo son todos muy pobres y ganan su pan trabajando unas tierras que ni siquiera son suyas, sino de unos señores que viven en Madrid. Las únicas dos personas relativamente finas de este pueblo son el cura y el médico. Hay también otra persona de carrera: la maestra. Pero la maestra lleva metida en este pueblecillo tantos años, que ya se ha hecho paleta también y casi se ha olvidado de que en sus mocedades vistió a la moda y de que estudió en la Escuela Normal...

Este pueblo se comunica con el resto del mundo por medio de una carretera, bastante mala, por la que, un día sí y otro no, pasa una camioneta, que recoge a los vecinos que tienen precisión de ir a la capital.

Cuando los señoritos de Madrid, que son los dueños de las tierras que circundan el pueblo, tienen a bien dar jornales, los vecinos se levantan todos muy temprano y se van a trabajar al campo. En el campo están hasta el anochecer, y entonces vuelven a dormir a casa o se marchan un rato a discutir a la taberna.

Cuando no hay jornales en el campo, los hombres se tienden al sol en la plaza. Y así un día, y otro, y otro...

Así es la niñez de la mujer del campo.

Esta niña es guapa. Tiene unos hermosos ojos castaños. Tiene un cutis sano, que recuerda a la piel de los melocotones. ¡Lástima que lo tenga cubierto de una película formada en las mejillas, gracias a que el agua

no las toca más que cuando cae del cielo! Tiene, por fin, unos cabellos rubios, que si estuvieran limpios y cuidados parecerían de oro. Esta niña va cubierta con un vestidito remendado y lleva a la cadera un chiquillo que la obliga a inclinarse penosamente hacia el lado contrario.

—¿Sabes leer, pequeña?

—No he tenido tiempo de aprender, porque no pude ir a la escuela más que dos días. Me sacó mi madre de allí cuando nació mi hermanillo. Como mi madre se va al campo, yo tengo que estar cargada con el niño todo el día...

—Pero ya pronto sabrá andar solo.

—Entonces habrá nacido ya otro, y tendré que tenerlo en brazos también. Aquí, las que somos mayores tenemos que cargar con los pequeños.

—Y además de tener al chico, ¿tú qué haces?

—Pues cuando éste se duerme, barro la casa y la puerta. Después guiso la comida y friego los cacharros.

—¿Trabajas mucho entonces?

—Sí...; pero, como dice mi madre, más tendré que trabajar cuando sea mayor y me pongan a servir.

Así es la juventud y el amor de la mujer del campo.

La Petra tampoco ha ido nunca a la escuela. Cuando tenía quince años, unos señores se la llevaron de criada a Madrid; pero a los dos meses la tuvieron que mandar de nuevo al pueblo, porque la Petra se volvía loca en aquella barandilla de calles, plazas, tranvías y automóviles. Ya de vuelta, la Petra tuvo que ponerse a trabajar en el campo. Iba a buscar piñas, a cortar leña, a coger aceitunas, a escardar cebollinos, a lo que salía... Las manos de la Petra se pusieron ásperas y

encallecidas, como las de un hombre. Y los días iban pasando... Hasta que una mañana la madre de la Petra habló así:

—Ya eres una moza y no te vas a estar así toda tu vida... ¿No has encontrado todavía ningún hombre tu igual que te guste? Vamos... que te guste tu novio...

La Petra se puso colorada.

—No, madre...

—Pues, mira: Vicente, el del tío Román, se ha hecho un muy buen mozo, y tú te vas a casar con él.

—¿Yo, madre?

—Sí, tú... No pongas esa cara de boba.

—Pero si Vicente a mí no me ha dicho nada.

—Ya te lo dirá. Ayer vino su madre a verme y me dijo que Vicente te quería. A mí me pareció bien, modo, que en cuanto le veas, tú le dejas que él te diga lo que tiene que decirte...

A los pocos días, estando la Petra fregando los cacharros en el río, vio llegar a Vicente. La dio mucha vergüenza y volvió la cabeza, haciendo como que no había visto.

—Hola, Petra.

—Hola, Vicente.

—¿Qué haces por aquí?

—Ya lo ves: fregando...

—Y después de fregar, ¿qué vas a hacer?

—Después... lavaré un poco de ropa.

—¿Vas a ir mañana al baile?

—No sé si me dejará mi madre. ¿Por qué?

—Porque tengo que decirte una cosa...

La Petra se quedó callada, cosa que a Vicente le molestó bastante, pues para desarrollar el discurso que su madre le había preparado eran precisas algunas contestaciones de la Petra. Por ejemplo: ahora hubiera convenido que la Petra preguntase qué cosa era la que él tenía que decirle. A pesar de todo, el mozo insistió:

—Pues, sí. Tengo que decirte una cosa. Si tú no me

crónica



cambio, tierra adentro, la existencia de la campesina
niña tiene la dureza y la tristeza del páramo castella-
no de la estepa extremeña. La niña campesina es anal-
feta, o apenas sabe deletrear, porque no ha tenido
de ir a la escuela, suponiendo que haya escuela
en su pueblo...



madre se va a trabajar al campo, y la niña pasa el día
con el hermanito pequeño, y cuando éste duerme,
cuidado de la casa: barriendo, fregando,
haciendo la comida...



La moza, la muchacha campesina, si no se va a servir a la ciudad, ha de trabajar en el campo tanto o más que su padre y sus hermanos... Ha de manejar la azada para preparar la tierra; ha de cortar leña; ha de coger la aceituna; ha de atender al ganado...

(Fots. J. C.)

tomas a mal, te la puedo decir ahora mismo.

—Según lo que sea.

—Bueno, muchacha, vamos a dejarnos de tonterías. Tú no tienes novio ni yo tengo novia y he pensado que podíamos arreglarnos los dos, siempre que tus padres no tengan inconveniente. A ti, ¿qué te parece? Pero levanta la cabeza, mujer. ¿O es que te da vergüenza de mí?

—Vergüenza de ti, ¿por qué? Es que lo que me has dicho me ha cogido tan de susto, que me he quedado medio tonta.

—Pues ya te lo podías haber figurado antes, porque llevo más de dos semanas pasando por tu puerta lo menos tres o cuatro veces al día. Bueno, ¿qué me contestas?

—Hombre, esas cosas hay que pensarlas...

—Déjate de pamplinas, o di francamente que no te parezco bien para novio. Pensado, ya sé que lo tienes, porque tu madre te lo ha dicho hace bastante tiempo. Así que... dame pronto la contestación. ¿Qué me dices? ¿Que sí?...

—Bueno, hombre, lo que quieras.

Desde aquel día la Petra y Vicente son novios. Hablan por las noches un rato, sentados a la puerta, y algunas veces él va al río a hacerla un poco la tertulia, mientras ella friega los cacharros. Hablan del tiempo, del campo y de las cosas que pasan en el pueblo. Algunos días, cuando Vicente se siente optimista,

obsequia a la Petra con un cariñoso empujón o con un pellizco. La Petra se enfada muchísimo y suele corresponder a estos arrebatos de Vicente con alguna que otra bofetada.

—Pero, mujer, no seas así...

—Todo eso lo dejas para cuando nos casemos...

—No digas eso. De casados ya no tendremos humor para nada. Oye, ¿no sabes que a Rogelio, el de la tía Fermína, se le ha muerto el burro?

—¡Pobre hombre! ¿Y qué va a hacer ahora?

—No sé. La verdad es que es una desgracia.

—Oye, Vicente, ¿qué querías tú mejor: que se muriera el burro o que me muriera yo?

—¡Mujer! ¿Qué cosas dices! Novias hay muchas, y en cambio burros como el mío hay muy pocos en el pueblo. De todas maneras, yo... creo que preferiría el que se muriera el burro cien veces. ¡Ya ves tú si te querré!

Y la Petra sonríe agradecidísima a este rasgo de amor y de delicadeza.

Así es la madurez de la mujer del campo.

—¡En los pueblos hay muchas penas!—me dice la tía Juana, al tiempo que monda una patata—. Y es que esto de pasar trabajos y fatigas es a causa de una maldición que nos echó Dios al traernos al mundo...

Con mi vida se podía escribir un libro de esos tristes.

crónica

Ayuntamiento de Madrid

Verá usted: Yo nací de unos padres muy pobres. Mi padre era pastor de cabras y mi madre salía como yo, al campo, a trabajar en lo que podía. Una noche tardaba mi padre mucho en volver a casa con las cabras y mi madre salió a buscarlo al monte, y se lo encontró muerto. Por lo visto lo había matado una nube muy fuerte que cayó del cielo aquella tarde. Como yo era muy pequeña y no podía trabajar todavía, mi madre se puso a servir en la capital y lo que ganaba se lo enviaba todos los meses a una vecina que me mantenía. Pero aquella vecina murió también, y entonces mi madre tuvo que volver al pueblo y juntas nos pusimos a trabajar en el campo.

Cuando tenía veinte años, y a pesar de las fatigas pasadas, la gente decía que me había hecho guapa y buena moza. En vista de ello, me pretendió Pedro, un muchacho muy bien plantado y que tenía cabras y un huerto. Mi madre estaba muy contenta porque aquello era nuestra tranquilidad. Ya nos íbamos a casar, cuando de pronto se formó una guerra en Melilla y se llevaron

a Pedro, que no volvió más. Creo que le mataron los moros una noche. Yo lloré mucho, mucho... Pero poco a poco fui olvidando a Pedro, y como se pasaba el tiempo, tuve que casarme con otro mozo que era más pobre, pero muy honrado y muy hombre de bien. Al año de casarnos tuvimos un hijo, luego otro, luego otro... hasta siete. Doce años me pasé pariendo y criando, sin descansar. A todo esto, yo tenía que ayudar a mi marido en el campo y además hacer todas las cosas de la casa y lavar ropa de fuera para ganar algún jornalillo extraordinario, que bien lo necesitábamos con tantos hijos. Uno de ellos se me murió de quince años... Esto ha sido mi pena más grande. Después se me murieron mi madre y mi marido. Ahora que me voy haciendo vieja, ya vivo un poco mejor, porque mis hijos me lo ganan. Pero ya son mozos y querrán casarse, como es natural. Me olvidarán por sus mujeres y por sus hijos... Así es la vida: toda fatigas y trabajos.

J. C.



Un aspecto del triste idilio de la moza campesina... Ella está fregando unos cacharros en el río... Y junto a ella, el novio elegido por los padres habla de todo menos de amor... Se casarán porque las respectivas familias juzgan la boda conveniente, y la mujer seguirá trabajando sin tregua...



...Seguirá trabajando sin descanso toda la vida, como su madre y como su abuela, que cargada de años sigue trayendo y sólo hallará descanso en la muerte...



Vida sin ilusiones, sin placeres, sin comodidades: así es la de la mujer campesina, esclava del trabajo... (Fots. J. C.)

crónica

Ayuntamiento de Madrid



es: así es
(Foto. J. C.)

LA UNICA DICHITA DE LA MUJER CAMPESINA

... Es esta: el amor del hijo pequeño; del nene o de la nena que aun no tiene edad de trabajar, y que todavía es libre y feliz en su pobreza... Más tarde, poco más tarde, el rapaz o la rapaza caerá, como los demás, en la esclavitud de la labor, y viendo a la criatura penar, la madre no podrá ya sonreír como sonríe ahora...

crónica
Ayuntamiento de Madrid



La mujer vista por su doncella

rrero y bebía una cosa muy rara con sabor a chinches. Pero que bebía como un tío con toda la barba. Me acuerdo cómo la trajeron el día del baile de la Prensa. ¡Y la gracia que le hizo a su padre! Yo creí que le iba a sentar mal. Pero, sí, sí. A niña moderna, papá moderno. Lo que hizo fué llamar a la madre y decirle:
—¡Mira qué merluza tan graciosa ha pescado Tolita! Es mayor que la que cogiste tú la noche de las uvas.

Y es que aquélla era una familia muy moderna señor.

De la casa de la niña *pera* me fui a casa de niñas que querían ser *peras*. A mí me daban un de lástima y un poco de risa mis tres señoritas de las de quiero y no puedo. ¡Los apuros que pasar su papá para pagarme puntualmente mis ve duros! ¡Y la envidia que me tenían las pobres niñas! ¡Qué culpa tenía yo de ser más guapa que y de saberme vestir mejor que ellas? Lo que la

HAY doncellas para diferentes señoritas, como hay señoritas para doncellas diferentes. Es verdad que puede encontrarse la doncella para todo, y hasta la doncella para todos. Pero lo que aquí está haciendo falta es la doncella para todas. Y ésa soy yo. Cada señorita es un caso, y yo puedo hablar de muchos casos, porque en mi no larga pero sí variada carrera de doncella he pasado por muchas casas o, lo que es lo mismo, he conocido a muchas señoritas. No es cosa de hablar aquí de todas, sino de las principales.

He servido, por ejemplo, en casa de la *vedette*. En casa de esa famosísima *vedette* que aquí mismo, en CRÓNICA, viene retratada en muchos números, enseñando todo lo que hay que enseñar, y que trae a muchos hombres de coronilla no sé por qué. Yo, la verdad, no sé qué han visto los hombres en ella. Porque fijándose bien... Claro que en el escenario; con tanta luz, con tantas plumas, con la cara pintada y vista desde las butacas, no resulta mal. Pero fuera del escenario, no me digan ustedes: no vale medio pepino. ¡Y si la vieran al levantarse, como yo la veía todos los días!... ¡Una birria, señores, una birria muy grande! Entonces es cuando se le notan bien los cuarenta y dos años que tiene, a pesar de que ella dice que son sólo veinticinco. ¡La pobre señora! Cuatro horas necesita para arreglarse. Y en esas cuatro horas sólo puede verla su doncella particular. Si la viera en esos momentos uno de sus infinitos admiradores, se llevaría una gran desilusión. No parece ella. Parece su mamá. O, mejor, la mamá de su mamá.

He servido también en casa de una *cocotte*. Da gusto trabajar con mujeres así. Cada vez que abría la puerta y entraba un amigo de la señorita, me daba un duro. Algunos me daban un duro y un pellizco. Si les onreía al pellizcarme, me daban otro duro. Y yo soy muy propensa a la sonrisa.

A mí me gustaba mi señorita porque no se fijaba en si se le perdía un par de medias o una camisa, y tampoco se fijaba en lo que costaban las meriendas cuando tenía que invitar a algún amigo. ¡Claro que no! Como que ella invitaba y él pagaba.

Era muy guapa mi señorita. Y muy elegante. Si estaba con alguien, ¡cogía las tazas con una distinción y sacudía la ceniza de los pitillos de un modo!... Yo, al principio, creí que era una señorita de la aristocracia venida a menos. Pero no lo era. Era muy lista, y había aprendido a ser así para quedar bien cuando había personas delante. Si no había personas delante, ya era otra cosa. A lo mejor, me llamaba para decirme:

—Anda, Pascuala, tráete el tinto, que ya estoy de *cock-tails* hasta aquí.

De la *cocotte* pasé al servicio de una niña bien. El coche, el té, el cine, el tenis... ¡Hay que ver la vida que se chupaba la muy cursi, por ser hija de su papá! Y una venga a pasarle el plumero al diván para que luego viniera la niña a sentarse con su novio, y... bueno, no quiero hablar; pero hay cosas que no están ni medio bien. ¡Los muy...! Y la frescura con que me decía:

—Cierra la puerta, Pascuala, no se vaya a asomar papá.

Mi señorita presumía de modernista—¡si sabrá ella con qué se come eso!—porque fumaba como un ca-



Era muy guapa mi señorita. Y muy elegante. Si estaba con alguien, ¡cogía las tazas con una distinción y sacudía la ceniza de los pitillos de un modo!...

crónica

Ayuntamiento de Madrid

lla

ay modern
ce sa de
daban un
señoritas.
uros que
mente mis
n las polm
guapa que
Lo que las



ma, venga a pasarle el plumero al diván para que luego viniera la niña a sentarse con su novio, y... ¡bueno, no quiero hablar; pero hay cosas que no están ni medio bien!

(Dibujo de Esplandiu)

genéticas, aunque quisieran disimularlo, era ver cuando yo las acompañaba por la calle todos los días me los decían a mí. Las tres señoritas eran de esas que tienen un vestigio de cada mes sufre una transformación. En realidad, lo que debían hacer es colocarse en algún sitio apartado de la familia. ¡Pero buena se pondría su madre! Trabajar mis niñas! ¡Mis niñas son unas señoritas! Como si las señoritas no trabajaran! Pero, ¿qué se creído esta señora? Y es que doña Tecla y sus tres primos viven con retraso. Están esperando que se conformen con menos de un médico o un ingeniero.

¡Están buenos los tiempos para que los hombres carguen con señoritas inútiles y sin dinero! Me parece que éstas, como sigan en ese plan de presumir sin tener de qué presumir, se van a quedar para vestir imágenes.

¿Dónde más he servido? ¡Ah, sí! He servido en casa de una señora que engañaba a su marido. No es mal negocio. Las señoras que engañan a los maridos necesitan la complicidad de la niña de la cofia:

—Anda, baja y dile a Manolo que ya puede subir. Mi señorita me regalaba vestidos y zapatos, y Manolo, cada vez que me decía «Adiós, chatilla», me dejaba en la mano dos durazos. En cuanto al marido, terminada la partida de tresillo, volvía a casa y le decía a su mujer:

—Te habrás aburrido mucho sin mí. ¿Verdad, vidita? Y ella le decía que sí: —Sí, Tadeo; pero por mí no quiero que te prives de salir de noche.

Y he servido en casa de un marido que engañaba a su mujer. Comprendo que bastaría decir en casa de un marido. Sin embargo, en este caso concreto no puedo hacer el retrato de la señora vista por su doncella. Sólo podría decirles que era vieja, pero fea, y que todas las tardes se iba a tomar el té con las amigas, mientras el marido se daba una vuelta por la cocina. No, no podría hacer el retrato de la señora. Pero si quieren ustedes que les diga cómo era el señor...

LA DONCELLA PARTICULAR

crónica

1
Lolín: ¿Que rabia! Mi mamá no me deja que cojo su collar de perlas que es de mi tía.
Bobito: ¿Ese collar que tiene perlas pequeñas no te deja?
Lolín: ¡Ese tan bonito! Si sería mio, yo se lo dejaría a ella todas las veces que quería ¡eso es!
Bobito: ¿Y tu se lo has dicho que te lo deja y no te lo deja?
Lolín: No me lo deja, y dice que si voy por él, donde está, me dará unos azotes muy terribles... ¡Ya ves tu!

2
Bobito: ¿Pos no lo cojas!
Lolín: ¡Claro! Ya está! Pues me hace falta para que me ven las niñas nuevas del piso que está aquí al lado de la casa de enfrente.
Bobito: ¿Eras niñas que son rubias con vestido acarnado?
Lolín: Sí, y que tienen un hermano que es niño.
Bobito: ¿Pos tu mamá no quiere que te lo pones?
Lolín: Eres un al-palico que no entiendes! ¡Ya lo sabes!



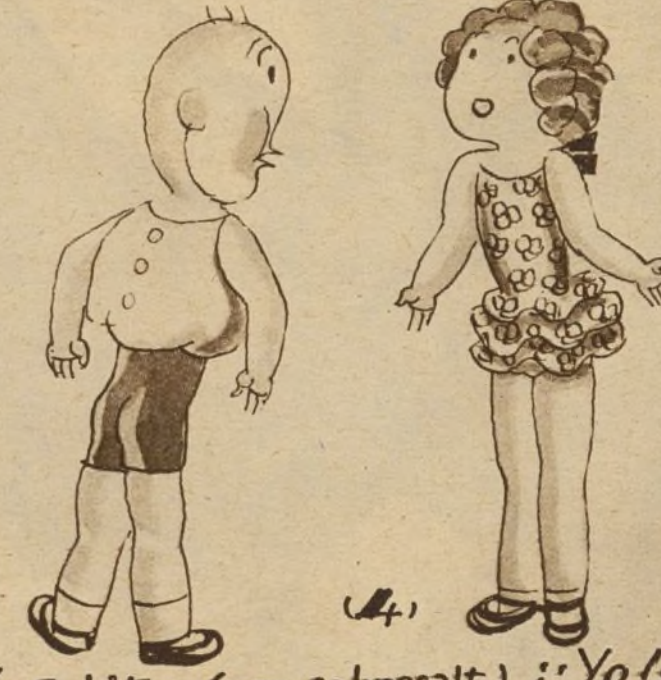
Lolín va "bebé"

12
Bobito: Si, que te quiero mucho!
Lolín: ¡Un jammón con chorreras! Si me querías mucho, no me decías que no traes el collar!
Bobito: Es que hay que ser bediente...
Lolín: ¿Pues yo hago todo que quiero, eso!
Bobito: ¿Pos cojelo tu!
Lolín: (haciendo burla de su tono doliente) ¡Pos cojelo tu! ¡Pos cojelo tu!
¡Pues no lo cojo por que me dan los azotes y a ti nunca te pagan por que eres el niño de merengue!

13
Bobito: Si sería otra cosa que no era el collar pues lo hacia esguída para que no te ponías efadada!
Lolín: Pues lo que quiero es que traes el collar... ¡Además no me hablo contigo y voy a cantar para que no te oigo que dices ¡la la ra! ¡la la ri! ¡la la ri! ¡la la ri!
Bobito: Te doy los ábun que tienen las etampas de las cartadales, y todas mis cosas.
Lolín: ¡La la ra! ¡la la ri! ¡la la ri! ¡la la ri!



3
Bobito: ¿Pos si tu mamá no quiere!
Lolín: Pero si tu me queras un poquito, ibas donde está el collar para que me lo traías!..



4
Bobito: (con sobresalto) ¡Yo!!
Lolín: ¿Pues claro! Tu andas por toda la casa y no te dicen nada por que eres bueno y no tocas las cosas; pero si me ven a mí, se ponen malpensadas esguída.



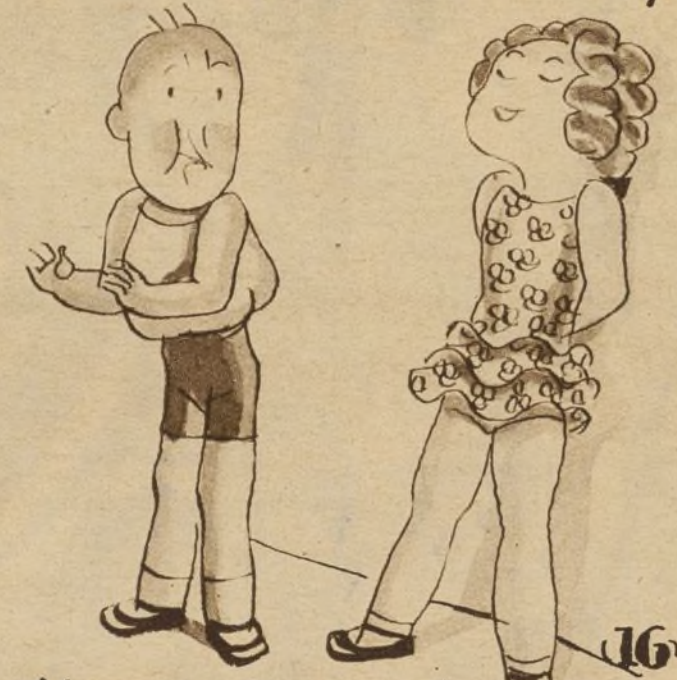
5
Bobito: Pero si tu mamá quiere que lo traes que lo traes que lo traes...
Lolín: Eres muy tontísimo, no quiero que me hablo contigo.



14
Lolín: (como si estuviera solo) Cuando me mis trajes de primavera lo rizado tan bonito que tiene... Yo le quiero mucho a Pocholo sin que voy yo también...



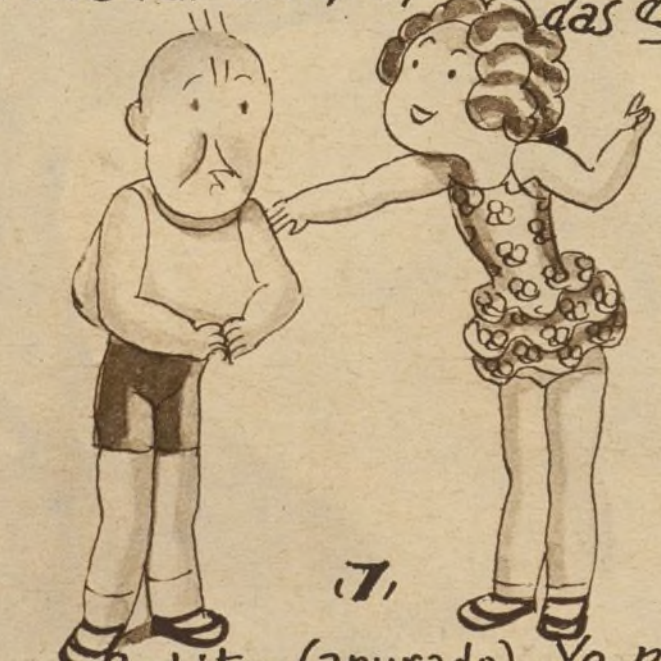
15
Lolín: (sin hacerle caso) Hacemos muy buena pareja Pocholo y yo... ¡con un pezón tan bonito que tiene... Yo le quiero mucho a Pocholo sin que la puedo remediar!...



16
Y cuando sea el verano que voy a la playa, jugaré mucho con Pocholo haciendo hoyos en la arena para que los llenamos con agua del mar...



6
Bobito: ¿Y yo que te hago para que no quieres que te hablas conmigo?
Lolín: ¡Me estoy callada para que no te contesto ni tan siquiera!..



7
Bobito: (apurado) Yo no voy para que cojo el collar, por que me da miedo que me ven...
Lolín: (esperanzada) Pero si es muy fácilito donde está para que lo coges!



8
Mira guapo, ecima de la ta negra que es japonesa, una cajita que también nesa; y allí está. ¡Anda por ahí para que lo traes, que lo traes mucho, ¡anda!



17
Bobito: ¿Pos a Pocholo no le quiere mamá y Pocholo en el piano, y tu mamá puso muy efadada! ¡eso es!



18
Lolín: (sin hacerle caso) Y también cuando está la marea que está bajada, pues cojeremos tagrejos y lapas en las rocas.
Bobito: ¿Pos a Pocholo le haré un chinchón!



19
Lolín: Y también iré con Pocholo cuando sean las verbenas para que subimos en los caballitos y en la ola giratoria... ¡Cuanto voy a jugar con Pocholo!



9
Bobito: ¿Mas que a Pocholo y que to-dos?.. Mas que a ninguno! ¡Anda rico, ves para que me lo traes el collar!



10
Bobito: (reacciona) ¡No! ¡no voy! Me da mucho miedo si se altera tu mamá que dice que yo soy un ángel... ¡No voy aunque me lo diges!



11
Lolín: ¿No vas? ¡Pues do-queñido! Donde dices que está el collar? ¿Que collar? ¡Ah sí!



20
me creo que en la cajita negra... (aparte) ¡Ya va ya va! ¡Me lo trae!!



21
me creo que en la cajita negra... (aparte) ¡Ya va ya va! ¡Me lo trae!!



22
(A las lectoras exclusivamente)
Siempre que vosotros queréis que los señores hacen una cosa, y ellos no quieren, nada más tenéis que decir que vais a jugar con Pocholo, y esguída, hacen todo que queréis.



Señoritas de Pueblo

El paseíto de cada día.

LOLA, Carmen, Julita, Asunción, Victoria, Rosalía, Paquita, Matilde... son las señoritas del pueblo. Por las tardes salen de paseo todas cogidas del brazo, formando una fila que tapa la calle.

—¿Por dónde queréis que paseemos esta tarde?—dice una.

—Podíamos ir a la estación...—apunta otra.

—Sí, eso es... Vamos a la estación a ver pasar el tren de las siete.

Pero Victoria, la hija del médico, que es la más «leída» de todas, protesta ante este programa.

—No, a la estación, no. Los que van en el tren se ríen de las señoritas cursis de pueblo que pasean por los andenes.

—Eso lo has leído tú en alguna novela. ¡Como te pasas la vida leyendo!...

Por fin, triunfa el criterio «antiestacionista», y las señoritas, siempre cogidas del brazo, se encaminan hacia la carretera. La carretera es menos limitada que la estación, aunque más solitaria. De vez en cuando pasa un automóvil a toda velocidad, que obsequia a las señoritas con una buena nube de polvo. Todas se quedan mirándolo con rabia, primero; después, con melancolía.

crónica

Ayuntamiento de Madrid

—Irás a...
—Sí, q...
La con...
con quien...
pueblo. E...
Ahora es...
solo qued...
grafista...
amiento...
tiene novi...
udiante a...
en el pueb...
rio del A...
que jam...
tienen qu...
por eso s...
No hay...
den come...
como van...
los en do...
es que de...
tema r...
que jamás...
habla...
Y ellas, a...
ocupacion...
podían ha...
Pero preci...
de todo me...
mente reñ...
Matilde...
no puede...
Martín...
porque As...
tan verg...
más avan...
porque R...
decir que...
Por eso...
no, y no...
esgraciad...
A la vu...
por los sop...
cravies de...
tradas y...
—Ya vé...
as tienen...
En cambio...
vida dan...
que n...
men!

Una bo...
Pero no...
ay, por...
do, que...
vayan...
Juanita...
la, las n...
da que...
Juanit...
dades, A...
—No t...
orio!
La verda...
partido...
por añ...
Juanita tie...
—Natur...
ena...
Por eso...
ambien su...
muy ric...
ría mu...
cosos de...
en foras...
Unos...
tores, y...
Juanita...
conten...
dentro d...
ñoritas e...
ambo es...
Juanita ha...
ello lo m...
es más q...
es basta...
certan...
—Y quiz...
que una...
En el pa...
no se ha...
po de...
y solt...
de Ju...
luto...
Amelia e...
poder dis...

—Iré a Madrid...

—Sí, quizá vaya a Madrid.

La conversación languidece. No habiendo chicos con quien hablar, ¡ya se sabe! Y chicos no hay en el pueblo. Es decir, hay algunos...; pero en el verano. Ahora están estudiando en Madrid. En invierno solo quedan en el pueblo tres solteros, a saber: el telegrafista, un hijo del notario y el secretario del Ayuntamiento. Pero da la casualidad de que el telegrafista tiene novia formal; el hijo del notario es un mal estudiante a quien su padre tiene castigado este invierno en el pueblo sin dejarle salir más que con él; y el secretario del Ayuntamiento es un ser huraño y absurdo que jamás se acerca a las muchachas. Ellas, por tanto, tienen que ir al paseo solas, completamente solas, y... por eso se aburren tanto!

No hay temas de conversación. Ni siquiera se pueden comentar los trajes que llevan puestos, porque como van todas juntas... Eso es mejor comentarlo de dos en dos. Hay más libertad para expresarse. Claro es que desde hace algún tiempo las señoritas tienen un tema nuevo que las apasiona mucho. Un tema al que jamás habían tocado: la política. En los pueblos se habla mucho de política. Más que en Madrid. Y ellas, aunque son unas señoritas con muchas preocupaciones, no habían de ser una excepción. En efecto, podían hablar de política esta tarde, como tantas otras. Pero precisamente hace varios días decidieron hablar de todo menos de «eso», porque hablando de «eso» fatalmente reñían las unas con las otras. Reñían Aurorita y Matilde, porque Aurorita, que es de Acción Popular, no puede transigir con Matilde, cuyo papá es radical de Martínez Barrio. Reñían Asunción y Victoria, porque Asunción dijo un día que los socialistas no tenían vergüenza, y esto indignó a Victoria, que es la más avanzada... Y riñeron casi todas con Rosalía, porque Rosalía tuvo una tarde el atrevimiento de decir que Azaña la resultaba simpático.

Por eso han decidido no hablar de política en el paseo, y no hablando de política ni de novios, porque desgraciadamente no los hay, ¿de qué van a hablar? A la vuelta de la carretera han dado unos paseos por los soportales de la plaza, y Lolita, que es la más curiosa de todas, se ha asomado a ver el baile de las muchachas y los mozos del pueblo.

—Ya véis: ésas sí que lo pasan bien. Todas tienen novio y van al baile a divertirse. ¡Cambio, nosotras...! ¡nos tenemos que pasar la vida dando vueltas por estos soportales, de modo que nos sabemos de memoria las piedras que pisamos!

Una boda!

Pero no todos los días son iguales, aunque muchos sí. Por ejemplo, es un día divertido. Juanita Delgado, que va a casarse, ha invitado a sus amiguitas a que vayan esta tarde a su casa, a ver el equipo.

Juanita está radiante, enseñando las colchas de seda, las mudas de crespón, los vestidos a la última moda que le trajeron de Madrid. En un momento en que Juanita ha salido para volver con nuevas preciosidades, Aurora ha dicho al oído de Rosalía:

—¿No te parece demasiado ajuar para tan poco novio?

—La verdad. El novio de Juanita no es precisamente un partido envidiable. Feo, chiquitín, antipático... por añadidura, sin dos pesetas. Menos mal que Juanita tiene dinero para los dos...

—Naturalmente, por eso se casa—ha corroborado Rosalía.

Por eso se casa Juanita y por eso se han casado también sus hermanas mayores. El padre de Juanita es muy rico, tiene muchas fincas y hasta dicen que tenía muchos miles de pesetas en los principales bancos de Madrid. El que se va a casar con Juanita es un forastero que vino una vez al pueblo por casualidad. Unos amigos officiosos le enteraron de estos porqueros, y él se apresuró a pedir la mano de Juanita. Juanita, que ya temía quedarse solterona, se puso muy contenta.

Dentro de unos días se va a celebrar la boda. Las señoritas están muy contentas, porque una boda de verdad es cosa que no se ve todos los días. Además, Juanita ha asegurado que para aquel día van a venir al pueblo lo menos veinte amigos de su novio. Aunque no es más que diez, porque siempre se exagera un poco, es bastante para que las muchachas bailen y se diviertan...

—Y quizá algo más, porque si es verdad lo que dicen que una boda trae otra boda...

En el paseo, en casa, en la calle y hasta en misa no se habla más que de la boda de Juanita, y del tiempo de Juanita... y de los diez muchachos forasteros y solteros que van a venir al pueblo el día de la boda de Juanita.

En luto.

Amelia es la única que está apenada, porque no va poder disfrutar de este maravilloso acontecimiento.



Juanita está radiante, enseñando las colchas de seda, las mudas de crespón, los vestidos a la última moda que le trajeron de Madrid...

(Dibujo de Delthy Tejero)

crónica

Ayuntamiento de Madrid



Delhy Tejero

Figúrense ustedes que un tío de Amelia, que vivía fuera, ha tenido la mala ocurrencia de morirse, precisamente ahora que hay en puertas una diversión.

—Todo el año aburrida—ha dicho Amelia a sus amiguitas, cuando éstas han ido a darle el pésame—; todo el año tragando polvo por la carretera, y ahora que me iba a divertirme, aunque sólo fuese un día, viene el luto a estropearlo todo.

—Es verdad, mujer. ¡Qué pena! ¡Y no te dejarían siquiera ir a la iglesia!

—¡Ni pensarlo! ¡Qué diría la gente! ¡Dichosos lutos!...

Es verdad. Los lutos son el azote de las señoritas de todos los pueblos. Esta costumbre, ya casi abolida en las grandes capitales, tiene en los pueblos un arraigo que hace sufrir mucho a las chicas.

Aunque sea un tío ausente el fallecido, como en el caso de Amelia, es preciso estar un mes sin salir de paseo y sin ir siquiera a misa mayor. Después ya se puede salir, pero solamente por las afueras. A los seis meses puede una ponerse, sin suscitarse grandes críticas, unas medias grises y hasta un cuellecito blanco sobre el traje negro. Al año ya se puede ir al cine. Y al año y medio comenzará la muchacha a vestirse de color...

—¡Qué mala suerte!—repite Amelita sin consuelo—. ¡Y decís que habrá baile y vendrán muchos chicos?

—Juanita nos ha dicho que veinte.

—¡Veinte! ¡Hay que ver! ¡Y yo de luto!...

Y Amelia llora como no ha llorado por el tío que ha tenido la mala ocurrencia de morir precisamente en esta ocasión.

A la salida de casa de la amiga, todas lamentan el percance.

—¡Pobre chica! La verdad es que es para desesperarse. ¡Con lo que nos vamos a divertir!

Pero Rosalía, que es la más sincera, ha disipado la tristeza de sus amiguitas:

—Yo también lo siento; pero, ¿sabéis lo que os digo?

—¿Qué?

—Pues que... cuando se muere un fraile, dicen los demás: «un enemigo menos y una ración más».

La Misa Mayor y el médico nuevo.

La Misa Mayor es algo así como el primer número del «programa de festejos» que disfrutan las señoritas los domingos.

—¡Veinte chicos en el baile!...
¡Hay que ver!... ¡Y yo de luto!...—, suspira Amelia... Y llora como no ha llorado por el tío que tuvo la mala ocurrencia de morirse en tal ocasión.

(Dibujo de Delhy Tejero)

Lola, Carmen, Victoria, Asunción, Rosalía, Paquita, Matilde... todas van a Misa Mayor. En primer lugar, porque son muy devotas; y en segundo lugar, porque en misa es en el único sitio donde pueden lucirse un poco. Al paseo no vale la pena de llevar los trajes de fiesta. ¡Hay tanto polvo por la carretera! En cambio, a la iglesia se puede ir bien vestida sin temer contingencias desagradables.

Lola, Carmen, Victoria, Asunción, Rosalía, Paquita, Matilde... han cruzado ya, camino de la iglesia, poco azoradas delante de los hombres que se han congregado en la plaza, para verlas pasar.

Ya están arrodilladas en sus reclinatorios de terciopelo. Es verdad que ellas son muy devotas; pero para oír la misa con recogimiento y para pedirle a la Virgen, ya tienen los días de trabajo. El domingo no es posible oír misa con la necesaria atención, porque hay en la iglesia demasiados motivos de entretenimiento: el abrigo de pieles de la boticaria; el vestido azul que ha estrenado la cuñada del Registrador; los maravillosos zapatos de Aurorita; el montón de ropa que se ha puesto en las pestañas Victoria, la hija del médico...

De pronto, Aurorita, burlando la vigilancia de su mamá, que la tiene prohibido hablar en la iglesia, se vuelve hacia Carmen, que está arrodillada a su lado, y la pregunta con voz de rezo:

—Oye, ha entrado un chico nuevo con el secretario del Ayuntamiento. ¿Quién será? ¡Mujer, no vuelvas la cabeza con tanto descaro!

—Pues no sé quién podrá ser. A la salida le preguntaremos a Rosalía, que lo sabe todo.

Y, en efecto, a la salida, Rosalía, que lo sabe todo porque tiene la suerte de vivir enfrente del hotel donde se hospedan los forasteros, ha comunicado a sus amiguitas que el muchacho que tanto las ha intrigado en la iglesia es un médico nuevo que viene al pueblo a quitarle la clientela al padre de Victoria.

—¿Y es soltero?

—Me parece que sí.

A todas se les han iluminado los ojos, y Lolita, con su desenfado habitual, ha dicho enseguida:

—¿Un médico nuevo, y... soltero? ¡Mañana mismo me pongo enferma!

—¡Ay, qué fresca es esta niña! Pues te advierto que no vas a ser tú sola...

—Mujer, si era una broma.

Naturalmente que era una broma. Pero dio lugar a la casualidad de que al día siguiente se extendió por el pueblo una terrible epidemia de gripe que se cebó con especial intensidad en las muchachas casaderas.

El médico nuevo anduvo durante tres días de casa en casa, recetando pastillas de aspirina. Y gracias a esta enfermedad colectiva y «casual», todas se enteraron de que el joven galeno era muy simpático, de que tenía unos ojos negros que quitaban la cabeza, y que era aún mejor, de que no tenía novia. Claro que de este extremo no había que fiarse mucho, porque lo mismo dijo el juez de instrucción cuando llegó al pueblo y luego resultó que un aciago día se apodaron con una señora y numerosos baúles.

Pero para el caso de que la soltería del médico resultase efectiva, era necesario prepararse. Todas decidieron concluir lo más pronto posible los trajes.

ocurrencia
verá y salir de paseo todas las tardes una hora
aunque las mamás protestasen.

la muchacha que tiene historia.

Por cuál de todas ellas se decidirá el médico joven?
Desafortunadamente, al padre de Juanita Delgado, que
es el señor más rico del pueblo, ya no le quedan más
que casar. Pero las de don Fabián, que pasan el
día en Madrid y van a llegar al pueblo de un mo-
mento a otro, son un grave peligro.

—Y que no vendrán presumiendo poco!—ha dicho
el médico.

—A lo mejor se enamora de Victoria...

—No tendría nada de particular, porque Victoria
entre todas las señoritas del pueblo, la más guapa,
la más fina y la que tiene mejor conversación. Todas lo
dicen y la temen.

—No os preocupéis. Victoria es la única que no
se aspira al médico nuevo, porque es a su padre
a quien este médico viene a hacer daño.

—Sí, sí... No te fíes mucho. Victoria, con todo su
de buena persona, es una lagarta.

—Todas repiten encantadas de esta definición:

—Una lagarta.

—Una lagartona completa.

—Además, que no faltará en el pueblo quien le
cuenta al médico la historia de esa niña...

—La verdad. No ha faltado quien le cuente al médico
la historia de la hija del médico viejo. Sin ir
a más, el otro día le convidaron a comer en casa
de Méndez, y entre el papá, la mamá y la niña
se contó todo.

—¿Ve usted que parece tan guapa? Pues todo es
falsa. ¡Hay que verla al levantarse de la cama!

—Además, yo no sé de dónde saca para ese lujo
de llevar, porque le advierto que su padre ya está
y no gana dos pesetas.

—Y no ha oído usted hablar de un novio que tuvo
años? Fué un notario que vino al pueblo. Ella se
casó con él, pero el notario estaba decidido a casarse y le
contó muchas cosas que una muchacha decente no

torios de
devotas: p
a pedirle
o. El dom
ención, por
de entre
ria; el ves
registrador
ontón de
ria, la hij
gilancia de
en la ig
odillado
con el sec
er, no v
lida le pre
e lo sabe
nte del
comunica
nto las ha
o que vien
e de Victo
y Lolita.
da:
Mañana m
e advier

Mañana m
e advier

Pero dió la
xtendió por
ue se cebó
asaderas.
es días de
a. Y gracia
das se en
pático, de
cabeza, y
via. Claro
mucho, por
uando lleg
día se ape

del médico
rse. Todas
e los trajo



crónica

Ayuntamiento de Madrid



Al médico joven le convidaron a comer en casa de los de Méndez, y entre el papá, la mamá y la niña le contaron la historia de la hija del médico viejo... Comenzó la niña declarando: —¿Ve usted que parec... tan guapa? Pues todo es pintura... ¡Hay que verla al levantarse de la cama!

debe consentir. Le aseguro a usted que dieron cada escándalo... Sus mismas amigas estaban avergonzadas...

—Es una novelera... No sabe coser un botón...

Pero no fué sólo en casa de los de Méndez. En el casino, en la fonda, en el paseo, en misa, en todas partes había quien hablaba mal al médico nuevo de la hija del médico viejo.

—Es alegrita, ¿sabe usted?

—Es muy presumida.

—Es... republicana.

Y, naturalmente, a los quince días el médico nuevo se había enamorado perdidamente de la hija del médico viejo.

“¡Hoy como ayer... Mañana como hoy!”

Todas las mañanas, a eso de las ocho y media, la mamá entra en el cuarto de las niñas moviendo perezosamente sus noventa kilos de grasa:

—Hijas, arriba, que ya es hora. Hace rato que vi volver de misa a la cuñada de don Ismael. En cambio, vosotras ¡no os cansáis de dormir! A vuestra edad me nubiera yo avergonzado de que me dieran las ocho en la cama.

Y mientras musita este sermón, la buena señora descorre las cortinas de la ventana. Todo el cuarto se llena de luz. Y Asunción y Lola, que dormían en sus camitas blancas, abren los ojos perezosamente. Enseguida, Asunción se tira de la cama sin decir palabra. Un poco de agua fresca, un ligero peinado, y en cinco minutos está lista para salir de casa camino de la iglesia.

Entre tanto, Lola no se ha movido, y al cabo de un rato le dice a su madre, que sigue gruñendo:

—¡Ay, mamá, qué bien se está en la cama! ¡Por qué tendrás esa manía de que madrugamos? A mí me gustaría que me trajeran el desayuno aquí, en una bandeja, como yo he visto que lo hacen en las películas...

—¡Jesús, hija mía, qué cosas dices! Pero no será tu madre quien te consienta en casa esas costumbres de cómica.

¡Qué distintas son Lola y Asunción! Nadie al verlas y menos al tratarlas un poco pensaría que han nacido de la misma madre ni que se han educado en la misma casa.

Asunción es morena, entonada y grave. En su rostro, quizá demasiado pálido, lucen los ojos negros aterciopelados, grandes... Son esos ojos lo único verdaderamente bonito de Asunción. Además, según dicen las amigas y hasta su misma madre, Asunción es «un poquito rancia». No se pinta, no se ondula, gusta de los trajes oscuros y casi nunca se la ve sonreír.

En cambio Lola es rubia, traviesa y parlanchina. Sus ojos, menos grandes y menos bonitos que los de Asunción, están llenos de un encanto y de una picardía que atonta a los hombres. Lola se pinta los labios, los ojos, las mejillas y las uñas. Lleva unos *jerseys* de colores chillones y hasta dicen que un día, en casa

de los de Méndez, se atrevió a fumar un cigarrillo rubio que no se sabe quién había traído al pueblo.

Todas las mañanas, cuando Asunción vuelve de misa, comienzan las faenas domésticas. Asunción ayuda a su madre a hacer las camas, a limpiar el polvo, a cepillar las ropas de los hermanos. Lolita se resiste...

—Ya sabes que no me gustan estas cosas, mamá.

—¡Qué hija esta! Si sigues así, vas a ser una desgra-



Asunción se tira de la cama, y en cinco minutos está lista para salir de casa, caminito de la iglesia... Entre tanto, Lola no se ha movido, y al cabo de un rato le dice a su madre, que sigue gruñendo: —¡Ay, mamá, qué bien se está en la cama!

(Dibujos de Delhy Tejero)

crónica

LA MUJER VISTA POR SUS AMIGAS



TERESA.—Dos y medio. ¡Si lo vierais!... Está hermoso y redondito como un rollo de manteca. ¡Y más mono! Siguen hablando en este tono durante media hora más. Maruja es la primera que se va.

MARUJA.—Adiós, guapísimas. Que nos veamos pronto. Me gusta mucho charlar con vosotras.

TERESA.—Adiós, encanto. Y a ver cuando nos invitas a tu boda.

MARUJA.—Cuando pesque un futuro marido como el vuestro.

JUANITA.—No te olvides de mandarme las señas de tu modisto. Quiero ir tan elegante como tú...

TERESA.—¡Gracias a Dios!

JUANITA.—Creí que no se iba nunca. Yo estaba afrentada. ¡Qué vestido! ¡Cómo se atreverán a presentarse así en público!

—Por detrás enseñaba hasta la cintura y por delante...

—Hasta el ombligo. Y eso que era un traje de tarde. ¡Habrá que ver sus trajes de noche!

—Imagínatelos. De cintura para arriba, nada, y de cintura para abajo una falda muy larga y muy transparente.

—Es una...

—Dilo, dilo. Una *cocotte* honoraria.

—Claro que tiene que llamar la atención así, porque de otro modo...

—Con esa nariz...

—Y con esos ojos...

—Cada día los bizca más.

—Y tiene uno más grande que el otro.

—Y lleva las pestañas postizas.

—Si sólo fueran las pestañas...

—Y se quiere casar, la pobre. ¡Cualquiera es el héroe que carga con ella! Si fuera más joven...

—A propósito. ¿Te has fijado con qué cinismo ha dicho que tenía veinticuatro años?

—Ya, ya. ¡Qué cara!

—Debe andar por los treinta.

—Ya lo creo. Por los treinta y pico.

—Y si fuera eso sólo. Pero después del escándalo...

—¿Qué escándalo?

—¿No sabes?

(Hablan en voz muy baja.)

—¿Y será verdad?

—¡Mujer, cuando lo dicen!...

Al bajar por la escalera, Maruja se ha encontrado con Luisa.

LUISA.—¿Te marchas ya? Ahora que subía yo...

MARUJA.—Ya me he aburrido bastante.

—¿Está mal de gente hoy?

—Ni mal ni bien. Como todos los días. Es que me he encontrado arriba a Teresa y a Juanita, y no he tenido más remedio que sentarme con ellas.

—Pobrecita. Te compadezco. ¡Iban hoy tan cursis como siempre, o un poquito más?

—No tienes idea. Yo estaba sofocada. Me figuraba que nos miraban de todas las mesas. Juanita llevaba un sombrero azul con un plumero en la copa. Pero un plumero de verdad... ¡Te digo que me hubiera reído de buena gana, de no haber estado en su mesa!... Y Teresa llevaba cierto vestido rojo con unas estrellitas blancas en un costado... He oído que en la mesa de al lado decían que parecía la bandera americana.

—¿Te ha contado Teresa lo que le ha pasado con su marido?

—¿Le ha pasado algo? ¡Si ha dicho que están todavía en la luna de miel!

—¡La muy hipócrita!... ¡Si no se habla de otra cosa en Madrid!

—¿Pero qué es lo sucedido?

—Casi nada. Que se van a separar.

—¿Lo contento que se va a poner él!

—Tenía una amigueta.

—Es explicable, teniendo esa mujer. ¿Se divorciarán?

—Es lo indicado. Además él, figúrate, ¡deseándolo!

—Pues con que recuerde lo de este verano en San Sebastián...

—¿El qué?

—¿No lo sabes? Si fué la nota de la temporada. Mientras él estaba en Madrid, ella lo ponía en ridículo. Aseguran que tuvo dos amantes.

—Para un verano no está mal. ¿Y dices que está con Juanita? Dios las cría...

—¿Pero Juanita también?

—También. Lo sé de muy buena tinta. ¿Te acuerdas de aquel novio que tuvo antes de conocer a su marido? Pues con ése.

—¿Tienes novio?

—Ahora, no. ¿Y tú?

—Tampoco. Planté a Eusebio hace poco... Bueno, querida, me voy a ver a esas ridículas.

Luisa, mientras sube:

—Esta estúpida cada día está más vieja y más insoportable.

Maruja, mientras baja:

—¡La muy embustera! Como si no supiera yo que ha sido Eusebio el que la ha plantado a ella...

R. M. G.



No hay flor sin espinas

Precio del tubo:

Pesetas

2 y 3,50.

y el arañazo de éstas puede ocasionarle un daño de consideración si a tiempo no acude con un cicatrizante de confianza. Por eso debe llevar siempre consigo a excursiones y viajes un tubo de la magnífica

POMADA DE CLORÓGENO LUMEN

crónica

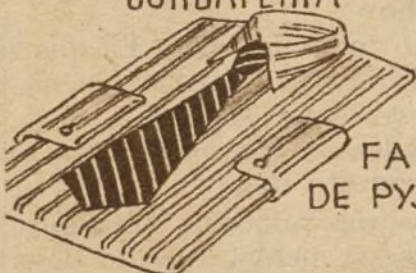
Ayuntamiento de Madrid

EL HOMBRE CHIC




BRAVE
MONTERA, 6.

CAMISERIA
"EL FENIX"
CORBATERIA



FABRICA
DE PYJAMAS

¡IMPOSIBLE MEJORAR
NUESTRO SURTIDO
Y PRECIOS!
MAYOR 27
ESQUINA.



RESTAURANT RIMBONBIN

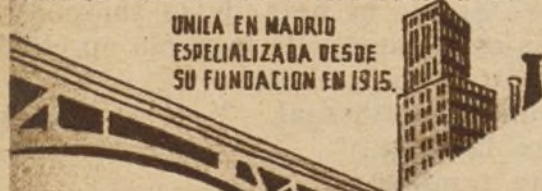
SE COME BIEN
SE BEBE BIEN
BARATO TAMBIÉN
COCINA BURGALESA
Concepción Arenal, 3 y 5
MADRID

**ACADEMIA
BUGALLO**

VENTURA DE LA VEGA 9-1º
TELÉFONO 27.203

PERITAJE-PROFESORADO-ACTUARIO MERCANTIL

UNICA EN MADRID
ESPECIALIZADA DESDE
SU FUNDACION EN 1915.



OPOSICIONES A HACIENDA
BANCOS Y POLICIAS.



CAMEL

COLONIAL RADIO EL MEJOR CIGARRILLO
DEL MUNDO

la novedad para 1934 al
aparato preferido por el
hombre «chic»

EXCLUSIVO PARA ESPAÑA:
RADIO SATURNO

Apartado 501, Barcelona.

DISTRIBUIDOR PARA MADRID Y SU PROVINCIA:

ISAAC MARTIN

Churrucá, 1. — Tel. 17825.



El más alto valor artístico
de la sastrería

PABLO FRIAS

DUQUE DE ALBA, 2

TELÉFONO 71679

MADRID

SE PEINA CON
Gumisol
FIJADOR DE ULTIMA
MODA



INTO
MADRID

FRIAS



ULLOA-ÓPTICO

CARMEN, 12.
MADRID.

Chicote



La primera Casa en España
especializada en Cock-tails.

CONDE PEÑALVER, 15
MADRID

TEL: 71679 MADRID



Calzados



LOS MEJORES

AV. PI Y MARGALL

TEL: 22395

MADRID



El hombre «chic»
y las personas decen-
tes se defienden con una
pistola



"ASTRA"

Delegación oficial:

ALCALA, 10, 3.º Teléf. 23199 MADRID

La mujer Viuda

ERA un brazo desnudo lo que la marquesa extendía sobre el embozo de la cama... y en la penumbra acaso pareciera otra extremidad: tan aterrante era, y más, aplastado por su propio peso sobre el costado de la viuda adormilada.

Aquel brazo avanzó de pronto; su mano buscó el hombro, que tenía el flexible entrelazado como una araña a un barrote dorado de la cabecera, y cuando se escucharon los dos golpes discretos en la puerta, exclamó muy suavemente la señora:

—¡Siliii...

La doncella pasó.

—¿Ha dormido bien la señora marquesa?

—Así, así, no creas... Oye, Teresa, ¿viene la esquila del señor marqués en el periódico?

—Sí, señora marquesa. Lo he oído decir en la cocina.

—¿En la cocina?... ¿Y por qué?

—Como el periódico viene por la puerta interior...

—Bueno, pues no quería saber más que eso; puedes irte...

—¡Oye! Luego me llamas, que quiero ir a comprar unas flores para ir a llevarlas al cementerio.

—Si la señora marquesa desea que se las compre

—No, no; gracias. Quiero elegir las yo misma.

—Como prefiera la señora marquesa.

Pasó una nueva hora de dulce amodorramiento, y el brazo apaisado volvió a movilizarse para que la

viuda buscara al tacto el timbre.

A la presencia de la doncellita, dijo la madama:

—Si me supieras buscar unas flores bonitas...

—Yo la prometo hacerlo lo mejor que sepa, señora marquesa.

—Gracias, Teresita. No te importe gastar lo que quieras...

—Y luego, si me hubiera dormido, me hubieras despertado; porque prefiero ir al cementerio por la mañana.

La vuelta de comprar las flores la doncella, la exultante viuda, con su bata de doce o catorce flores

de colores y muy sentada en la butaca rechoncha de su

cuarto, releía la esquila que tanto la llenaba de vanidad.

—Su viuda, la excelentísima señora marquesa

—¡Magnífico! No era más que el segundo aniversario...

—pero había esquila para rato...

—¿Quiere la señora marquesa que prepare la ropa?

—No sé, no sé... Oye, ¿qué hora es? Porque casi me

dejaba para la tarde. No sé si me va a dar ahora

esquila... ¿Si vieras, Teresa, que estoy medianilla!

—Entonces, el automóvil...

—Que venga a las doce y media. Salir, no tengo

remedio que salir, con mis primitas, las hijas de

mi hermano; pero ahora, tan temprano, no me atrevo.

—Al cementerio iré después de almorzar.

—A la tarde, la doncella iba templando y apretando

botas en zigzags que sujetaban la blanda masa de

carne. Ante el espejo, la aristocrática señora iba

reajustando difícilmente su silueta.

—Después de compras con sus primitas—las hijas de su

hermano—, almorzó frente a una de ellas, con las vi-

das de plata repujada erguidas entre las dos, y a

veces, envuelta en el humo de un cigarrillo largo,

por el sopor de la sobremesa, indolente por el

de cincuenta años de elegancia, llamó al timbre

perpetuo y dijo:

—Oye, Teresa... esta tarde, por ser la fecha que es,

es gente; es natural. No voy a tener tiempo de ir

al cementerio, seguramente. Pero como no quiero que

el día de hoy sin llevar esas flores...

—La doncella adivinó y se atrevió a interrumpir:

—¿Le digo a Juan...?

—Dile a Juan que las acerque en un momento.

—¿Dinero para un taxi, ¿verdad?

—Pero si puede ir en tranvía, señora marquesa...

—Nada, nada: que vaya en un taxi. Y tú le explicas

al sitio donde descansa mi pobre marido que en

este momento está; pero explicaselo con cuidado, ¿me

comprendes? porque el pobre es tan borregote...

—Poco bien, señora marquesa.

—Poco rato, Juan, apareciendo por la puerta con

unas recostadas en su brazo:

—¿Hay que llevar alguna tarjeta, señora marquesa?

—Sí, claro, tenía que pasar. Ya me lo estaba viendo



ANTONIO ROBLES



Revista literaria NOVELAS Y CUENTOS

ACABA DE PONER A LA VENTA POR

“LA SIRENA NEGRA”

OBRA QUE CONSTITUYE UN TRIUNFO SOLIDO
Y RESONANTE DE LA INSIGNE NOVELISTA

CONDESA DE PARDO BAZAN

30
cts.

Revista Literaria NOVELAS Y CUENTOS
es algo insuperable, porque ofrece a 30
céntimos las obras maestras de la litera-
tura mundial

NUMERO Y TITULO DE LA OBRA	AUTOR
1. Un asunto tenebroso.....	H. de Balzac.
2. Avatar (El secreto del mago).....	T. Gautier.
12. Historia de un quinto de 1813.....	E. Chatrian.
14. La isla del tesoro.....	Stevenson.
16. El maestro de escuela.....	F. Soullé.
19. Historia de mi vida.....	A. Chejov.
20. Maruja (La maldición de Koorotora).....	Bret Harte.
21. La señorita de Marsán.....	C. Nodier.
29. El viudo Lovel.....	Thackeray.
31. La nariz de un notario.....	E. About.
33. Un héroe de nuestro tiempo.....	Lermontov.
35. La hechizada.....	B. d'Aureville.
36. Mimi Pinson (Juventud y bohemia).....	A. de Musset.
37. El sueño de Makar.....	V. Korolenko.
38. La mano encantada.....	G. de Nerval.
39. El bello marqués de Letorière.....	Eugenio Sué.
43. Una conspiración en el Louvre.....	J. Mery.
44. El violín de Cremona.....	Hoffmann.
45. La señorita Mala Sombra.....	A. Theuriot.
52. El hombre sin sombra.....	Umanisso.
54. El desafío.....	A. Kuprin.
56. El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.....	Stevenson.
58. El bandido de Londres.....	Ainsworth.
59. Juan de la Roca (La fatalidad vencida).....	Jorge Sand.
60. La semana (Tragedias bolcheviques).....	Lebedinski.
61. La última cigüeña.....	F. Urapayen.
62. El amo del desierto.....	G. Hauff.
63. Tartarin en los Alpes.....	A. Daudet.
65. Colomba (Venganza corsa).....	P. Mérimée.
66. Pobre gente.....	Dostoevski.
67. Las tribulaciones de Tilon Illich.....	I. Bunin.
68. Bartek el Victorioso.....	Sienkiewicz.
69. El vicario de Wakefield.....	O. Goldsmith.
70. La reina de los lagos.....	Mayne Reid.
71. El erano negro.....	Walter Scott.
72. La fábrica de crimenes.....	Paul Feval.
73. La señorita de la Selglière.....	Sandeau.
74. El torero Caracho.....	G. de la Serna.
75. Un corazón sencillito.....	G. Flaubert.
76. Aventuras de Arturo Gordon Pym.....	E. A. Poe.
77. Escenas de la vida bohemia.....	H. Murguier.
78. La tetra escalariata.....	Hawthorne.
79. Cressy, o La niña de los placeres de oro.....	Bret Harte.
80. Ojo de Halcón.....	F. Cooper.
81. El cura de Tours.....	H. de Balzac.
82. El hombre del perro negro.....	P. du Terrail.
83. El secreto del baúl rojo.....	M. Boué.
85. Trilby o El duendecillo de Argail.....	C. Nodier.
86. Mis prisiones.....	S. Pellico.
87. Regina.....	Lamartine.
88. La novela de una momia.....	T. Gautier.
89. El amigo Fritz.....	E. Chatrian.
92. Diario de una mujer.....	O. Feuillet.
93. El perro endemoniado.....	Cap. Marryat.
94. Atala o Los amores de dos salvajes.....	Chateaubriand.
95. Oubrovsky el bandido.....	Puchkin.
96. Zadig o El destino.....	Voltaire.
97. Cristianos y moriscos.....	Estébanez.
98. El Diamante Luna.....	W. Collins.
99. El caballero Mauprat.....	Jorge Sand.
100. Los novios.....	A. Manzoni.
102. El diario de Satanás.....	Andreiev.
103. Nochebuena.....	N. Gogol.
104. Stello, o Los diablos azules.....	A. de Vigny.
105. La procesión de los días.....	W. F. Flórez.
106. El hombre invisible.....	Wells.
107. El marido de plata.....	Stendhal.
108. El asesinato del fuerte Medbury.....	Limnelius.
109. Leyendas de la Alhambra.....	W. Irving.
110. Zalacain el aventurero.....	Pio Baroja.
112. Radiante, o El joven irresistible.....	A. Robert.
113. El pobrecito hablador.....	Larra.
114. La muerte de un tío vivo.....	Stevenson.
115. Don Juan.....	Azorin.
116. El rey de las montañas.....	E. About.
117. El lazarrillo de Tormes.....	Anónimo.
118. La pista del ahorcado.....	C. Branco.
119. El cabecilla Destuches.....	W. Collins.
120. Luz de domingo y La caída de los Li- mones.....	B. d'Aureville.
121. Un muerto en el umbral.....	R. P. de Ayala.
122. La derrota de los pedantes.....	M. Kennedy.
123. Las aventuras de Tom Sawyer.....	Moratin.
124. Azul.....	Mark Twain.
	Rubén Darío.

NUMERO Y TITULO DE LA OBRA	AUTOR
125. Kolstomero.....	L. Tolstoi.
126. El paje de Luis XIV.....	P. du Terrail.
127. Tarás Bulba.....	N. Gogol.
128. Una colonia sobre un volcán.....	F. Cooper.
129. El camino de Varennes.....	A. Dumas.
130. Un veterano.....	R. Molina.
131. La primavera de la vida.....	N. Garin.
132. Los hermanos Carvajales.....	T. de Trueba.
133. Tres mujeres.....	F. Canella.
134. Los cazadores de ballenas.....	Mayne Reid.
135. Vidas difícilmente ejemplares.....	F. Urapayen.
136. El ilustre hechicero.....	C. Gobineau.
137. Tarrano el Conquistador.....	R. Cummings.
138. El fin trágico del último zar.....	J. Poncela.
139. Amor se escribe sin hache.....	Oscar Wilde.
140. El fantasma de Canterbury.....	P. de Répide.
141. Los cohetes de la verbena.....	J. W. Goethe.
142. La serpiente verde.....	A. Heroullano.
143. Arras por fuera de España.....	F. Heller.
144. Vida y hazañas del señor Collin.....	Anónimo.
145. Aladino, o La lámpara maravillosa.....	F. Camba.
146. La sirena rubia.....	Paul Feval.
147. Odios de raza.....	Molière.
148. Don Juan, o El convidado de piedra.....	Eugenio Noel.
149. Las capeas.....	A. Chejov.
150. Un crimen.....	Williamson.
151. Mi amigo el chofer.....	I. Turgueniev.
152. Humo.....	P. Mérimée.
153. Las brujas españolas.....	H. Fógolo.
154. Últimas cartas de Jacobo Ortiz.....	C. Dickens.
155. Canción de Navidad.....	J. Francés.
156. La danza del corazón.....	Valle-Inclán.
157. Sonata de Primavera.....	H. de Balzac.
158. Lirio del Valle.....	Cervantes.
159. La Gitanilla.....	Mrs. Gaskell.
160. Mi prima Filis.....	Eugenio Sué.
161. “La Salamandra”.....	F. Caballero.
162. Tres almas de Dios.....	Stendhal.
163. La abadesa de Castro.....	Dicenta (Hijo).
164. Héroes.....	Juan Verga.
165. Caballería rusticana.....	W. Irving.
166. La aventura del albañil.....	W. F. Flórez.
167. Los que no fuimos a la guerra.....	Hata Purah.
168. La babucha del Profeta.....	Espronceda.
169. El estudiante de Salamanca.....	Ega de Queiroz.
170. El mandarin.....	F. Iscar Peyra.
171. Sabel, la buena esposa.....	Mayne Reid.
172. La Montaña Perdida.....	C. de la Barca.
173. El alcalde de Zalamea.....	A. de Musset.
174. El hijo del Tiziano.....	F. Camba.
175. El amigo Chirel.....	Mark Twain.
176. Sherlock Holmes, derrotado.....	Lope de Vega.
177. Las fortunas de Diana.....	A. Dumas.
178. El arca de plata.....	Alberto Insúa.
179. Las flechas del amor.....	N. Garin.
180. Los estudiantes.....	E. Braddon.
181. La mujer de los dos maridos.....	A. Theuriot.
182. El Don Juan de Vireloup.....	Hoffmann.
183. La señorita de Scuderi.....	Luis Amado.
184. Un error judicial.....	Aimard.
185. Los bisontes blancos.....	A. Houssaye.
186. Trágica aventura de baile de máscaras.....	J. M. Braña.
187. El espejo cóncavo.....	Tu gueniev.
188. Anuchka, la joven rebelde.....	M. Olmedilla.
189. Los hijos.....	E. Gaboriau.
190. Los amores de una envenenadora.....	J. de la Cuadra.
191. La vuelta de la locura.....	T. Gautier.
192. La maja y el torero.....	Pajares.
193. El conquistador de los Trópicos.....	Tolstoi.
194. La Sonata a Kreutzer.....	Estébanez.
195. Don Opando o Unas elecciones.....	W. Collins.
196. El secreto de miss Clara.....	M. Gorki.
197. Varenka Olesova (Un amor trágico).....	Bret Harte.
198. El Monte del Diablo.....	Remarque.
199. Sin novedad en el frente.....	Sienkiewicz.
200. Liliana, (A través de las estepas).....	Dostoevski.
201. La mujer de otro.....	Maquiavelo.
202. El archidiablo Belfegor.....	E. Carrère.
203. La Torre de los Siete Jorobados.....	P. Mérimée.
204. Doble error.....	Alfonso Karr.
205. Las mujeres todavía.....	L. Andreiev.
206. Los siete ahorcados de Jaca.....	C. de Burgos.
207. Los endemoniados de Jaca.....	V. Sardo.
208. La perla negra.....	Palacio Valdés.
209. El idilio de un enfermo.....	Turgueniev.
210. La aventura del teniente Yergunof.....	M. Twain.
211. La herencia del tío.....	C. Dickens.
212. Oliverio Twist.....	Hoffmann.
213. El rey de los ratones.....	Tolstoi.
214. Voz de ultratumba.....	P. Benoit.
215. La Atlantida.....	Cervantes.
216. El casamiento engañoso.....	E. Chatrian.
217. Los veteranos del Imperio.....	Stevenson.
218. El Club de los Suicidas.....	F. Camba.
219. Cárcel de seda.....	

NUMERO Y TITULO DE LA OBRA	AUTOR
220. La venganza del muerto.....	A. Houssaye.
221. El marqués de Villemere.....	Jorge Sand.
222. Los bandoleros de Nueva España.....	Mayne Reid.
223. El brazalet de rubies.....	A. Kuprin.
224. La marquesa de O.....	E. Kleist.
225. Relato inmoral.....	W. F. Flórez.
226. “Jettatura” (El mal de ojo).....	T. Gautier.
227. Macbeth.....	Shakespeare.
228. Los caballeros las prefieren rubias.....	Anita Loos.
229. Intrigas diplomáticas.....	Berndorff.
230. Los mejores cuentos.....	Boccaccio.
231. Manicomio.....	A. H. Catá.
232. Deuda aplazada.....	C. S. Forester.
233. La casita solitaria.....	A. S. Pushkin.
234. La reina sin nombre.....	Hartzenbush.
235. Un drama de amor.....	A. Dumas.
236. El muerto y su adulterio.....	Antonio Robles.
237. La cortina escarlata.....	D'Aureville.
238. La novela de un camarero.....	I. Chmelof.
239. Brujas, la Muerta.....	G. Rodenbach.
240. Simón Verde.....	F. Caballero.
241. La venus mecánica.....	J. Díaz Fdez.
242. La voz del muerto.....	Edgar Poe.
243. Buscar tres pies al gato.....	Alfonso Karr.
244. Un nihilista.....	Turgueniev.
245. Memorias de un suicida.....	J. Belda.
246. El jefe indio.....	F. Cooper.
247. Cartas de Fadrique Mendes.....	E. de Quelen.
248. El pescador y su alma.....	Oscar Wilde.
249. La viuda.....	O. Feuillet.
250. Cuatro de Infantería.....	Johannsen.
251. Una historia vulgar.....	I. Gontcharov.
252. El fantasma gris.....	Bret Harte.
253. El abuelo Lebigre.....	E. Chatrian.
254. Historias de aparecidos.....	W. Irving.
255. El seductor.....	Zamacois.
256. Los buscadores de oro.....	G. Aimard.
257. Las cuatro hermanas.....	F. Soullé.
258. Sonata de Otoño.....	Valle-Inclán.
259. Asesinada en la jaula de oro.....	S. Spawack.
260. La venganza de una hija.....	P. Feval.
261. El salvaje.....	S. Rueda.
262. Genio y Figura.....	Juan Valera.
263. La señorita Lucifer.....	X. de Montm.
264. Un idilio campestre.....	B. Auerbach.
265. El prisionero de Zenda.....	A. Hope.
266. Confusión.....	Hugo Comar.
267. La protección de un sastre.....	M. Santolá.
268. Un almuerzo en Sousceyrac.....	P. Benoit.
269. La charca del diablo.....	J. Sand.
270. La sirena negra.....	E. P. Bazan.
271. La muerte viva.....	W. Collins.
272. La novela de un capuchino.....	E. Murguer.
273. Los seis perseguidos por el muerto.....	C. Raymond.

Revista Literaria NOVELAS Y CUENTOS se ha
a la venta en el
Apartado 911.—MADRID

Don, calle de,
en, provincia de,
número, recibir las obras que señala con una X en la
adjunta (1).
..... ejemplares al precio de 30 céntimos. (Pa-
tas en junto.)

que (2) } pagaré mediante reembolso (3).
adjunto en sellos de Correos españo-
envío por giro postal.

(1) Hágase la X al lado de los números de
obras que se soliciten.
(2) Táchense las formas de pedido o pago
no se utilicen.
(3) De esta forma únicamente serviremos los
didos de España, y agregando los gastos que origina
el envío si el pedido no alcanza la suma de 10 pesetas.
Cronica

modistillas de verdad..., ésas tienen bastante con el Jurado mixto de Uso y Vestido y su correspondiente indicato.

De todos modos, la modistilla madrileña es una de las obreras más simpáticas.

—¿Cuánto gana usted?—he preguntado a una, hace días.

—Pa echar coche. ¿No ve usted el *petigris* que llevo? Efectivamente, no es de pieles precisamente su grigo. Pero, sin embargo, es sencillo y elegante. Lo que haya obreras en el mundo tan sencillamente elegantes como nuestras modistillas. Con cuatro pesetas gordas se saben amañar los más sobrios trajes y los zapatos más provocativos. ¡Ahí va una modista! anda como una llama, y entre el bajo de la falda y el plumbrón de los zapatos pendulean, con guiños de puericia, las pantorrillas más bonitas del mundo. ¡De la sola! ¡Ni un solo piropo! ¡Va en busca de su novio, el estudiante? ¡Hay en su corazón un problema sentimental que se traduce en ese hociquito enfurruñado y desdenoso? ¡Nada de eso, señores! La modistilla madrileña, pájaro de la calle, sonrisa de la primavera y poema envuelto en un mantoncillo de crespa, va al Jurado mixto a reclamar quince días de sueldo.

En cuanto a su novio, está hablando de política en el bar.

Las enfermeras.

No se sabe por qué, pero una enfermera inspira siempre simpatía. Y no me refiero a esas señoritas filibusteras que se retratan con un uniforme en las portadas de los periódicos, sino a esas otras, obscuras y abnegadas, que comparten con el médico la sanación de curar a los enfermos.

Enfermeras, lo que se llama propiamente enfermeras, no ha habido en España hasta el advenimiento de la República. Se trataba antes de una profesión con una o menos base científica, pero en la que el Estado daba un papel nulo o rudimentario. Hoy hay un cuerpo de enfermeras del Estado en el que se ingresan por unos cursos de preparación profesional y en el que los sueldos son, si no brillantes, sí lo suficientemente buenos para permitir a quien los disfruta una vida honesta y decorosa.

Para obtener el título de enfermera e ingresar en el correspondiente escalafón es necesario seguir tres años en la Cruz Roja, en el Instituto Rubio, etc., etc., demostrar durante ellos que se tienen los conocimientos suficientes para llevar con dignidad la responsabilidad del cargo. Además, es preciso practicar durante seis meses en la Facultad de Medicina.

Con esta preparación, no cabe duda, se consigue un cuerpo de enfermeras que puede competir en cualquier momento con los mejores de Europa.

La secretaria.

Consuelo trabaja. Sus cabellos caen sobre el *block*, amarillados. La luz metálica de la lámpara se filtra por los bordes de ellos, y forma sobre el papel una oscura mancha. El lápiz se detiene en un cero, en la última arrojadilla de un 2 o en la conjunción sinusoidal de un 8. Consuelo trabaja. Es la secretaria del gerente.

Los grandes libros de contabilidad; las solemnes escalas de espera, donde está bien caminar sobre las puntas de los zapatos; los ruidos enérgicos de los relojes; la estereotipia de las cartas, en donde todo se acaba de una manera prevista, la conocen como algo tan imprescindible, que, de faltar, romperían inevitablemente la cómoda continuidad de la capacidad? Consuelo es como la caja de caudales de los secretos de la Empresa. Sabe dónde está en cualquier momento el papel más trasnochado que remite su jefe, y al teléfono hilvana con su mejor sonante esa frase amable que todos conocemos como una negativa:

—El señor gerente no está en este momento. Cuando venga y despache con él, le haré ver la justicia de sus pretensiones, y después se lo diré a usted. Vuelva mañana dentro de dos horas. Nadie redacta como las negativas amables y utiliza los tópicos con tanta precisión. Hasta sabe evitar los gerundios, que son a expediente, a Juzgado y a folletín.

Consuelo llega a la oficina unos minutos antes que el señor gerente. Sabe exactamente las cartas que pueden salir y las que debe escamotear. La secretaria tiene un espíritu complicado y sutil. Dotes de detective americano para adivinar las preocupaciones del jefe y darle siempre la respuesta adecuada. Es la persona a quien el gerente puede decir:

—Ay, Consuelo; mi casa es insostenible! Si llamara a la señorita Gloria...

Consuelo conoce cómo tiene que genuflexionar su cuerpo cuando, aun para la señorita Gloria, el gerente quiere salir.



LA ENFERMERA

LA SECRETARIA

LA MUJER ELEGANTE

... distingue como
las mejores las me-
dias del

**Arca de las
Medias**

Plaza de SAN ILDEFONSO, 1 y 2
Teléfono 94421
Madrid

... prefiere los sombreros de
LAHORRA

Fuencarral, 22

LA JOYERIA ARTISTICA

es la Casa preferida por toda señora de buen
gusto para adquirir sus joyas y relojes Longines
con brillantes.

Carrera de San Jerónimo, 2
(Esquina a Victoria) MADRID

Compra
su bolsillo en
SANCHEZ SIERRA
Fuencarral, 46

Asegura su be-
lleza en el Ins-
tituto de Ciru-
gia Estética

ICER

Rodríguez San
Pedro, 64

... va a tomar el
Té a

**GARIBAY
TEA ROOM**

Av. Conde Peñalver, 15

... lleva guantes de fina
factura, de la Casa

LUQUE

Espoz y Mina, 3
San Sebastián, 2
Teléfonos 23287 y 19708
MADRID

CASA ALTISENT
PELIGROS 14.

SEÑORA CABALLERO
En estos escaparates hallará
los artículos de su gusto.

Arregla su cabeza en la
Peluquería SALVADOR

Peligros, 10, entr. izq.
Teléfono 18684 MADRID

ADQUIERE SUS
PERFUMES EN
PEELE
MARCA
SELECTA
EN PERFUMES
Y PRODUCTOS
DE
BELLEZA
PI Y MARGALL, 9
FUENCARRAL, 4
TEL. 16747

... el peinecillo que adorna la cabeza a
tono con sus cabellos

R O A

Montera, 45 Teléf. 16890 Madrid

Compra sus Vestidos, Piele
y Estampados en

Almacenes LA GLORIA
Nueva Dirección. Cambio
de dueño. Modelos de París
a precios reducidos.

Plaza de Santa Cruz, 3 Teléf. 16196

... pulimenta su
dentadura con
la crema dentífrica

DON JUAN

Perfumería NOSYP
MADRID

SECALZA EN
COSIDO GOOD YEAR
SEGARRA
VALLE DE UJO
MARCA REGISTRADA

AVD. PI Y MARGALL, 17
TELÉFONO 22395



La mujer "cock-tail", o un "cock-tail" de mujeres.

Dibujo de Federico Ribas.-- Texto de Antoniorrobles.

RECUERDO el bar en que entré a tomar unos *cock-tails*, aunque no recuerde bien de qué bar fué del que salí. Inmediatamente evoco luego las muchachas que en él se mezclaban; era el lugar un *cock-tail* de mujeres, con ojos azules, cabellos negros, labios en insinuaciones, miradas oscuras, peinados de piernas de maravilla, risas, joyas...

Al día siguiente, como un paladar sereno que descompusiese en el recuerdo los componentes de la mixtura, surgieron en mi imaginación algunas de las chicas que formaban el *cock-tail* que se sorbiera mi mirada.

Una era morena. El *cock-tail* de su faz llevaba gotas de Africa, de Granada, de Rumanía... Tenía una embriaguez solitaria: de vino y de amor. Estaba enamorada de un piloto todo juventud y optimismo, que

echaba el humo al aire entre carcajadas, dos mesas más allá.

De pronto, el aviador llamó al camarero. El camarero del aire quería otro *cock-tail*.

Entonces se levantó la embriagada *peripatética*. Fumaba nerviosa su cigarrillo de una cuarta... Y se llegó hasta la barra y dijo al barman:

—Escucha una cosa, Chicote: ¿qué pones en el *cock-tail* de ese chico?

—Granadina, *chartreuse*, gin, vermut...

—Pues le vas a poner, además, unas gotas... unas gotas... de lágrimas mías; que quiero que de pronto note que me tiene dentro... Y si no, ahora verás.

Se desabrochó el imperdible de brillantes, se pinchó sin un solo gesto la yema del dedo, y estaba empeñada en añadir al *cock-tail* la gota de sangre.

El barman se reía del poema..., y la romántica se hundió de nuevo en el diván, con dos lágrimas sere-

crónica

Ayuntamiento de Madrid

nas, de esas que se lloran en el primer plano del cine. Otra de aquellas muchachas era rubia: mixtura del Tamesis, de Vigo, de Holanda, de Hollywood...

—Estoy mareadillo—la había yo dicho.
—Pues que te haga Chicote el cock-tail del mareo. ¡No sabes que lo hace? ¡Oh, tiene fórmulas para todo! Hay uno que me quita el dolor de cabeza; otro que me recuerda París, cuando quiero evocar aquellos días... Otro cock-tail hay que me remueve las cenizas de mis amores con Manolo Casamarina, antes de casarse... Y me ponen otro, que lo suelo pedir cuando he tomado algunos ya y estoy triste..., que me hace pensar en mi hijo: en mi hijito, que vive con su abuela allá, en mi tierra... ¡Ea, ahora mismo voy a pedir uno! Comprendí todo: el cock-tail de cada recuerdo llegaba un poquito detrás de la evocación misma.

También recuerdo que pude hablar con una chiquilla menuda, que tenía los ojos de uva y en el peinado dos o tres caracoles de chulín estilizado. Chamberí, el Barrio Latino y Nápoles componían el cock-tail de su cara y de sus movimientos.

—¡Qué gran éxito tienes, chavala! Todos son para ti...

De pie, frente a mi mesa, se curvó para decirme sus picardías al oído:

—Mira: mi corazón es una cotelera. Me ama el marqués, que ayer mismo me ha regalado un estu-
pendo renard; Juanito, el diputado, anda medio loco por mí, y me manda todos los días flores y bombones con sorpresa; de don Tomás, el de los almacenes, ya lo sabes: el auto me lo regaló él... Pero todos esos amores los cojo yo por gotas, los agito en la cotelera de mi corazón, que también sabe agitarse..., ¡y me-
nudos cock-tails le preparo a mi Pepe el Colores!, que, por cierto, supongo que me esperará luego ahí fuera; porque ayer me faltó, el muy granuja...

A. R



¡PECHOS FUERTES!...

Se consiguen utilizando las propiedades del agua natural por medio del aparato hidroterápico **THAIS**. Rápidamente se nota la consistencia progresiva de las glándulas hasta adquirir una dureza absoluta. El vigor de los pechos en la mujer es base de una perfecta salud.

Pida folleto, adjuntando sello correo 0,50, a
INSTITUTO ORTOPÉDICO, SABATÉ
Cirujanos-Ortopédicos **BARCELONA**
Canuda, 7

Smith Premier Portables Standard y Silenciosas



**LA MARCA DE CALIDAD
A PRECIOS REDUCIDOS**

Grandes facilidades de adquisición

A. PERIQUET Y C.^{IA}

Piamonte, 23
Teléf. 34285

MADRID

C. de Gracia, 10
Teléf. 24029

ESTETICA Correcciones nariz, arrugas, cicatrices, reducción pechos y vientres, etc. Depilación radical. **OBESIDAD**, tratamiento científico, inofensivo, sin régimen ni ejercicios.

**PRECIOS MODICOS
TOLEDO, 46 :: CLÍNICA: 12 a 2**

LA REGLA suspendida volverá rápidamente y sin peligro con

PERLAS FEMI. De venta: Dr. Andreu, Segalá y Farmacias. Se manda reserv. certificado enviando pesetas 14,50 al concesionario BASTARD, calle Pablo Iglesias, 13, BARCELONA.

KURLASH
CURLS LASHES INSTANTLY



Oh, si; tenía esos mismos ojos pero nunca se cuenta de su verdadera belleza hasta que queda velada por el KURLASH. Cualquiera puede usarlo. No se necesita ni habilidad, ni calor ni químicos. Una ligera presión y las pestañas quedan onduladas al instante, y en seguida los ojos lucen más grandes y atraentes. Brillan misteriosamente y encantadores. Empiece empleando KURLASH hoy mismo.

Otros productos KURLASH
KURLINE LASHPAC SHADETTE LASH
TWEEZETTE.

S. A. de Representaciones & Comercio
Angeles, 18
Sírvense remitir el folleto "Ojos fascinadores de obtenerlos".

Nombre
Calle
Población



¿QUÉ OS RESERVA EL PORVENIR?

NO DEBE IGNORAR SU DESTINO Y SIGUIENDO FRACASANDO EN TODOS SUS ASUNTOS

MADAME PERES.

Prof. de Psicología, con sus nuevos métodos científicos, le dará el camino que debe seguir para lograr todos sus deseos y vencer todas las dificultades, por difíciles que le parezcan. Muchos años de estudios y desvelos me han puesto en condiciones de ayudarle en amores, amistades, casamientos, negocios, lotería, herencias, etc. Una sola consulta y se convencerá.
(Nada contra la religión y la moral.)

Consulta todos los días, San Bernardo, 67, pral.
y festivos, de 9 a 21.

PARA EL VELLO USE SOLO

JOVINCELA



PTAS. FRASCO
FABRICANTE I. BELLVÉ
APARTADO 808 BARCELONA



URINARIAS

(AMBOS SEXOS)

Sin lavajes, inyecciones ni otras molestias, y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de la blenorragia, gonorrea (gota militar), cistitis, prostatitis, leucorrea (flujos blancos de las señoras) y demás enfermedades de las vías urinarias, en ambos sexos, por antiguas y rebeldes que sean, tomando, durante unas semanas, cuatro o cinco CACHETS COLLAZO por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pidan folletos gratis a A. García. Alcalá, 85. Madrid. Precio: 17 pesetas.

LO MÁS EFICAZ,
CÓMODO, RÁPIDO,
RESERVADO
Y ECONÓMICO

¿Por qué paga Vd. sus trajes al contado cuando SASTRERIA J. A. F. se los proporcionará a largo y discreto plazo por el mismo precio?

Trayendo el género :- Hechuras, 50 ptas.
Sastrería J. A. F.

MADRID: Preciados, 33, tel. 26193. - BARCELONA: Ronda Universidad, 17, teléf. 13569, 12426 y 13845. - ZARAGOZA: Coso, 81, 2.º

VELLUDAS

EXTIRPADOR DOCTOR BERENGUER. Para el tratamiento inofensivo, garantizado, contra el pelo y vello. En nuestro gabinete o por vosotras mismas. Gasto para siempre, 15 pesetas. Por correo, a reembolso, 16 pesetas. R. Berenguer. San Andrés, 29, 2.º, Madrid, y en todas las perfumerías, droguerías, farmacias y centros. Folletos gratis.

¡SEÑORAS!

¡SENSACIONAL APARICION!

EL SOSTEN PATENTADO

LEDA

SU ESBELTEZ,
SU ELEGANCIA,
SU COMODIDAD,
SU VARIEDAD DE PRECIOS
le hacen destacar con enorme éxito entre sus similares.

Vea el dibujo adjunto y comprenderá que, además de todas esas ventajas, despreocupa a usted definitivamente en el uso de los trajes de "soirée", y muy especialmente en la "toilette" de baño.



Examinelos y pida prospecto de propaganda en establecimientos siguientes:

LA VILLA DE PARIS.-Atocha, número 67.
OSTOLAZA.-Carrera San Jerónimo, 29.
BARGUEÑO.-Barquillo, 8.
SEDERIAS DE LYON.-Carrera San Jerónimo, 36.
DOLLY.-Miguel Moya, 6.
BARANDA.-Puerta del Sol, 2.
EL ARCA DE LAS MARIAS.-Plaza San Ildefonso, 31.
LUCIA.-Goya, 31.
CLOTILDE LEBLANC.-Plaza del Callao, número 36.
FEMINE.-Plaza del Callao, 36.
CAPRICHOS DE PARIS.-Carrera San Jerónimo, 36.
LYON.-Montera, 4.

PEDIDOS Y CORRESPONDENCIA A:
J. HAZA.-Apartado 911.-MADRID
SE NECESITAN REPRESENTANTES PARA PROVINCIAS



crónica

Ayuntamiento de Madrid

NUNCA
vi
TAN
BELLO
nunca se
que qued
puede usar
ni calor m
estaños q
los ojos
illan mister
emplead
URLASH
DETTE LAS
& Comercio
Bor
fascinador



Manassé

La mujer enferma.

Fotografía
de arte,
por Manassé.

La mujer enferma!... Ya nos enseñaban en los pasados tiempos de estudiante que en el ejercicio de nuestra profesión médica no olvidáramos nunca el juramento de Hipócrates, afirmativo de que «por el honor de la mujer es lo que es», y el apotegma de Baglivio: «la mujer siempre hay que sospechar algo de ella».

Y, ¡ay!, lejanos tiempos en que en el congreso médico no había que preguntar a la mujer sometida a nuestros cuidados si fumaba, bebía o abusaba del ejercicio muscular... Pero es el caso que la mujer enferma a mi no me ha parecido nunca mujer. De modo, para hablar algo del tema impuesto tendremos que recurrir a los autores de nuestro Siglo de Oro, y como cosa de comedia, podremos apuntar algo de los muchos achaques de la mujer, nuestro siglo, futura, incógnita o conocida.

El dato curioso y digno de ser tenido en cuenta la es la afirmación con que nuestros autores buscaban pruebas para sus afirmaciones y robustecían sus argumentos con ejemplos sacados de la Medicina, aducidos con una menor seriedad, casi siempre con menos, pero con oportunidad y gracejo indiscutibles. En la mayoría de los casos con referencia a los males de amor, entonces la ironía llegaba a los límites de la causa.

pero aun corrientemente, y por personajes de escasa instrucción, se emplean comparaciones médicas, como ocurre en *La Estrella de Sevilla*, escena VII del primer acto:

CLARINDO. (Aparte a Matilde.)
¡Ay, hermosa muleta
de mi amante desmayo!

MATILDE. ¡Ay, hermoso lacayo,
que al son de la almohaza eres poeta!

CLARINDO. ¡Ay, mi dicha!

MATILDE. ¡Ay, dichoso!

CLARINDO. No tiene tantos ayes un leproso.

Y así se califica como la más terrible enfermedad ese fuego devorador sin esperanza y sin remedio que se llama lepra.

En esta obra cumbre de Lope de Vega no se dice nada más referente a Medicina, si bien es verdad que casi todos los personajes de ella están bastante locos.

Pero en *El hombre de bien*, del mismo autor, la villana Belarda, para ponderar su amor al lacayo Gabino, después de otras comparaciones, termina diciéndole en la escena V del acto primero:

.....
Porque tú eres para mí
lo que es el agua a la tierra,
lo que es a la tierra el hombre;
al hombre, huesos y venas;
lo que a las venas, la sangre;
a la sangre, las arterias;
a ellas, el corazón;
a él, las alas y telas;
a las alas, aquel aire;
al aire que sale y entra,
el de fuera que respira,
al que respira su esfera;
a las esferas, el móvil;
al móvil, su inteligencia.

Una verdadera lección de Anatomía, con gotas de Fisiología de la época.

En *El domine Lucas* dice Lucrecia a Floriano, en la escena XVII del acto primero:

O tú mi esposo serás,
o tú me verás morir.
Mi padre quiere curarte,
siendo tú el médico mío,
porque de mi desvarío
eres medicina y parte.

Aquí está la mujer decidida a todo, y efectivamente se sale con su gusto.

La discreta enamorada, comedia en que la mujer hace de médico, apreciando síntomas y recetando, en la escena XI del acto primero:

GERARDA. (A Lucindo.)
Lléguese; hablemos de veras.
¿De qué se finge valiente,
si está, de verme, temblando?
Muestre el pulso. ¿A ver la frente?
¡Jesús, que se está abrasando!
¡Qué temerario accidente!
¡Hola! Lleva a aquel celoso
dos tragos de agua de azahar.

También pinta Lope de Vega en *Los melindres de Belisa*, y de mano maestra, como es propio del *Fénix de los Ingenios*, a una damita aprensiva, en la escena II del acto primero:

Este pulso, esta frente
mira; estoy para morir.
¡Qué terrible calentura!

La proponen para marido un médico en la escena IV, y dice:

¡Lindo!
Con médico siempre en casa,
pensaré que estoy enferma.
Frio me da de cuartanas.
Tiemblo... Ti, ti, ti... ¡Jesús!
¡Hola! Llévame a la cama.

ESCENA VII DEL ACTO II

Abreme, Flora, esa cama;
ve presto; llama al barbero;
sángreme luego; hoy me muero.
¡Hola! Al físico me llama.

Más se podría espigar; pero con lo dicho basta para dejar bien definido el carácter de la melindrosa aprensiva.

En la lindísima comedia de Calderón *Casa con dos puertas mala es de guardar*, dice Marcela en la escena II de la segunda jornada, haciendo una bella comparación de fisiología práctica:

Es como el que desvelado
se quiere dormir por fuerza,
que llamando al sueño, es
el sueño quien le despierta.

«Gustos y disgustos son—no más que imaginación».
En la escena X de la primera jornada hace una comparación física, tan oportuna como verdadera, Violante cuando dice:

Lo que embarazar podía
a mi ciega voluntad,
que era aquella enemistad
que entre nuestra sangre había,
fué medio desde aquel día
que facilitó el favor;
porque como es rayo amor,
para mostrar su violencia,
en la mayor resistencia
hace el efecto mayor.

En la escena XII de la jornada segunda entre la Reina y Elvira, dice ésta:

Tus temores y sospechas
esos recelos te dan;
trata, pues, de divertir
tus sentimientos.

REINA. No fueran
sentimientos si pudieran
divertirse.

ELVIRA. Yo oí decir
un día, señora, que era
enfermedad el pesar;
luego débese curar.

REINA. Dí cómo.

ELVIRA. De esta manera:
no quedándote jamás
sola contigo, porque
la soledad siempre fué



Lysocform

MILLONES DE MUJERES
usan LYSOFORM en sus lavados habituales de higiene íntima (solución al 1 por 100), asegurando así su salud, bienestar y atractivo. Desodorante y antisudoral. Beneficioso para la piel. Cura y cicatriza granos, llagas, herpes, heridas, etc.

ADEMÁS: ELIXIR DENTIFRICO mentolado LYSOFORM, delicioso antiséptico de la boca y contra fetidez de aliento.

JABON PERFUMADO para cutis sensible e higiene infantil.



lo que al triste aflige más.
Mil damas tienes, señora,
tan discretas como bellas;
habla y conversa con ellas,
pues tu mal ninguna ignora.
Ten música; haz algún juego
que te entretenga, y, en fin,
baja, señora, al jardín,
academia del dios ciego,
donde entre fuentes y flores
divertirás tu dolor,
que es enfermedad amor
que se cura oyendo amores.

«ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO».—«DON LUCAS DEL CIGARRAL»

En la escena II del acto 1.º, describiendo a doña Isabel los caracteres de su futura familia, dice Cabellera, hablando de Doña Alfonsa:

Y le dió de corazón
un mal con tan grave aprieto,
que entre siete no pudimos
abrirle siquiera un dedo;
pero son cosas fingidas,
como yo criado vuestro.

En la escena XI de la segunda jornada, un disgusto de celos hace que Doña Alfonsa sufra el mal de corazón, cierto o fingido:

ALFONSA. ¡Válgame el cielo! (Se desmaya.)
CABELLERA. Dióle el mal.
LUCAS. Tenle esa mano,
y tírale bien del dedo
del corazón. ¿No hay quien traiga
manteca?
ISABEL. Sí; yo la tengo.
LUCAS. Pues id por ella.
ISABEL. Yo voy.
(Aparte.) Llamaré de allí a don Pedro.
(Vase.)
CABELLERA. ¡Qué gran mal! ¡Pobre señora!
LUCAS. ¿Veis, primo, lo que habéis hecho?
Tenedle esa mano vos,
porque voy a mi aposento
por la uña de la gran bestia.

Se refiere al casco de alce, que en aquella época gozaba de gran reputación, aplicado sobre la región

precordial, en todos los accidentes, desmayos, pes y fenómenos nerviosos análogos a los dichos.

Efectivamente, siguiendo la acción de la gran comedia de Rojas Zorrilla, Doña Alfonsa, desmayo era fingido, oye lo que no quiere, y el conocimiento interpelando al galán Don Pedro en presencia de Doña Isabel, y en esta ocasión llega Lucas (escena XIV).

DON LUCAS. Ya está aquí la uña.
CABELLERA. La bestia ha llegado a tiempo.

Y después de un diálogo de ingeniosos bocos termina la escena y la jornada diciendo Don Lucas:

Pero yo lo sabré todo,
que entre bobos anda el juego.

En *Lo que son las mujeres*, dice Serafina, en la tercera jornada, discretamente, una que pudiéramos llamar terapéutica neumática:

Uno muere de un suspiro;
otro dél convaleció;
es triaca y es veneno;
es alivio y es pasión.
Yo no entiendo a los suspiros.

Y más adelante:

RAFAELA. (A Serafina.) ¿Tienes amor? Dilo.
SERAFINA. Mira, el amor y los celos
unas calenturas son,
que hasta que salen al labio
no las ve el que las pasó.

Llegamos a esa joya literaria que se titula *Lo que son las mujeres*, en la quinta jornada, dice:

POLILLA. Mas ¿qué ha sido tu dolencia?
DIANA. Aprieto del corazón.
POLILLA. ¡Jesús! Pues si no es más desahogo,
sángrate y púrgate luego,
y échate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,
y al momento estarás buena.

Preferimos la enfermedad al tratamiento de ella.

crónica

Ayuntamiento de Madrid

En la escena XII del último acto, y refiriéndose a ella, dice:

ALLA. Las unciones del desprecio,
Señor, la vida le han dado;
¡gran cura hemos hecho en ella!

Y remacha más adelante el concepto afirmando que

No hay en la botica emplasto
para las mujeres locas
como un parche de mal trato.

En *El defensor de su agravio* corre a cargo del coro expresión de los conceptos que pudiéramos llamarológico-amorosos en estas tres lindas canciones que cantan los músicos en la escena II de la primera jornada:

Del desdén de la hermosura
¡qué enfermo el amor está!
¡Cómo ha de sanar si es ella
la cura y la enfermedad?

Nadie se fíe de sí
cuando tan rendido está,
que en los achaques de amor
el remedio enferma más.

Su muerte quiere o su vida,
y no se la quieren dar;
¡desdichado del que vive
por ajena voluntad!

amos a pasar desde el insigne toledano Moreto al hijo de Méjico Ruiz de Alarcón; en la escena VIII de la jornada segunda de *Mudarse por mere*, dice Clara:

Si eres Dios, amor
piadoso a mi bien te inclina;
permite la medicina,
pues que causaste el dolor.

En la escena XI añade la misma:

En la dolencia,
sólo aspira el enfermo a verse sano,
y ama el remedio de cualquiera mano.

En la escena XI del acto segundo, en *Siempre ayu da la verdad*, al comunicar a Blanca la partida de su esposo Don Vasco para la guerra, dice el condestable:

Las nuevas
dicen que han de ser sangrías
a pausas, porque es prudencia
no sacar toda la sangre
de un golpe.

Como hay que dar fin a este florilegio médico, vamos a terminar con algún trozo extraído de las obras del inmenso comediógrafo «Tirso de Molina», el maestro mercedario fray Gabriel Téllez, doctor médico.

En *El amor médico*, Doña Jerónima, que asiste a Doña Estefanía, pone a la enferma este plan:

ACTO II

ESCENA VIII

DOÑA JERÓNIMA. Digo que Vusía coma
manjar entre húmedo y seco:
pan con anís, y éste, en roscas;
carnes no del todo asadas;
verbigracia, pavos, pollas,
perdices, lechones, liebres,
ternera; mas no palomas.
Si apeteciese cocido,
mandará echar en las ollas
culantro verde, mastuerzo,
verdolagas, o buglosa,
borrajas y verbabuena,
que mezcladas unas y otras,
temperarán lo seco y frío;
mas no han de llevar cebolla.
Los peces secos y asados,
de corrientes pedregosas,
no de estanques ni lagunas,
y las salsas olorosas,
sin pimienta ni canela.
Cene a la noche escarolas
cocidas, peras asadas,
huevos frescos y dos gotas
de clarete bien linfato.
Guardarse de estar ociosa,
hacer mediano ejercicio
y echar aparte congojas;
con esto y unos jarabes
que alteren, cuezan, dispongan
esos humores rebeldes,

y cinco píldoras solas,
espero en Dios de dejarla
sana en distancia tan corta
que restituya alegrías
y a sus mejillas sus rosas.

En la escena XV dice a Don Rodrigo:

DOÑA JERÓNIMA. También es enfermedad
el amor; y aunque es afeto
del alma, cuyo sujeto
es, señor, la voluntad;
como obra por instrumentos
corporales, y es pasión
que asiste en el corazón,
suelen los medicamentos
hallar cura en la experiencia,
que el alma espiritual,
presa en el campo mortal,
obra siempre a su presencia.
El pulso tenéis amante;
si Erisitrato viviera,
fácilmente os conociera;
mas si el mal fuese adelante,
medios refrigerativos
habrá que ese daño aplaquen,
sangrías que el fuego saquen
y antidotos curativos.

No encontraríamos límites a esta labor; pero es conveniente y aun oportuno quedar en lo transcrito de *El amor médico*, donde se pretende curar lo que acaso no tiene cura, y quizá no conviene que la tenga, porque en esta enfermedad se funda la salud de la especie humana, cuya persistencia está asegurada por la intensidad del instinto sexual.

¡Oh, divino amor!, que en términos de igualdad eres salud perfecta, celestial euforia; no seas nunca tiranía ni esclavitud, casos en que te conviertes en gravísima enfermedad de irrealizable curación.

¡Y qué podremos decir en merecido loor de la mujer, ser sublime que posee la abnegación llevada hasta la santidad y el espíritu de sacrificio que venciendo al instinto de conservación la conduce al martirio? ¡La mujer! Ara santa del amor, que cuando en el principio era el Verbo, al destruir el Caos, por un acto de su Voluntad, nació ese amor que es el único fundamento, la sola razón de la existencia del Universo; el exclusivo objeto de la vida del hombre, que en el impulso amoroso tiene y lleva el verdadero fuego interior de este mísero barro que nos cubre, que, como el fuego interno de la Tierra, se exhala en terroríficos volcanes o hace brotar encantadoras islas del combatido seno de los mares.

¡Y cómo no ha de ser así cuando el amor es abnegación, es placer, es gentileza, es caridad, es prodigio, es alegría, es donación, es fe, es gusto, es gozo, es grandeza, es desinterés, es satisfacción, es magia, es armonía, es alborozo, es luz, es belleza, es deleite, es poesía, es liberalidad, es imprevisión, es codicia, es largueza...; es ¡la vida!, y, por parte de la mujer, siempre pródigo, magnífico, celestial...!

RAMÓN LOBO REGIDOR

Las alteraciones de la próstata. Cómo evitar la operación.

Una importante comunicación a la Academia de Medicina.

Es generalmente en las aproximaciones de la cincuentena cuando la próstata se inflama, aumenta de volumen. El enfermo siente deseos tan frecuentes como imperiosos de orinar. Durante la noche tiene que levantarse repetidas veces. Experimenta sensaciones de quemaduras en el conducto urinario, además de pinchazos que se irradian por el periné y el bajo vientre. Las micciones se hacen cada vez más dolorosas, la vejiga se vacía incompletamente (retención) y muy pronto el desdichado prostático se ve obligado a recurrir a los sondajes repetidos, algunas veces a la «sonda permanente», que constituye una amenaza de operación.

Los tratamientos externos: lavados, masajes, no son más que paliativos que no atacan la causa del mal. Solamente un tratamiento interno es capaz de descongestionar la próstata. Las sales halógenas de magnesio, tomadas bajo la forma de grageas de Magnogène, son, desde este punto de vista, de una eficacia poco corriente. La experiencia ha demostrado que una cura continuada de Magnogène calma la inflamación de la próstata. Se aprecia cada día su disminución de volumen; desaparecen igualmente las sensaciones de quemaduras y los pinchazos. La vejiga se vacía completamente y los deseos de orinar son menos frecuentes, menos tiránicos; las micciones vuelven a hacerse normales. El efecto del Magnogène se traduce en una mejoría del estado general, que en algunos casos toma el aspecto del verdadero rejuvenecimiento. El extracto de una comunicación presentada en la Academia de Medicina de París, describiendo los efectos y resultados de este nuevo tratamiento, será enviado gratuitamente a quien lo solicite del Sr. A. L., Apartado 648, Madrid.



crónica

Ayuntamiento de Madrid



De todas las compras

la más práctica indudablemente que Vd. hace, es la de la maravillosa crema

Nievina

que desde el primer día considerará inseparable.



Al acostarse y al levantarse, repitiéndolo alguna vez durante el día antes de salir a la calle, es conveniente frotarse con ella la cara, manos, cuello y brazos, hasta que desaparezca por los poros de la piel. Deja el cutis juvenil, sin brillo, de aspecto sano y fuerte.

NIEVINA

no es un preparado de lujo: es una crema de uso.



LECHE NACARADA dermasol

Desea usted tener un cutis perfecto?

Empiece desde hoy a usar la **LECHE NACARADA "DERMASOL"** y al poco tiempo le habrán desaparecido las espinillas, manchas y arrugas de la tez, adquiriendo la piel el terso suave y afelpado propios de la juventud.

Frasco Ptas. 6.-

De Venta en todas las perfumerías y droguerías.

Laboratorios A. PUIG, Barcelona - Valencia, 293



LA CARNE SOLO SE CONSERVA BIEN EN CAMARAS FRIGORIFICAS

GENERAL ELECTRIC

DE AIRE ACONDICIONADO



Una cámara General Electric de "Aire acondicionado" se ha instalado en la carnicería de don Francisco Montero, Blasco de Garay, 52, Madrid.

SOLICITENSE OFERTAS, SIN COMPROMISO, A
S. I. C. E. BARQUILLO, 1 MADRID
APARTADO 990

SE NECESITAN REPRESENTANTES EN ALGUNAS PROVINCIAS

El jefe químico dice:



El algodón hidrófilo empleado en la fabricación de "MADAMEX" es más absorbente que la mejor celulosa hidrófila.

Comparar la absorción de la celulosa hidrófila con el algodón hidrófilo es la habilidad de una propaganda equívoca para no confesar su propia inferioridad ante el algodón químicamente puro.

Caja de 12 apósitos..... Ptas. 3'50
Caja de 3 apósitos..... id. 0'95

"MADAMEX" es el apósito femenino extra absorbente.
"MADAMEX" es desodorante. Su protección es perfecta.

crónica

Ayuntamiento de Madrid

La mujer, en la nieve.

I

anción de la deportista verdadera.

MAÑANA, muy temprano, iré a la nieve... Me pondré el rudo traje de paño, que protegerá mi cuerpo contra la furia de la ventisca en las cumbres; calzaré las gruesas botas, que defenderán mis pies del frío durante las largas excursiones; llevaré los guantes esbeltos y ligeros, sobre los cuales pareceré volar cuando descienda de las cumbres, mientras canta en mi oído el zumbido del aire cortado... Iré dejando tras de mí dos estelas iguales y finas, como una mariposa de esclavitud en la montaña dominada.

Alegria! ¡Alegria del sol, del viento puro, de la san- generosa en las venas, del músculo tenso, de los nervios templados y fuertes!

El alma clara del paisaje penetrará en la mía: claros pensamientos claros... Correré por allí, lo mismo que un valiente animalillo, ebrio de savia; correré tanto, que mis miembros se harán elásticos ya siempre y no conoceré las torpezas tristes ni el cansancio de la ancianidad.

Y cada día, con un secreto orgullo, llevo a la vida y al amor el tesoro de mi cuerpo sano.

II

anción de la falsa deportista.

Mañana iré a la Sierra... Vestiré mi traje noruego, como de la portada de *Vogue*; me pondré las pesadas botas, que rematan en gracioso contraste original la frágil figurilla; cogeré los esquís, que luego soportaré sobre los hombros mientras mis amigos, los muchachos de las anchas espaldas, me hacen fotografías.

Qué elegante deporte el de la nieve! Lo único molesto es patinar... Los horribles esquís pesan en los pies, no deben de pesar a los buzos sus plantas de plomo, ni las cadenas a los galeotes; es preciso subir, arrastrando el duro esfuerzo luego arriba, me hacen palidecer de miedo, pensando que he de descender... Mis amigos flaquean: los amigos lo notan, se burlan, siguen riendo... Pero a veces hay uno que queda, y entonces surge una voz grave y viril que tiembla un poco al anunciar: «Yo adoro a las mujercitas débiles...»

Delicia de abandonarse blandamente, vencida; de descansar cansancio; de clavar sonriente los ojos en los rostros, o azules, o negros, del muchachote de las anchas espaldas, sin más testigo que los helados pinos silenciosos! Delicia del idilio que empieza sobre el estrecho de una roca, mientras los cuatro amigos esperan, pacientes e inactivos, clavados juntos en la nieve!

Al día siguiente, a la hora del aperitivo o del té, bajaré levemente... «¡Oh, no es nada! Bajaba ayer Maliciosa como una exhalación, cuando al hacer un track...»

L. DE L.

La mujer, en la playa.

llega tarde para que ya esté todo el mundo; se bajan las escaleras de cemento, y ya está: la arena. Y ahora empieza lo difícil, como caminar por la arena. Se hunde demasiado, el cuerpo resbala hacia afuera y parece que se tienen que apoyar. No conviene mirar, preocupada, al suelo, porque eso acaba de descomponer la figura. Hay



que llegar pronto a la arena húmeda, que está dura; pero que, desventuradamente, está también húmeda y mancha el borde del pijama.

Se divisa el toldillo de los amigos; no está lejos, pero antes se hallan convenientemente diseminados los niños de Valleverde. Son ocho salvajes que no tienen el menor respeto por la nitidez de los pijamas. Jaimito juega con un perro, y hay que sortearlo con habilidad. El juego consiste en tirar un palo al agua, que el perro, que es idiota también, va a buscar, y cuando lo entrega a Jaimito, éste lo vuelve a tirar al agua. Así están de nueve a dos, todos los días. El momento de peligro es cuando *Sultán* sale del agua y se sacude inundando a los que pasan.

Se aprovecha el momento en que el perro nada camino de América, para cruzar de prisa; pero se cae en el radio de acción de los cuatro Valleverde mayores, que juegan a tirarse un balón el uno al otro. El balón, sucio y mojado, viene las más de las veces a posarse sobre los pijamas de las que pasan. Cuidado, pues. Esa señora de Valleverde, ¿qué necesidad tendría de producir tanto niño? Si en su época hubiera habido Radio, esa señora se hubiera entretenido oyéndola, y ahora se podría pasear por la playa.

Ya está cerca el toldillo: ya la han visto los amigos. Hay que caminar mejor, más natural, que es lo más difícil. Y además, estudiar cómo se pasa junto a Pepito Valleverde, que está haciendo un túnel en la arena, arrojando la que sobra a grandes puñados, sin preocuparse dónde va a caer.

—¡Pepito, monín!, ¿me dejas pasar sin tirarme uno de esos flanecitos que has hecho? ¡Anda, rico!... ¡No, monín; no me tires arenita, que me voy a quitar este zapatito y te voy a dar con el tacón en los ojines!... Gracias, guapo. ¿Cómo? ¿Que si se come eso verde que has encontrado en el suelo? ¡Seguramente, niño, seguramente!

Así se llega al toldillo. Mary lleva un *maillot* blanco de cincuenta y cinco pesetas cincuenta, y Lola se ha puesto el azul del año pasado. Ahora verán el de una...

Se quita el pijama y surge el *maillot* nuevo.

—Sí, me lo traje papá de América. Es, sobre todo, muy cómodo porque en la playa es lo único... Etcétera, etcétera.

Se tumba una al sol; pero éste no debe dar en la cabeza, porque luego duele. Así es que se coloca ésta en la sombra; pero el sol ha de dar en la cara, para la color morena y en el escote. Hay que bajar las hombreras, para evitar las rayas blancas, y el sol ha de bajar más que el escote de los trajes de noche, para que luego no haga feo. Ya está Andrés observando la operación, por si hay algún error y se pesca algo. Pues no va a ver ningún error, ¡que se fastidie! Se bajan las hombreras, se baja el escote... hasta el borde, hasta la frontera misma. ¡Adiós! ¡Ha habido un error! ¡Ha sido rapidísimo! ¡Lo habrá visto? ¡Tiene cara de ello el muy sinvergüenza! Ha sido el error derecho...

Se tuesta una de un lado, y luego del otro; se pone aceite, y otra vez al horno.

Mary hace funcionar el gramófono. Entre doce y una ha colocado diez y seis veces *Stormy weather*; es mucha borrasca. Y luego, el gramófono disipa el ensueño que produce el sol. Y el ensueño que produce el sol dando de lleno en una señorita honesta no puede ser más delicioso.

Todo lo prohibido se sueña.

—¿Quién tira arena? ¡Pepito, estate quieto, rico!

—¿Quién tira agua? ¡Vaya, la broma de todas las mañanas! Andrés, ¿por qué no escurres tu traje de baño sobre otra, hoy? Debías designarnos un día a la semana a cada una para hacer tu gracia.

—¿...?

—Claro que está fría. Y además, me mojas el traje de baño y me lo estropeas.

Ya está el ensueño disipado. Hay que entrar en la conversación general. Ver cómo Andrés se tira al agua. Evitar que cuando pasan los Valleverde corredores entre arena en los ojos.

Mary, Lola y una se pasan la mañana en la playa. De Mary se dice que entró una vez en el mar hasta la cintura, en 1930; era casi una niña.—E. N.

Almacenes Rodríguez

SEMANA DEL DURO

del 23 al 30

crónica

Ayuntamiento de Madrid

La mujer



Y EL CIGARRILLO

MUCHA literatura se ha hecho alrededor de los cigarrillos egipcios, turcos, ingleses o americanos, que fuman las mujeres. Mucha literatura, y no de la buena, ciertamente. No hay cuento ni novela cursi que no termine en el preciso instante en que la protagonista o alguna otra señora accesoria enciende lánguida y perezosamente un cigarrillo de buena marca, y se queda luego en contemplación ante las espirales de humo que suben al techo. Después de haber descrito en diez o doce cuartillas este interesantísimo momento, el autor coloca bajo la última línea su nombre y la palabra fin, y se queda tan ancho, pensando alborozado: «¡Qué buen escritor soy!...» Puede darse el caso de que el eufórico autor sea andaluz, y entonces corona su obra mirándose a un espejo y jaleándose con otra frase, que puede ser ésta: «¡Bendita sea tu madre, muchacho!...»

Sí, esto del cigarrillo en boca de una mujer es bastante socorrido, y además tiene tanto éxito, que muchísimas mujeres fuman solamente por alimentar esta clase de literatura.

Un servidor de ustedes, que dicho, sea de paso, gusta bastante de meterse en todo lo que no le importa, ha tenido la curiosidad de ir preguntando a todas las fumadoras que conoce por qué razón alimentan este vicio, calificado de idiota por don Indalecio Prieto una tarde en plena sesión parlamentaria. Aficionado como soy desde mi más tierna infancia a los cuadros estadísticos, hice uno con las contestaciones recibidas, y se lo ofrezco a ustedes, por si les interesa.

La pregunta «¿Por qué fuma usted?...» se la he lanzado en cinco años a unas doscientas veinte señoras. Y las respuestas de ellas fueron las siguientes.

Veinte señoras me contestaron así: «Y a usted, ¿qué le importa?...»

Otras veinte me dijeron: «Pues porque sí...»

Diez señoras metiditas en carnes me aseguraron que fumaban porque les habían dicho que los cigarrillos eran muy buenos para adelgazar.

Cuarenta cursis contestaron así a mi pregunta: «El cigarrillo me hace soñar...»

Una me dijo que fumaba porque a su marido le molestaba mucho el humo.

Otra, que para hacer rabiar a su novio...

Otras dos me dijeron que fumaban porque se lo había prohibido su padre.

Una rubia platino, que andaba metida dentro de un traje de terciopelo negro que parecía una funda de paraguas, me dijo con acento escalofriante: «Yo fumo porque soy una mujer fatal. ¿Ha visto usted alguna mujer fatal que no fume?...»

Quince muchachitas deportistas me dijeron que fumaban porque no había nada tan agradable como un cigarrillo después de esquiar o de jugar al tenis.

Diez literatas me lanzaron la siguiente incongruencia: «No es posible escribir una sola línea sin tener los cigarrillos a mano.»

Diez y ocho poetisas y doce recitadoras sostuvieron que el cigarrillo y la poesía eran hermanos gemelos.

Veinte tanguistas me dijeron sencillamente: «Es que también en las cajetillas llevamos «tanto por ciento».

Diez y siete señoritas sin clasificar me dieron esta respuesta: «Porque nos gusta.»

Diez ídem, ídem, ídem: «Porque el tabaco es un sedante.»

Diez ídem, ídem, ídem: «Para lucir el esmalte de las uñas...»

Tres otoñales desesperadas me dijeron lo siguiente al tiempo que ponían los ojos en blanco: «La felicidad es mentira; los hombres son unos farsantes; el amor es mentira... Sólo el cigarrillo es verdad...»

Este fué el resultado de mi encuesta. Ahora ustedes discuten sobre si está bien o mal que las mujeres fumen, que es un tema muy bonito para la sobrementada.

Por lo demás, saquen la conclusión que saquen, las hijas de mi alma seguirán fumando como los cargadores de muelle, con la única diferencia de que ellas cogen el cigarrillo con la mano derecha. J. C.



crónica

gunta: «El
ido le mo-
que se lo
dentro de
a funda de
«Yo fumo
ted alguna
on que fu-
e como un
tenis.
incongruen-
n tener lo
s sostuvo-
os gemelos.
te: «Es que
por cientos
dieron esta
baco es un
esmalte de
o siguiente
La felicidad
el amor es
Ahora usted
las mujeres
sobremesa
saquen, las
os cargados
ue ellas co-
C.

PARA LA PUNTUALIDAD, LA MUJER NECESITA SIEMPRE UN COPPEL

MAYOR, 6 FUENCARRAL, 15



N.º 295

Despertador de madera de nogal del Cáucaso, con cerco de cromo, esfera luminosa, marca «Coppel»

50 Pesetas



N.º 197

Reloj de color marfil, con números de metal sobrepuestos, cuerda de 8 días

90 Pesetas



N.º 738

Última creación: Reloj Giroplano «Coppel», de acero inoxidable, de gran precisión

125 Pesetas



N.º 488

Reloj de pared, caja chapeada de trepa de nogal, 15 días cuerda, sonería de horas y medias, marca «Coppel», de 55 c/ms. de alto

225 Pesetas

El mismo, con Carrillon Westminster, 8 días cuerda, aumenta

125 Pesetas



N.º 1959

Reloj forma rectangular, caja de oro de ley 18 K., áncora, 15 rubíes, «Coppel»

125 Pesetas



N.º 830

Reloj de oro, gris, 18 K., con 12 brillantes, cordón de seda

650 Pesetas

Enviamos a provincias, en perfectas condiciones de embalaje, estos relojes, remitiéndonos su importe por giro postal.

Certificado de garantía con cada reloj



NO CIERRE LA MALETA

sin antes guardar dentro una cajita de Grajeas FIVE contra el mareo.

FIVE le permitirá disfrutar de las delicias del viaje ya sea por mar, tierra o aire, sin sufrir las crueles angustias del mareo.

Las Grajeas FIVE son inofensivas y lo único verdaderamente eficaz para prevenir y curar el mareo.



GRAGEAS FIVE

contra el mareo en el viaje
Caja grande 5.20 ptas., pequeña 3.20

De venta en todas las farmacias y centros de específicos.
Depositorio General: Ramón Sala, París, 174 - Barcelona

REGALAMOS

Le obsequiaremos a Vd. con una preciosa MUÑECA "LENZI" de 74 cms. de alto, de calidad muy fina, a título de propaganda, sin hacer ningún desembolso de su parte. Recorte este aviso y remítalo con su nombre y dirección, y recibirá a vuelta de correo las instrucciones.

A. JSCLA P. García Hernández, 174, S. 1. BARCELONA

LA REGLA

suspendida volverá rápidamente y sin peligro con Perlas FEMI. Farmacias.



Las molestias propias de la mujer desaparecen a la primera toma.

Recuerde: PROPYRE alivia siempre y no perjudica nunca.

Propyre

Frasco 5 pts. (timbre incluido) - Sobre de una toma 0.25
En farmacias y centros de específicos



Cafés DEL BRASIL POR TODA ESPAÑA

EXIJID LOS CAFÉS DEL BRASIL SON

LOS MÁS FINOS Y AROMÁTICOS

"CASAS BRASIL"
PELAYO BRACAFÉ CARIOCA

¡NO VAYA ENCORVADO!

El pecho hundido es causa de graves enfermedades. Base de toda salud es respirar bien. Utilice nuestro derezador Prynce para niños, señoras y callosos. De peso mínimo, 50 gramos y de volumen reducido. Su uso no ocasiona ninguna molestia al llevarlo. Fácil debajo de la ropa. Pida folleto, adjuntando correo 0.50, a

INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté, Cirujanos-Ortopédicos. Canuda, 7. Barcelona

COMO CADA HOJA

"WILKINSON"

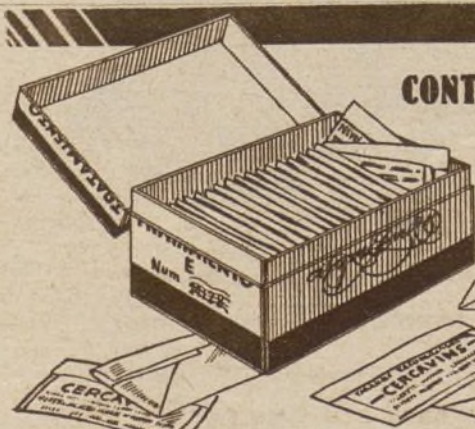
ES UN TROZO DE NAVAJA BARBERA, le permite conseguir todos los días, en su propia casa, un afeitado tan perfecto como el de la barbería. Seguridad absoluta. Cada hoja se afila automática e instantáneamente, durándolo menos cinco meses, usándolo a diario.

En todas las buenas perfumerías y camiserías, desde ptas. 32.

LA MEJOR MAQUINA DE AFEITAR INGLESA

WILKINSON
RAZOR

CASA FUNDADA EN LONDRES EN 1772
Representante exclusivo de la fábrica: G. E. BRETT, Serrano, 58, Telef. 52914 MADRID



CONTRA LOS MALES DE ESTÓMAGO, HIGADO, INTESTINOS, ESTREÑIMIENTO

Polvos Estomacales Cercavins

Propagados por millares de enfermos curados. La máxima garantía para los enfermos del Estómago, Úlceras, Hiperclorhidria, Estreñimiento, Pesadez del Estómago, Vómitos, Colitis, Acidez, Dolor de Cabeza. Se vende en todas las Farmacias y Centros de Específicos, en cajas de 30 papeles DOSIFICADOS para tratamiento de 15 DIAS, al precio de 5.60 ptas. la caja con timbres. La presentación de los Polvos Estomacales Cercavins, en PAPELES DOSIFICADOS es una garantía para el enfermo. Es suficiente una toma para calmar en el acto cualquier intenso dolor.

Anuncie usted en CRÓNICA y ganará dinero

Las
obras
maestras
inspiradas
por la
Mujer.



Retrato de
Mona Lisa
"La Gioconda"
por Vinci
Museo del
Louvre
Paris



crónica

extraordinario dedicado a la MUJER

Ayuntamiento de Madrid

R. I. B. A. S.

Año V

Una